

— Ricardo Orozco Arroyo —

CIO

CR868.5

O-74v

VALERIANO
PUEBLO

EDITORIAL





RICARDO OROZCO ARROYO

Nació en San Ramón en 1954. Realizó sus estudios de Educación Primaria en la Escuela Jorge Washington, en su ciudad natal, y la Educación Secundaria en el Instituto Superior de San Ramón, actualmente Instituto Julio Acosta García.

Obtuvo el título de Profesor de Enseñanza de I y II ciclos en la Universidad Nacional Autónoma de Costa Rica en el año 1974, lo cual fue un triunfo sobre las adversidades. En su larga y esmerada carrera como educador laboró en escuelas de Guápiles, Miramar y San Ramón, formó centenares de niños de primaria en las ciencias básicas y forjó ciudadanos motivados a explotar todo su potencial; personas seguras de sí mismas e inspiradas en los múltiples autores que leyeron gracias a su maestro.

Escribió este libro a los 60 años de edad, con el afán de conservar la memoria de su padre y su vida en familia. Ocasionalmente escribe poesía. Asimismo, disfruta de la lectura y la pintura.

Actualmente está jubilado y vive en el pueblo que lo vio nacer.

VALERIANO PUEBLO

Desde la magia de la memoria

Ricardo Orozco Arroyo

**BIBLIOTECA ARTURO AGÜERO CH.
SEDE DE OCCIDENTE U.C.R.**

Editorial Sede de Occidente

Dirección

Mag. Damaris Madrigal López

Coordinadora de Investigación, Sede de Occidente, Universidad de Costa Rica

Editora

Mag. María Nidia González Araya

Sede de Occidente, Sede de Occidente, Universidad de Costa Rica

Comisión Editorial

Mag. Damaris Madrigal López

Directora Editorial Sede de Occidente, Universidad de Costa Rica

Mag. María Nidia González Araya

Editora, Sede de Occidente, Universidad de Costa Rica

Dr. Henry Vargas Benavides

Departamento de Filosofía, Artes y Letras, Sede de Occidente,
Universidad de Costa Rica

Mag. Esperanza Tasies Castro

Departamento de Ciencias Sociales, Sede de Occidente,
Universidad de Costa Rica

Dra. Hevelia Cárdenas Leitón

Departamento de Educación, Sede de Occidente, Universidad de Costa Rica

Mag. Bolívar Ramírez Santamaría

Departamento de Ciencias Naturales, Sede de Occidente,
Universidad de Costa Rica

Diseño, diagramación e ilustraciones

Esteban Marín Solís

Universidad de Costa Rica, Sede de Occidente

Corrección de pruebas

Bach. Luis Humberto Acuña Carvajal

Universidad de Costa Rica Sede de Occidente

Corrección de estilo

Mag. María Nidia González Araya

Universidad de Costa Rica, Sede de Occidente

<http://www.so.ucr.ac.cr>

<http://revistas.ucr.ac.cr/index.php/pensamiento-actual/index>

investigacion.so@ucr.ac.cr

Tels. 2511-7094/2511-7019-2511-7064

Facebook: <http://www.facebook.com/CI.SO.UCR>

Facebook: <http://www.facebook.com/editorialsedeoccidente>

Presentación

Valeriano pueblo es un libro que a modo de anécdotas nos ofrece una descripción muy gráfica del San Ramón de hace muchos años; este texto llegó a nosotros acompañado de las figuras de doña Silvia Castro y de doña Hannia Francesci; ambas académicas muy respetadas en la Sede de Occidente en el ámbito nacional; también, ambas jubiladas ya.

Como todos los libros, este cuenta su propia historia, fue valorado y editado con mucho cuidado, con sumo esmero en busca de ofrecerle al lector una imagen justa de un San Ramón que ha quedado en el corazón de muchos de los posibles lectores de este texto. Es un San Ramón de otros tiempos cuando el teléfono celular no ocupaba la mente de los jóvenes, cuando no había Internet, cuando el curandero del pueblo era una figura importante, cuando las comadronas oían el primer llanto de todos los niños que en el pueblo nacían, cuando los padres aún tenían autoridad sobre los niños, cuando los abuelos eran la fuente de sabiduría. Este libro que relata las historias de un San Ramón que ha cambiado, pero que en esencia podría conservar su misma alma poética y su mismo deseo de crecimiento y desarrollo para ofrecerle a sus habitantes un espacio digno y una calidad de vida envidiable para el resto del país.

San Ramón se caracteriza en varios aspectos; entre ellos, el de ser un espacio aún muy sano y en este texto el autor se regocija retratando la sencillez y la buena fe de sus habitantes.

Hoy, la Editorial Sede de Occidente presenta Valeriano Pueblo ante los lectores con el fin de que no se olvide que este pueblo surgió de personas sencillas que han logrado un crecimiento material y un desarrollo social y imitable para el resto del país, pero que también está expuesto a todos los males de cualquier otra población y que si no se propone aislarse de lo negativo y potenciar lo positivo corre el riesgo de perder lo que lo caracteriza y convertirse en una población como cualquier otra.

Damaris Madrigal López

Directora, Editorial Sede de Occidente

Índice

El principio.....	1
Héroe.....	12
Un viaje a Cañas.....	15
En Puntarenas.....	19
El regreso a su pueblo.....	28
El mago.....	43
Exorcismo.....	52
Sin explicación.....	58
El silencio.....	63
Venecia.....	69
Presentimientos.....	75
Botijas y tesoros.....	81
Religión.....	91
Música.....	96
Todo por la familia.....	107
Semana Santa.....	112
Los viajes.....	116
El político.....	120
Los juguetes.....	123
La Navidad.....	129
En el desayunador de mamá.....	132
La polaqueada.....	135
La cuecha.....	139
Los güilas del barrio.....	143
La tele.....	148
Obsesiones.....	152
Dichos y más.....	155
Anécdotas familiares.....	159
Recién llegados.....	167
Un viaje a San José.....	173
El sueño de mamá.....	186
El adiós.....	190

Dedicatoria

Cada palabra, cada expresión, cada anécdota y cada suspiro que he externado con estos recuerdos, los plasmó aquí para cada uno de mis hermanos que amaron tanto y más que yo a papá y mamá. Sus risas y hasta sus lágrimas, si las hay, son gotas del amor que llevamos todos dentro por el resto de nuestra existencia.

Todos esos suspiros son los te quiero que nunca les dijimos, aunque los amáramos con toda nuestra alma.

Estoy seguro que papá siempre lo supo y todos nos enteramos cada treinta y uno de diciembre, cada vez que lo vimos de rodillas rogando a Dios por cada uno de nosotros, con aquel temblor en su soberbia voz y con sus ojos hechos agua que nos ponían un nudo en la garganta.

Sé que nos amó porque amaba así a mamá y lo demostró mejor que nunca cuando ella enfermó y él hizo su promesa a Dios para cumplirla al pie de la letra, como más adelante leerán.

Nosotros somos así, como una raza aparte y rara, poco expresivos por ambos lados. Eso no quita que sepamos amar y muchas veces, una mirada, un gesto, un bocadito, hasta una lágrima dicen cuánto se ama. Somos una familia de huraños, así nos hicieron ellos.

Para todos los huraños y los que nos han aceptado así como somos, con todo el cariño; para cada uno de ustedes, estos recuerdos.

Introducción

La mayor parte de personas o familias tienen una idea clara y hasta documentada de su historia familiar, su procedencia local o internacional o por lo menos pueden retroceder en el tiempo y asegurar que los antepasados eran oriundos de aquí o de allá y que sus nombres eran estos o aquellos. Quizá eso no sea importante, tal vez ni valga la pena enterarse, pero lo que sí es cierto es que cuando existen o existieron seres tan importantes que marcan nuestras vidas, casi todo nos hace recordarlos: una palabra, una canción, un libro, un instrumento musical, la comida, los hermanos y todas las cosas buenas que nos ocurren. La necesidad de ayuda y consuelo; todo, todo deja de tener sentido cuando buscamos a esos a quienes nada ni nadie puede sustituir en nuestras vidas. Lo que quedó en nuestros recuerdos, todo lo bueno que nos legaron, no debemos echarlo en el olvido ni dejar que nuestros hijos y otros descendientes lo olviden, eso sería como olvidar nuestra identidad.

No quisiera que en unos años, los nietos o bisnietos de nuestros padres se pregunten quiénes fueron o qué hacían sus antepasados y que nadie les pueda contestar. No quisiera que solo su nombre sea recordado. Debido a eso, un día que rememoraba cuánta falta me hacen mis padres y cómo se siente no tenerlos, además de cuánto amor nos dieron sin decirlo -porque eso no hace falta estarlo

repetiendo- ese día tomé la decisión de relatar en estas páginas mis recuerdos.

Ahora que comienza a aparecer esta tercera generación de nuestra familia -con la llegada de: Jimena, Jeremy, Sebastián, Luna, Hannah, Nicol Valeria, lojanan, Samuel, Benjamín, Ashley, Kaleb, Fabriela, Heisel Paola, Daniel, Elliot e Indira- nuestros nietos, queridos hermanos, sus hijos, queridos sobrinos, para ellos especialmente es esta recopilación de recuerdos, para que rían, lloren quizá, pinten, escriban, canten, prediquen si tienen ese don y ese convencimiento, para que cocinen, inventen y otras tantas cosas que nos heredaron nuestros padres.

“Quiero curarme en salud ” como decía papá. Aclaro que lo que escribo lo hago con el fin de preservar un lindo recuerdo y que aunque no soy escritor, ni pretendo serlo, esto lo hago con todo el cariño y solo con el afán de que todo ese amor que nuestros padres nos dieron llegue a cada miembro nuevo de esta familia y ese amor crezca cada día y en cada nueva generación.

El principio

El 15 de diciembre de 1917, con el nacimiento de quien nos diera tantas alegrías y enseñanzas, inicia todo esto que trato de relatar. Abuelo Valeriano, ese fue su nombre. Decía él que en honor a un Papa, porque sus padres, Teresa Arguedas Arias y Rafael Orozco Sandoval, eran personas practicantes de la religión católica, tanto así, que esculpían y restauraban imágenes religiosas.

Nunca estuvo él muy conforme con su nombre y hasta decía alguna broma al respecto. Otras veces, ese nombre poco común merecía comentarios; como que había conocido a otras dos personas con el mismo y riendo decía que lo que no le gustaba era la terminación.

No tengo muy claro donde nació. Pero según sus propios relatos, fue cerca del Mercado Municipal de San Ramón donde vivió su primera infancia, por la calle que llega a urgencias del Hospital Carlos Luis Valverde, como cien metros al norte de ese mercado.

Con una mezcla de amor, tristeza y consuelo, decía papá que abuelo Rafael lo miró con extrañeza y algo de desconfianza cuando él era muy niño, debido a sus rasgos físicos, el color de su piel y de sus ojos. Seguro abuelo pensó mal, ya que él era de una piel más bronceada y de ojos igualmente oscuros; también el tío Paco, el hermano mayor de papá era bastante moreno y de ojos casi negros.

Luego con una mirada llena de orgullo, decía cuánto lo llegó a querer abuelo y también cuánto

quiso él al abuelo, puesto que abuela Teresa murió bastante joven, algo que siempre le dolió a papá, ya que ni siquiera pudo asistir al entierro porque en ese momento vivía en El Salvador donde estudiaba en un colegio adventista que abandonó por esa razón.

Papá era un hombre de estatura mediana y fue fornido en su juventud, quizá por los trabajos de tipo físico que desempeñó como lo leerán más adelante. A mí me gustaba verlo sin camisa. Siendo yo niño, me parecía el hombre más fuerte del mundo. Seguro no lo era para otros, pero ahora sé que sí lo fue, por su voluntad, su espíritu y su gran bondad, claro, con debilidades y defectos como todos los papás.

Fue un ser como tantos otros. No tuvo dotes incomparables como para decir que era un genio o el más fuerte, aunque a mí me lo pareciera. Posiblemente tampoco fue el más valiente, pero lo que sí fue sin comparación, fue amoroso, bueno y compasivo con el prójimo porque nunca olvidó quién era ni de dónde venía; su vida fue dura y llena de esfuerzos.

Amó a cada nieto con o sin sus genes, sin distinción. ¿A cuál no tuvo en su regazo para compartir su comida, para darle con su propia mano incompleta, el pedacito de pan mojado en café con leche, que cogía con aquellos dedotes mientras sonreía de satisfacción al verlos engullir como pichones de comemaíz a la vez que escurría el café por la barbilla de los güilas que amaba entrañablemente? "Venga para darle un bocadito" le decía a los chiquillos que

como que sabían, porque se le acercaban como las hormigas a la tapa de dulce. No hizo eso solo con los nietos, también con los hijos. Recuerdo a Bethania, a Nidia, a Daniel y a Juancito quien con el "culo pelao" alguna vez lo dejó "sellado", por lo que usaba en su pierna una mantilla o un paño. Quiso a hijos y nietos solo porque estábamos cerca de él, en la casa donde quería que estuviéramos todos como en un hotel; que nunca lo abandonáramos. Hasta el último día de su vida se preocupó por cada uno de nosotros, puedo jurarlo porque yo estuve a su lado el día que partió, con lágrimas en sus ojos, no por irse, sino porque no quería dejarnos.

Siempre observaba cada paso, cada palabra, cada logro que obteníamos, disfrutando y celebrando con una sonrisa o un comentario, un canto, un dibujo, una gracia. Para él era una felicidad descubrir las habilidades y capacidades de su familia.

Todos sus nietos eran tan lindos, capaces, y buenos como nadie y cuánto disfrutaba un cariño de ellos, un abrazo o un beso en sus mejillas, casi siempre ásperas por la barba escasa que tenía y que nos punzaba, pero valía la pena.

Sus amigos, conocidos y hasta sus no tan amigos, reconocieron en él sus capacidades como orador, músico, pintor, compositor de canciones y poemas, también como escultor y qué decir de su don de sanidad, claro, ayudado por sus conocimientos en homeopatía, botánica y otras terapias alternativas con agua, barro y más.

Casi siempre lo mirábamos sentado frente a su mesa escritorio con sus libros, cuadernos de notas y botellitas. Otras veces, llenaba ese fortín con pinturas, pinceles, papeles para envolver regalos, goma, cajitas y cualquier material que pudiera utilizar para ejecutar sus obras artísticas y algún juguete con el cual entretener a sus nietos amados.

En su oficina y estudio a la vez atendía a todas aquellas personas que necesitaban ser tratadas por alguna dolencia o la de sus familiares; con paciencia preguntaba lo necesario para identificar las enfermedades y recetar los medicamentos adecuados, como decía él. Ilustraba a sus pacientes sobre síntomas y otras características de las enfermedades, no importaba la clase social o intelectual de las personas, porque para abuelo todos eran iguales. Si no había dinero o no alcanzaba, no importaba. "Yo no hago esto para hacerme rico, es un deber", decía. Entre síntoma y síntoma, de vez en cuando predicaba aquello en lo que él creía, con la Biblia siempre a su lado. Decía: "aquí tengo el chafirro" y ponía la mano con firmeza sobre aquel libro negro y gastado que al abrirlo no tenía una página sin marca, sin alguna explicación con tinta de todos los colores.

Tío Juan, "Juanito", hermano menor de papá, contaba que abuelo Valeriano cuando niño era un chiquillo lindo con sus colochos y sus ojos claros. Cuando decía eso, reía y aclaraba que por eso era el chineado de su abuela Juana, a la que ellos siempre recordaron como el ángel protector de la familia.

Algunas veces con la mirada puesta "en aquellos dorados tiempos" recordaba que papá aprendió a leer como a los cinco años y que desde ese momento se convirtió en un enamorado de la lectura. Así, todo lo que llegaba a sus manos lo leía con entusiasmo y avidez. De todo lo leído sacaba lo mejor y lo aplicaba en su vida o lo compartía con todo aquel que lo escuchara.

Con dolor recordaba que tuvo que dejar la escuela para seguir las fantasías de su padre, abuelo Rafael: ir a trabajar a Guanacaste en las minas o en panadería, debido a la difícil situación económica que había en ese momento en el país y por supuesto en su ciudad natal, San Ramón.

Haber leído toda la enciclopedia "Tesoros de la Juventud" a esa corta edad, era para papá motivo de satisfacción y jactancia. Recordaba con una sonrisa que iluminaba su cara que de esas lecturas sacó muy buen provecho y nombraba como uno de sus motivadores a don Trino Echavarría, uno de sus maestros, quien administraba la biblioteca pública de San Ramón en la cual decía él haber pasado muchas horas provechosas.

Por ese mismo tiempo en que aprendió a leer también tuvo la amarga experiencia de perder parte de los dedos índice y pulgar de la mano izquierda. Así como lo conocimos, mayor, con ese espíritu inquieto e indagador de algunos seres que no se conforman con solo mirar, tocar o escuchar, así decían sus hermanos y él mismo que era cuando niño. Fue de esa manera, con afán de querer saberlo todo,

que un día al encontrar un tubito, el cual resultó ser un fulminante o detonador para dinamita, lo tomó, metió un clavo dentro de este y lo golpeó haciéndolo explotar, lastimando de esa forma sus dedos, los que nos enseñaba con cierta vanidad.

Cuando hablaba de ese tema no faltaba un comentario sobre el abuelo. Contaba lleno de orgullo que su papá tenía diferentes ocupaciones. En el momento del accidente se encontraba pintando el techo del kiosco en el parque de donde se lanzó para ir en su auxilio. Al contar ese episodio de su vida sentía una gran satisfacción que se reflejaba en su rostro; por eso lo quise tanto.

Seguro que al leer esto, todos ustedes recordarán esos dedos y lo que se sentía al tocarlos o que esa mano lo tocara a uno. Me parece estarlos viendo: el gordo, redondo en su extremo y en vez de uña, una pelotita dura en el puro medio y él nos explicaba que eso era un pedacito de tendón. El otro dedo era el índice que también tenía deforme la última falange, redondito y suave pero sin bolita.

Creo que a ninguno de nosotros se nos olvida, que a pesar de lo sucedido a esa mano, cuando papá lo tomaba a uno con ella, se sentía como una tenaza apretando la muñeca mientras lo "pasaban al cuero" por haber hecho algo indebido. ¡Qué susto nos daba cuando nos sostenía mientras nos echaba un sermón que ni escuchábamos! Uno deseaba que mejor lo castigaran rápido. Claro, Nanito, mi hermano menor, era como agarrar un venado; en cuanto hacía una torta, huía. Ana Irma, mi hermana

mayor, se doblaba como un arco para que le dieran solo por las enaguas y gritaba como un mico para que no le pegaran más. Aunque nos castigaron, siempre quisimos a mamá y a papá. Hasta esos "castigos" recuerdo con cariño. Cuando éramos niños, a mitad del siglo pasado -para que parezca lejano este relato- los padres castigaban a sus hijos con amor, más por miedo a que cometiéramos algún error y que nos echara a perder la vida, que por lastimarnos. Yo creo que, de alguna manera, nosotros lo entendimos así.

Algunos de los relatos que trato de guardar para ustedes, quizá no sean tan exactos como yo quisiera, pero mi intención es dejar una idea, lo más real posible, de algo que amé y amo por ser único en nuestra vida. Trato de no cambiar ese maravilloso pasado que es parte nuestra. Algunos detalles son algo vagos, como la muerte de la abuela materna de papá, nuestra bisabuela Juana Arguedas, de quien nos contó que estaba inválida cuando él apenas era un niño o tullida como era costumbre decir. La bisabuela se la pasaba rezando y por ese motivo las personas creían que era santa o algo así. Además decían que hacía milagros.

Cuando las personas tenían un problema, una enfermedad o se les perdía un objeto, entonces le ofrecían o le daban alimentos, regalos, dinero o un animal como ofrenda para que les realizara un milagro. Según contaba papá y otras personas mayores que la conocieron, como don Gabriel Matamoros, el papá de tía Denia, los milagros se realizaban.

Después de la muerte de la bisabuela Juana, entre 1925 y 1930 aproximadamente, el abuelo Rafael decidió vender la casa en que vivían en unos doscientos cincuenta pesos y con ese dinero emprendieron viaje hacia Tilarán en busca de mejores horizontes. De este tema papá hablaba con cierta nostalgia, en parte porque la abuela que lo mimaba ya no estaba, además tenía que dejar la escuela y decía él: "Mi tata casi regaló esa casa". Pero bien o mal con ese dinero partieron tras un sueño, imagino que como el de muchos otros, quienes también deseaban una mejor situación.

Una madrugada mis abuelos y sus hijos: Francisco (Paco), Faustino (Tino), Valeriano, Juan (Juanito) y Manuel (el menor), todos muy jóvenes, casi niños, montaron sus pocas pertenencias en una carreta tirada por bueyes y tomaron la ruta que los conduciría hasta Puntarenas; caminando a ratos y montando en otros, cuando se sentían agotados reposaban al lado del polvoriento camino.

Durante los descansos y en las noches aprovechaban para rascarse las niguas, "que eran una contentera rascárselas", decía papá. Eso no era nada de otro mundo porque casi todas las personas las tenían debido a que no usaban zapatos. Esos parásitos se alojaban en los pies, principalmente entre los dedos, según me han contado, porque ya en mi tiempo, aunque nos gustaba andar a pata pelada, ya no había o por lo menos no se nos pegaron. Nos relataba que en las noches dormían sobre esteras, una especie de alfombra tejida usando mecate

y parte del tallo de las plantas de banano y que era una ricura restregar los talones ahí para rascarse, porque la picazón era insoportable.

En realidad, no sé cuantos días tardaron en llegar a Puntarenas, pero una vez ahí se embarcaron en una "gasolina". Así le decían a una pequeña embarcación que se usaba para viajar a Guanacaste o por lo menos cerca del poblado de Cañas, adonde se llegaba por el río Bebedero, después de cruzar el golfo de Nicoya. Luego de desembarcar, a pie con sus pocas pertenencias al hombro o quizá en carreta, continuaron el viaje hasta Cañas para enrumbar luego a su destino final, Tilarán.

Al llegar a esta etapa de su viaje me pregunto: ¿Qué sentirían la abuela y los chiquillos al viajar en una lancha cuando ni siquiera sabían qué era? Asumo que ni conocían un carro. De verdad que eran o muy animados como decimos o muy obedientes con abuelo, si tomamos en consideración que todavía en este tiempo hay personas que tienen miedo de subir a un avión o un barco.

No recuerdo que papá nos hablara con mucho detalle de la llegada de su familia a Cañas ni qué sucedió en ese lugar, pero nos contaba cómo iniciaron su nueva vida en Tilarán. Sus primeros días y noches transcurrieron de una manera poco agradable, en un lugar desconocido, sin amigos, con recursos limitados y hasta durmiendo en el corredor de la casa de un amigo o conocido del abuelo Rafael. Cuando las cosas mejoraron, el abuelo alquiló una casa donde con un pequeño horno inició su trabajo en

una actividad que él conocía muy bien, la fabricación de pan, con la ayuda de la abuela que no le zafaba el hombro a nada. Gracias a Dios en ese tiempo, en esos lugares no era común encontrar buen pan, lo que le sirvió a la familia para salir adelante y también debido a los conocimientos que abuelo tenía en ese campo.

La tía Celina fue un personaje que casi no recordamos, porque aunque era una persona sumamente amorosa y expresiva, en muy pocas oportunidades compartimos con ella ya que vivió siempre con su familia en Cañas desde aquel tiempo. Decía papá que Nano se parecía a ella por ser moreno y por su nariz un tanto achatada; en lo que no se parecía era en que la tía era una mujer algo gorda. Ella pasó sus últimos años en Heredia, donde se trasladó con sus hijos que también eran algo mayores.

Nombro en esta parte del relato a tía Celina porque fue uno de los motivos por los que abuelo decidió partir hacia ese lugar. Ella era la esposa de Filadelfo Varela quien trabajaba como minero en El Líbano, un pueblito olvidado de Dios cerca de Tilarán. Este señor que era su cuñado invitó al abuelo para que se fuera a trabajar a ese sitio donde, según él "se amarraban perros con chorizo" como decía papá. El traslado fue una embarcada porque el asunto no era como lo pintaron, pues pasaron de una situación estable a otra totalmente adversa, ya que la panadería era un buen negocio y en las minas el asunto no era nada fácil, aparte del peligro que representaba trabajar en un lugar así.

Hasta el pequeño poblado de El Líbano fueron a dar, dejando una vida tranquila atrás, a excavar en la roca para alguna compañía, posiblemente extranjera, que era común en ese tiempo. También para los inquietos como papá, a buscar su propia veta en algún sitio alejado del campo de trabajo. De esa manera fue como papá encontró en la parte alta de un pequeño cerro, una veta de abundante oro, difícil de extraer por sus características químicas pero de una pureza que hasta que le brillaban los ojos cuando hablaba de ese tema. Agregaba con orgullo cuánto sorprendía a los otros mineros la calidad del material que extraía él de ese filón.

No tuvo suficiente tiempo para explotar y disfrutar tan buena fortuna porque debido a algún disgusto entre abuelo y Filadelfo, la familia decidió regresar hasta Puntarenas donde se estableció por bastante tiempo. Con la salida apresurada de El Líbano, papá contaba que tapó la veta y partió con la esperanza de regresar algún día que nunca llegó. La vida tenía muchas cosas diferentes preparadas para él y aunque lo deseó muchas veces, lo más cerca que estuvo fue en 1988 que tuvimos la oportunidad de visitar, con tío Juan, la familia del tío Paco en Cañas.

Héroe

Hombres, mujeres, niños, jóvenes o viejos, casi todos tenemos nuestros héroes; algunos reales, otros fantásticos, unos vistosos y otros simplemente heroicos. Estos personajes que se meten en nosotros son casi un ejemplo por seguir o por lo menos un motivo para soñar con imitarlos en su fuerza, sus súperpoderes o sus capacidades inigualables. Hay quienes admiran a Superman, a Batman, al Hombre Araña y a La Chica Invisible. Cómo deseáramos tener sus poderes y realizar como ellos grandes hazañas.

Para papá uno de sus héroes o por lo menos un personaje para admirar era el rey David por su gran proeza, cuando siendo apenas un muchacho enfrentó a un gigante con solo su honda y una pequeña piedra. Aunque nadie creía en él, de un solo golpe venció a su enemigo. Cuando nos narraba la historia de este personaje, siendo nosotros muy niños, nos lo describía pequeño, débil en apariencia pero lleno de fe ante lo imposible. Sonreía y alababa su valor y el don que Dios le dio para salvar a su pueblo. En la vida real, la figura de Fidel Castro también se convirtió en un David, porque luchó y venció a todo un imperio.

Las personas tenemos personajes reales que admiramos por una u otra razón, casi siempre porque hacen o hicieron lo que nosotros deseáramos lograr: Pelé, Rocky Marciano, Silvia Poll en los deportes, Carlos Gardel, José Feliciano, Juan Luis Guerra

y muchos otros artistas. También son dignos de admiración los primeros astronautas en llegar a la Luna y un sin número de individuos que se destacan en lo que hacen. Otros muy cercanos y conocidos como Juan Santamaría o Juanito Mora que todos tenemos en nuestra mente y que un día realizaron su hazaña serán para ser recordados por siempre.

Pero también hay personajes casi desconocidos que sí son héroes de verdad, sin exageraciones, sin propaganda, sin trajes vistosos, como casi todos los que hemos conocido en la tele. Son héroes por toda su vida sin que nadie los reconozca así. Uno de esos desconocidos para el mundo es mi héroe, un verdadero titán, capaz de levantar a más de veinte personas, un coloso que pudo, en uno solo de sus muslos, sentar a más de dos docenas de niños.

Podía aliviar el dolor o quitar la comezón en poco tiempo sin esfuerzo y dar amor al mismo tiempo. Luchaba contra el frío y contra el hambre y no le temía a la tristeza ni a la soledad. Nunca descansaba ni de día ni de noche, tampoco en la mañana ni en la tarde, siempre estaba dispuesto a actuar con desinterés y amor. ¿Alguna vez escucharon de él? Ese héroe era mi padre, que pudo levantar en sus hombros toda una familia y cuidarla.

Cuando esta creció y se convirtió en muchas más, no se amedrentó. Con sus tiernos brazos también las acogió y ofreció su regazo para cada uno de sus miembros. Era tan fuerte que siempre tuvo una sonrisa para todos a pesar de su propio dolor. Con su poderoso afecto trató de enderezar los

troncos de la familia que estaban creciendo torcidos. Sufrió el dolor de los suyos y festejó también sus éxitos. Aprendió a callar cuando debió haber gritado, a no correr cuando el mundo se le venía encima.

Ese sí que era un héroe de verdad. Sin traje vistoso o máscara, solo usaba una espada forrada en cuero negro que llamaba "El Chafirro". Por esa razón, al describirlo en todo mi relato, quizá alguien considere que exagero, pero es que a los héroes los vemos con los ojos del alma; ni siquiera ellos saben que lo son. Cada acto que realizan, cada paso que dan lo vemos aumentado por diez. Al tener un personaje de esos a nuestro lado, tan cerquita, es inimaginable el sentimiento que se produce en uno. No hay nada ni nadie igual a nuestro ídolo.

Si me equivoco en lo que recuerdo o si exagero es porque ese héroe me enseñó a destacar lo bueno de los demás, a mirar más sus cualidades y aciertos que sus defectos y errores. Porque todos tenemos defectos y cometemos errores pero si sabemos corregirlos y aprendemos de ellos somos todavía mejores. Mi héroe tuvo defectos como todos los seres humanos, pero estoy seguro de que trató con toda su fuerza y la ayuda de Dios de corregirse. Yo solo puedo recordar todo lo bueno que hizo por mí y todos aquellos a quienes amó. Mis ojos solo vieron lo que él era para mí: ¡Un héroe de verdad!

Un viaje a Cañas

Jamás podré olvidar ese viaje que realizamos en 1988. Lo que no preciso es cómo nos contactamos con tío Juanito a quien recogimos de camino. Recuerden que él siempre vivió en Puntarenas. En el momento en que subió al carro fue un instante de cuento, como devolver el tiempo; la ilusión se notaba en ambos y algo de nostalgia con cada recuerdo.

Durante el trayecto entre San Ramón y Barranca regresé en el tiempo y me senté una vez más en aquel regazo amoroso sobre el cual había viajado tantas veces a Puntarenas cuando era un niño de pies descalzos. Miré uno por uno los lugares de los que muchas veces él me dijo sus nombres. Me enseñaba las vacas en los potreros, las personas, un río o cualquier cosa que pudiera ser interesante para un niño. No sé cuantas veces suspiré y sentí ese amor que siempre nos tuvo.

Cuando se encontraron los hermanos, risas y gestos llenos de cariño se dibujaban en sus rostros cargados de años. Hablaron de personas, de lugares, de alegrías, de tristezas y hasta de Horminta Herrera, una novia de papá a la que él recordaba con cierta admiración. También en voz baja comentaron de un posible hijo que decía la tía Celina que tenía él con esa mujer y del cual papá nunca supo nada.

Al tratar ese tema, en la voz y en la curiosidad que papá manifestó, se notaba que le habría gustado haberse enterado antes de semejante situación pero,

lamentablemente, el grueso de esa información la tenía solamente la tía Celina, según dijo tío Juan; tío quiso cambiar de tema pero papá intervino y me aclaró que, en ese entonces, él era muy joven y que al partir tan de prisa de El Líbano ni se enteró de la situación, que además: “uno era tan ignorante en ese tiempo, que qué se iba a imaginar algo así”.

Un tema llevó a otro y se fajaron a hablar de comida, seguro porque era hora del cafecito de las nueve. Nombraron las polvorosas, los alfajores, las sabroseras y no recuerdo qué otras cosas deliciosas que nosotros nunca llegaremos a saborear. Por lo menos a mí me quedó el recuerdo de la forma en que hablaron del asunto, mientras se les hacía la boca agua como si las acabaran de probar.

Durante el cafecito en el Rancho Hannia, cerca de Las Juntas de Abangares, reían a mandíbula partida, recordando las travesuras de niños que hacían, como la ocasión en que realizaron una carrera de gatos a los que les amarraron cachiflines en los rabos. Una vez prendidos, a correr los pobres gatos y después los chiquillos porque incendiaron varios ranchos y los vecinos “estaban como agua pa’chocolate”.

Cuando llegó el café que habíamos ordenado, papá dijo: “hablando de café, ojalá que esté bien culientico”. Luego, riendo, nos habló de la oportunidad en que trabajando en una cafetería, tenía de cliente a un fulano que cada vez que llegaba ordenaba un café bien caliente. Después, con una sonrisa burlona preguntaba: “¿no tenés uno un

poquito más caliente? este está un poco frío". Se lo calentaba pero continuaba con el cuentito, por caliente que estuviera. Eso era de todos los días, hasta que tanto fue el cántaro al agua que un día de tantos, al ver al hombre venir, decidió poner la taza sobre el brasero del anafre y calentarla antes de echar el café. Cuando el cliente llegó, le sirvió en aquella taza, ¡que estaba que ni les cuento! El parroquiano probó el café y hasta que le "pistieron" los labios. Con los ojos hechos agua le dice a papá: "¡carajo este café, de hoy si que está bien culientico!". Hasta que nos dolió, pero reímos de lo lindo y probamos el café con cuidado, para no tener la sorpresa de que estuviera muy...

Mientras degustamos con ansia el refrigerio, continuaron los recuerdos: las idas a los ríos y los circos que se organizaban en el patio de la casa y en donde fuera. ¡Hasta abuela ayudaba! Había artistas de toda clase y cobraban un cinco a los chiquillos por entrada.

Un poco más serios agregaron a lo dicho que no todo era vacilón, que ese tiempo fue duro para todos y que en las minas se tuvieron que joder, que contrajeron enfermedades debido a la humedad, al polvo y gases que había en los túneles, sin hablar de los yuyos y accidentes que eran cosa de todos los días. Otro de los recuerdos que les dejaron las minas fueron los callos que ambos tenían todavía en sus pies, a causa del trabajo duro y del tipo de calzado. Esos callos de los que hablaban mortificaron a papá toda la vida. Cada vez que iba con él a San

José, a Puntarenas o a cualquier otro lugar y tenía que caminar -porque antes no era como ahora que vamos a todas partes en taxi- él se dolía de esos benditos callos que fue lo único amarillo que se trajo de las minas.

Después del cafecito, el viaje fue más monótono y de vez en cuando ambos preguntaban: "¿cuánto falta para llegar?" "¡A los chuchos, este camino es interminable!" "¡Hasta que al fin, Cañas, gracias a Dios!" Rápido dimos con la familia y con la alegría que sólo el amor fraterno puede dar al reencontrarse. Después de unos instantes de incredulidad, se abrazaron con Leonor, la viuda del tío Paco, a quien no veían desde que murió, hacía como treinta años. Sobraron abrazos y halagos; también los recuerdos volvieron a asomar, acompañados de una que otra lágrima reprimida.

En Puntarenas

Cuando papá y su familia salieron de El Líbano, de regreso a su tierra el camino los llevó hasta Puntarenas donde encontraron condiciones propicias y se establecieron de forma permanente, tanto así que en ese lugar se encuentran sepultados la abuela Teresa y el tío Manuel. Aunque era el menor, Manuel murió primero que todos, ahogado en el mar, cerca de las islas Galápagos en Ecuador, realizando un trabajo bastante peligroso como buzo, más en ese tiempo en que se utilizaban mangueras y escafandra, una especie de casco dentro del que podían respirar.

La edad de papá y sus hermanos no la puedo precisar en ese momento, pero para tener una idea, ya tío Paco se había casado con una joven guanacasteca llamada Leonor Ortega, razón por la cual, se quedó viviendo en Cañas.

En Puntarenas, papá se inició en el cristianismo, lo recordaba como un llamado de Dios a su rebaño. En el barrio El Carmen de ese puerto; contaba él que había ingresado a una iglesia pentecostal donde cantaban unos coros muy alegres y eso le gustó. También le agradó la forma enérgica que tenían de predicar los pastores, “se sentía bonito estar en ese lugar”, decía mientras con sus palmas insinuaba la forma de alabanza.

Se interesó tanto papá por estos asuntos religiosos que se hizo un estudioso de La Biblia y un crítico persistente de las diferentes congregaciones religiosas, en busca de la verdad dijo siempre.

de marras, provocó que renunciara a su estudio y se viniera en forma definitiva para su país.

Algunos detalles de este regreso no los sé. Nadie habló nunca expresamente del tema, pero por lo que entiendo, en ese tiempo papá anduvo de mal portado. Se tiraba su canita al aire de vez en cuando y se jaló una que otra tortilla, que dejó a su imaginación. En pocas palabras, dejó en el olvido la iglesia y todo lo que había practicado; sin embargo, siempre repetía dos frases que puso en práctica a pesar de todo: "lo que bien se aprende no se olvida" e "instruye al niño en su carrera y cuando fuere grande no se apartará de ella". Por esa razón, nunca se apartó de su fe. Tuvo momentos de flaqueza y tentaciones que lo vencieron en algún momento como a la mayor parte de seres humanos, pero luchó por aquello que aprendió y en lo que creía. Particularmente yo creo que venció y siempre fue un ejemplo para nosotros.

Cuando recordaba esa etapa de su vida, en serio o en broma decía que Dios tenía todo planeado, un propósito para cada uno de sus hijos y que a veces nos daba lecciones. Posiblemente las lecciones para él fueron varios acontecimientos o coincidencias que le sucedieron una vez que abandonó la misión para la que había sido llamado. 0 1 7 2 3 0 0

Al llegar a Costa Rica, en 1948, posiblemente papá no estaba enterado de que en ese momento se desarrollaba una revolución en este país por asuntos políticos, que también desconocía. Recordemos que por ese tiempo las informaciones internacionales no se

conocían con la rapidez con que sucede actualmente. Sin ninguna justificación, fue encarcelado por fuerzas figueristas que no tuvieron ninguna consideración, lo que provocó en él, después, un fuerte sentimiento antiliberacionista. Imagino que esa experiencia debe ser traumática para cualquier ser humano.

Luego, agregaba que había contraído nupcias con una mujer llamada María Eugenia Guerrero, con la que no duró mucho tiempo casado, debido a la infidelidad de esta. Por cierto ese nombre, mamá no lo podía ni escuchar.

Una vez disuelta la relación sin ningún papel de por medio (creo que antes el asunto era de esa manera) papá no volvió a saber de la mentada señora, sino hasta muchos años después. Lo recuerdo bien porque yo estuve con él ese día.

Después de la hora de almuerzo papá se quedaba en la mesa un rato leyendo o quizá ordenando los chunches que tenía en sus dominios. En ese tiempo todavía era algo joven y hacía lo que les dije. El asunto fue que llegó un carro y se detuvo frente a la casa. De ese vehículo bajó un hombre con una edad parecida a la de papá. Llamó de la puerta preguntando por Valeriano Orozco Arguedas, cosa extraña porque, por lo general, en ese tiempo, sólo se usaba el primer apellido. Inmediatamente nuestro padre "se pone águila" y dijo con su vozarrón: "¿quién me busca?". El hombre se identifica y pide permiso para pasar adelante. Una vez adentro, al quedar ellos a solas, en voz baja y con algunos gestos, le explica por un buen rato algo a papá y luego se retira escoltado por papá.

Yo en ese momento hacía una tarea del colegio pues cursaba segundo año y trataba desde adentro de parar la oreja, sin embargo no entendí nada, hasta que papá, un rato después, me ordenó que dejara lo que hacía y que lo acompañara a hacer un mandado.

Salimos hacia el lado de la casa de don Reiner Mora por la calle todavía empedrada. Luego cruzamos hacia el oeste, como yendo para donde tía Crescencia, que era lo que algunas veces habíamos hecho. Pero el asunto se puso serio y él comenzó a explicarme lo sucedido.

-Ese hombre que llegó a buscarme- dijo -es el esposo de María Eugenia, la que fue mi esposa. Vino con ella aunque no se bajó del carro, a solicitarme que le firme un acuerdo de divorcio porque quieren casarse y no pueden. Lo que pasa es que cuando yo le pedí lo mismo a ella, al separarnos hace más de veinte años, ella se negó y yo debería hacerle lo mismo.

Luego me detalló los pormenores de todo el enredo y me preguntó: "¿usted qué opina chiquito?". Le respondí dentro de lo posible y regresamos a la casa.

Al llegar, ya mamá estaba con la paja tras la oreja, pero antes de que preguntara nada, papá se sentó un buen rato con ella en el comedor y le explicó todo en detalle, para lo que ella no tuvo ninguna objeción.

El hombre regresó al día siguiente acompañado por otro que portaba un maletín, del que me enteré después, que era un abogado. Papá sin pensarlo

mucho firmó los documentos que le presentaron y cerró de esta manera un capítulo amargo de su vida, para abrir así la posibilidad de casarse con mamá, pero eso lo veremos más adelante.

El tercer acontecimiento que relacionaba papá con esa lección que le estaban dando desde arriba por haber dejado la iglesia, corresponde al accidente en el cual perdió los dedos de la mano derecha. Después de desempeñarse en diferentes ocupaciones inició una nueva etapa al enrolarse como empleado del Ferrocarril al Pacífico, que en ese momento era un medio de transporte muy activo en todo sentido. Se utilizaba tanto para carga como para transporte de pasajeros.

No llegué a enterarme exactamente cuál era su ocupación en este trabajo, pero me pareció haber escuchado que se desempeñaba en una sala de máquinas donde se generaba electricidad. Lo que sí llegué a saber por los relatos que él hacía cuando alguien preguntaba sobre sus dedos fue que en ese lugar, un motor trituró tres dedos de su mano derecha que tuvieron que ser amputados y agregaba que estuvieron a punto de quitarle toda su mano. Este accidente puso en riesgo su propia vida. Podemos decir: ¡Gracias a Dios que salvó su vida y esos dos dedos que nos dieron tantas cosas bonitas y buenas!

No pocas veces me he preguntado y seguro ustedes también, ¿qué habría hecho papá si sus manos hubieran estado completas y de haber tenido la oportunidad de prepararse mejor?

Algunas veces lo escuché decir que al despertar en el hospital y verse sin sus dedos, creyó que su vida había terminado, que solo la fe en Dios y lo aprendido en el cristianismo le ayudaron a aceptar su situación. Además, siempre hizo énfasis en el apoyo que le dio un conocido de su iglesia quién lo invitó y ayudó a iniciar el estudio de la Homeopatía, medicina alternativa de tipo natural poco conocida en ese momento en nuestro país. Fue así como, utilizando sus capacidades y los dones que Dios le dio se inició en el estudio y la práctica de la terapia homeopática.

Al decir que le pasaron la factura desde arriba, agregó que Dios tiene todo dispuesto para nosotros, ya que, de esta manera, le permitió salir adelante en su vida y la de su familia, además servirle a Él haciendo el bien a los demás. Con esa determinación nos dio un ejemplo y nos dejó la enseñanza de que hay muchas maneras de enfrentar la vida, que lo importante es tener fe y esforzarse por aquellos a los que se ama.

Todos estos acontecimientos posteriores a la venida de El Salvador son un conjunto de sucesos que nos permitieron, de alguna manera, ser parte de esta familia. Los eslabones de esta cadena que se llama familia Orozco Arroyo se fueron enlazando como por arte de magia.

Al regresar papá a Costa , por las razones que ya conocemos, tuvo la oportunidad de reencontrarse con mamá, ahí mismo en Puntarenas. Ninguno de los dos era porteño pero la providencia los llevó

desde su tierra natal, San Ramón, hasta ese lindo puerto para que pudieran unirse nuevamente, porque aunque parece como telenovela, ya se conocían en su pueblo y se gustaban según contaban ellos. Así que el asunto era viejo y podemos decir que Dios sí une las personas para siempre.

Se encontraron no sé en qué circunstancias y no recuerdo que nadie haya hablado al respecto alguna vez. Se gustaron y Dios los unió para dicha nuestra. Vivieron un tiempo en Puntarenas, no con la bendición del abuelo Rafael, porque a él no le pareció la relación, razón por la que mamá decía: "Ese viejo tampoco fue santo de mi devoción". Y ni al principio ni después cambiaron estos sentimientos entre ambos.

Esta parte de la historia no es muy clara, no por falta de voluntad, sino porque nadie quería hablar del asunto por alguna razón que desconozco. Creo que a mamá le daban celos algunas situaciones pasadas y otras le molestaban con justa razón y eso impedía hablar de aquellos temas que trato de relatar.

Cuando papá se unió a mamá, él tenía dos relaciones fallidas a la espalda y un hijo, Mario, el cual estaba siendo criado por nuestros abuelos desde que era un recién nacido, ya que su madre no quiso hacerse cargo de él. Para papá esa paternidad era dudosa, debido a alguna circunstancia que no comentó con nosotros; sin embargo, eso no hizo que evadiera su responsabilidad.

Al momento de esta unión, mamá era madre de dos hijas a pesar de ser una mujer muy joven: Sandra

desde su tierra natal, San Ramón, hasta ese lindo puerto para que pudieran unirse nuevamente, porque aunque parece como telenovela, ya se conocían en su pueblo y se gustaban según contaban ellos. Así que el asunto era viejo y podemos decir que Dios sí une a las personas para siempre.

Se encontraron no sé en qué circunstancias y no recuerdo que nadie haya hablado al respecto alguna vez. Se gustaron y Dios los unió para dicha nuestra. Vivieron un tiempo en Puntarenas, no con la bendición del abuelo Rafael, porque a él no le pareció la relación, razón por la que mamá decía: "Ese viejo tampoco fue santo de mi devoción". Y ni al principio ni después cambiaron estos sentimientos entre ambos.

Esta parte de la historia no es muy clara, no por falta de voluntad, sino porque nadie quería hablar del asunto por alguna razón que desconozco. Creo que a mamá le daban celos algunas situaciones pasadas y otras le molestaban con justa razón y eso impedía hablar de aquellos temas que trato de relatar.

Cuando papá se unió a mamá, él tenía dos relaciones fallidas a la espalda y un hijo, Mario, el cual estaba siendo criado por nuestros abuelos desde que era un recién nacido, ya que su madre no quiso hacerse cargo de él. Para papá esa paternidad era dudosa, debido a alguna circunstancia que no comentó con nosotros; sin embargo, eso no hizo que evadiera su responsabilidad.

Al momento de esta unión, mamá era madre de dos hijas a pesar de ser una mujer muy joven: Sandra

Cecilia Justa, quien en ese momento vivía con la abuela Luisa Méndez Miranda, en San Ramón y María Luisa Ramona, quien estaba con ella en Puntarenas.

Lo lindo de esta parte, es que papá y mamá se necesitaban mutuamente y se aceptaron sin reparos, así, con sus situaciones algo desafortunadas y quizá complicadas para otras personas que no hubieran sido ellos. Su convenio fue ante Dios quien los acercó para que se apoyaran y ayudaran ante las adversidades que estaban viviendo, hasta que Él se los permitiera, un poquito más de cincuenta años.

El regreso a su pueblo

Papá siempre vivió enamorado de esta tierra que lo vio nacer y hasta cantaba una canción sobre San Ramón, no sé si creación o arreglo, pero de niño recuerdo que la cantaba con el corazón. "Entre sierras y montañas, bajo un cielo azul, como una inmensa hamaca, bañada por el sol, esta es mi tierra, tierra de mis amores, tierra bendita, tierra que me vio nacer."

Creo que por esa razón y porque mamá tenía su familia aquí, por eso regresaron a su tierra bendita, llena de recuerdos, que les permitiría desarrollarse como pareja y criar con esfuerzo, con alegrías y sufrimientos su propia familia. La cigüeña no se hizo esperar y trajo su primera hija, Rebeca, la que murió a muy corta edad y de la que solamente supimos su nombre. En 1952, llegó la segunda alegría de ambos, Ana Irma, una hija con el pelo y rasgos de mamá pero con los ojos de papá.

Durante ese tiempo papá y mamá no tenían un domicilio muy estable pues en poco tiempo vivieron en diferentes barrios y por ende en diferentes viviendas de esta ciudad que en ese momento era un pequeño pueblo. Las casas para alquilar no eran gran cosa, construidas con madera, con techos de tejas o zinc viejo y llenas de goteras y sin buenas cerraduras. En ese tiempo se podía vivir así.

Después de residir por la escuela Jorge Washington, cerca de la antigua cárcel, donde se encuentra hoy día la Cruz Roja y luego frente a la antigua panadería Carrillo, a principios de 1954,

papá recibió la indemnización que el Estado le otorgó debido al accidente de su mano derecha. Con ese dinero tuvo la oportunidad de adquirir a muy buen precio la propiedad y casa que todos conocemos, en la que todos construimos tan lindos recuerdos.

Originalmente, la propiedad tenía el doble del área que le hemos conocido. La casa que existió era una casona vieja, construida con grandes y gruesas tablas que nosotros no vimos porque papá poco a poco las fue cambiando por otras arregladas por él mismo, según nos contó mamá. Sí, llegamos a ver por mucho tiempo los gruesos horcones en cedro de cinco por cinco pulgadas de grosor que conformaban el cuadro de la casa, uno de los cuales tenía adherida una gran argolla de hierro para amarrar caballos, suponía papá y agregaba que era posiblemente una señal de lo que estaba enterrado en ese lugar.

El Parque Olímpico era un conjunto viajero de carruseles y diversiones que fue instalado en la placita del barrio y que provocó furor en el público de la región por lo novedoso de la maquinaria en ese tiempo, pues lo único que conocíamos era la rueda de Chicago y la rueda de los caballitos. Papá quería que a sus hijos no le faltara ni desearan nada, por esa razón al vernos como a tantos otros niños asomarnos por las aberturas de la cerca sin poder ingresar, se conmovió y compró algunas entradas con las que nos quitamos la curiosidad; sin embargo, deseaba darnos más. Así fue como, una noche en la que todos andábamos en ese parque, él levantó el piso que cubría el sector donde estaba la argolla y cavó un tremendo hueco, pero, o no había nada o el hueco no fue lo suficientemente

grande. Espero algún día que podamos confirmar o desechar la corazonada de papá y disfrutar de muchos Parques Olímpicos como él deseaba.

El techo de esa antigua casa era de tejas colocadas sobre caña blanca, como era costumbre, sostenido por fuertes vigas de níspero que cuando las quitamos para remodelar y poner zinc, casi ni con el serrucho se podían cortar. Cuando hablo de remodelar, alguien podría pensar que seguro papá tenía mucha plata para eso y que la hizo casi nueva con pisos elegantes y quien sabe qué otros caprichos, pero en realidad solo se le cambió el techo porque en ese tiempo los temporales eran de verdad, con buena lluvia, de quince días por lo menos, lo que hacía que se formaran goteras y más, si una teja se corría.

Para tener una idea del tipo de remodelación y la cantidad de dinero, solamente quiero contarles que él gestionó un préstamo por el que hipotecó la casa, nada más y nada menos que por tres mil pesos. Por cierto fue así como conocí los billetes de mil y quinientos colones de los moraditos que había en ese tiempo.

La estructura que todos los sobrinos conocieron se construyó como en 1975 con la ayuda de tío Toño, el hermano de mamá que fue albañil y maestro de obras, con la colaboración de Daniel y Juancito, y cuando se podía, yo ayudaba y echaba carbón para que nos apuráramos.



Valeriano Orozco con su hija Nidia Esther
y su primer nieto, cerca de 1970.

Papá compró esa casa barata porque nadie podía vivir en ella debido a que estaba embrujada o poseída por espíritus que asustaban a la gente que la habitaba. Se escuchaban rezos durante toda la noche, se oían gritos de niños que jugaban. Algunos de los acontecimientos paranormales que se producían fueron corroborados por mis padres cuando recién llegaron a habitarla. Las sillas del comedor y otros objetos se movían durante la noche, produciendo ruidos que los despertaban.

Mamá juraba que en una oportunidad, cuando estaba acostada mientras papá conversaba con sus amigos en la sala, ella vio en una esquina del cuarto, una mano sin piel que bajaba hacia su cama (de seguro no era la mano peluda). Papá decía que todo eso sucedía porque en ese lugar había una botija con plata enterrada que perteneció unas señoras Montero que fueron las dueñas originales de esa propiedad. Pero nunca la encontramos aunque se hicieron algunos huecos buscándola.

Esa casa la compró papá a un señor llamado Célimo Castro sin conocer todo lo que compraba con ella. Los sonidos nocturnos, las sombras, los objetos que se movían o cualquier acontecimiento paranormal que ocurriera en esa casa, no iban a hacer que papá y mamá se echaran a correr. Su ilusión y su fe fueron más fuertes que cualquier aparecido. Poco a poco y con el pasar del tiempo ayudados por su perseverancia y valor todo se fue calmando y las cosas fueron casi normales.

Al comprar la casa, mamá estaba embarazada por tercera vez y prácticamente cuando iniciaron su vida en esta, nació su tercer hijo, un varón, este servidor de ustedes. Tanto la casa y la elección de mi nombre tienen alguna conexión. Cuando mamá iba a dar a luz, ella contaba que estaba sumamente gorda por el embarazo. Debido al tamaño del niño y siendo una mujer pequeña posiblemente el parto fue muy difícil, además recordemos que en ese tiempo las señoras tenían sus hijos en las casas con la ayuda de una partera. La señora que ayudó a mamá

fue doña Dulcelina Murillo, vecina del barrio que se encargaba de esos menesteres y que asistió a mamá en casi todos los demás partos excepto el de Juancito. Nos relataba mamá que cuando el asunto se puso difícil, ella vio en la cabecera de la cama la figura del doctor Ricardo Moreno Cañas y de ahí el nombre que decidió darme.

Esos tiempos eran buenos, las cosas marchaban mejor de lo pensado. La situación económica era estable y nuestros padres decidieron traer otro invitado más a la familia que llegó un año y unos meses después, mi compañero de cama, de juegos y pleitos, Valeriano Francisco, el inquieto Nano. Por cierto, lo de Nano tengo entendido era para que papá y él no se confundieran cuando llamaban a uno de los dos. Así que Nanito lleva con orgullo el nombre completo de nuestro querido papá. Bethania Ruth vino a acompañarnos como tres años después, poco antes de que papá decidiera que nos trasladáramos a vivir a Villa Quesada donde tenía una muy buena clientela en su ocupación de homeópata.

Para trasladarnos a Ciudad Quesada, papá alquiló un camión ganadero que tenía un vecino.

Una tarde salimos rumbo a una nueva empresa, con el corazón lleno de esperanza y la cabeza colmada de ilusiones como todos los jóvenes luchadores, porque en ese tiempo todavía ellos eran unos muchachos llenos de sueños y nosotros una camada de chiquillos entre los trece y un año de edad. Antes no había tantos vehículos como ahora ni tantas restricciones de tránsito,



Los tres hijos de Valeriano Orozco, de izquierda a derecha:
Ricardo, Valeriano hijo "Nano" y Ana Irma.
Parque de Ciudad Quesada, 1959.

quizá porque las personas no andaban con tanta prisa y seguro eran mucho más prudentes que en la actualidad. Así que echamos los chunches en el camión y sobre unas colchonetas tiradas en el piso de este, sin entender muy bien lo que pasaba, ahí nos fuimos en un larguísimo viaje para nosotros los güilas.

El trayecto se realizaba llegando primero a Naranjo y luego a Zarcero y después al destino final. Transcurría por una carretera sumamente angosta y sinuosa con puentes muy angostos por los que no podían pasar dos vehículos a la vez, incluyendo, por supuesto, el legendario puente del río La Vieja, famoso por lo estrecho, largo y bordeado por dos curvas. Salvaba una profundidad que daba miedo con solo asomarse para verla. Para tener una idea de su significado solamente hay que decir que los pasajeros de los autobuses al llegar a este, se bajaban de ellos y lo cruzaban caminando debido al temor que les causaba. Pues nosotros tuvimos la mala suerte de que, precisamente, al cruzar dicho puente nuestro transporte tuvo un desperfecto y hubo que detenerse un buen rato sobre él para solucionar el problema, mientras mamá nos encomendaba a todo lo sagrado que conocía.

Los detalles de la llegada a nuestra nueva casa no los recuerdo, solo sé que vivimos muy cerca del parque de ese pequeño pueblo en una modesta casa, propiedad de una familia de apellido Gómez, la cual en la entrada tenía tres o cuatro gradas que precedían un pequeño corredor. En ese lugar extraño para nosotros, amanecimos al día siguiente con la

inquietud propia de los niños que disfrutaban de una aventura, mientras papá y mamá atendían los inconvenientes propios de tal situación.

A pesar de ser muy niño, guardo gratos recuerdos de esos días, como la actitud sincera y desinteresada de la gente del vecindario que nos acogió como miembros más de su comunidad, inclusive, con más calor humano que en nuestro propio pueblo. Después de unos pocos días nos adaptamos a nuestra nueva residencia. Sandra y Luisa ingresaron a la escuela y Ana Irma al kínder. Mientras tanto papá continuaba con su interminable trabajo que le permitió adquirir un lote y construir una linda casa que habitamos solo por unos pocos meses. El clima de la zona no era el mejor, las temperaturas eran altas y llovía en abundancia, además el agua tampoco era de la mejor calidad, lo que provocó que, principalmente, los niños enfermáramos con frecuencia. Los sueños se estaban materializando y el proyecto planeado por nuestros padres también se hacía una realidad; sin embargo, ellos antepusieron nuestra salud y bienestar a todo y decidieron que el regreso era lo mejor.

La llegada a San Ramón, no fue fácil, en parte porque la clientela que papá tuvo una vez daba por un hecho que él no iba a regresar. Los ahorros que papá tenía poco a poco se consumieron y la situación económica comenzó a tornarse difícil. Sin embargo, eso no fue obstáculo para que mis padres abrieran su corazón y trajeran un miembro más a nuestra familia. Llegó entonces como regalo del cielo, una pequeña niña de ojos celestes y cabello rubio, para cerrar el

capítulo de las féminas en nuestra casa. Nidia Esther la nombró papá, diferente en sus rasgos físicos y carácter de las demás hermanas.

En nuestro charco, volvimos una vez más a nuestra vida habitual, las hermanas que eran las mayores a la escuela y yo ingresé al kínder. Para papá y mamá fue también un reinicio en todas sus actividades y una nueva lucha como siempre.

El retorno trajo consigo cosas agradables como la visita de amigos y familiares. De los vecinos no hay nada significativo que decir. El abuelo Rafael fue nuestra mejor visita, siempre llegaba con sus tártaras o algún dulce para agradecer nuestro paladar. También nos traía pescado y "chirriclacas" (langostas) de Puntarenas donde casi siempre radicó desde que regresó del El Líbano, principalmente porque ahí vivían los tíos Faustino (Tino) y Juan (Juanito), con su numerosa descendencia.

Por alguna razón, un día abuelo se quedó viviendo en nuestra casa, en un pequeño cuarto que tenía una salida independiente. Fue un corto, pero lindo tiempo tenerlo cerca, aunque a mamá no la desvelara su compañía. Lo recuerdo cariñoso con papá y con nosotros, pintoresco en su forma de vestir, con sombrero de fieltro, camisas con tapaderas sobre las bolsas y un infaltable pañuelo rojo de esos que usan los niños cuando bailan el Punto Guanacasteco.

Jamás podré olvidar su gesto al fumar los puros criollos que dejaban un olor que se quedó para siempre en mí, pero que a mamá la hacía vomitar. Como el Diablo es buen sembrador de discordia,

un día depositó su semilla en buena tierra y así como vino abuelo, mamá hizo que se fuera a vivir donde su hermana Crescencia que, para su dicha, lo quería como se deben querer los hermanos, como Dios manda.

Ya para ese tiempo el abuelo estaba enfermo de un padecimiento que terminó con su existencia. Quizá fue por eso que se vino a quedar en San Ramón. Un día de tantos, algún familiar llegó a nuestra casa con la triste noticia de que abuelo estaba hospitalizado; eso cayó como balde de agua fría sobre papá que ya sabemos que lo quería como a nadie.

Inmensamente dolido y triste por la situación, fue día tras día a visitarlo con la esperanza de que su salud mejorara; sin embargo, las cosas no fueron como él deseaba y una tarde en que fue a visitarlo, lo encontró en estado agónico y con los implementos que dan el soporte necesario para preservar la vida en esos casos. Abuelo tenía una mascarilla para el oxígeno, una sonda para alimentarlo, posiblemente y el suero que se utiliza como vía para suministrar medicamentos.

La escena que vio lo impresionó tanto que perdió la sensatez por un instante y fue hasta su cama y sin medir las consecuencias de su acto, con el afán de evitarle más sufrimiento, le retiró todas las mangueras y lleno de dolor llegó hasta nuestra casa a desahogarse en un mar de lágrimas y a rogar a Dios por su descanso. Por dicha esa actuación no tuvo consecuencias que lamentar ni en la salud

del abuelo ni legalmente en papá, que no pudo regresar más al hospital.

Pocos días después, sucedió algo extraño si queremos verlo así o simple coincidencia, si lo analizamos con detenimiento, pero es digno de que lo recordemos aquí. En la familia todos ignorábamos algo que debía ser evidente; mamá estaba encinta, pero físicamente no se le notaba.

Una madrugada fuimos todos súbitamente despertados por fuertes golpes en nuestra puerta y el llamado urgente a papá. "Fel Cáscara", primo de papá, era quién hacía de mensajero y llegaba con la triste noticia del fallecimiento del abuelo, pero la amarga información no afectó por lo menos en el momento a papá, que hacía escasos minutos había recibido a su sexto hijo y solo cabía en ese instante alegría para él.

Tal coincidencia produjo sentimientos encontrados en la familia y principalmente en papá, que decidió nombrar a su hijo, Rafael María, pero como mamá estaba en desacuerdo, agregó un tercer nombre para complacerla, Daniel, quedando unos días después registrado en la Jefatura Política como Rafael María Daniel. Papá y mamá juraban que en el momento del alumbramiento se escuchó un fuerte golpe en la puerta de la casa. Decían que era el abuelo que se despedía y daba la bienvenida a un nieto más.

Danielito, le decía mamá a su nuevo retoño, quien ostentaba una linda cabellera colmada de negros colochos y que en el camino de su desarrollo

perdió sus dos primeros nombres, porque mamá nunca lo llamó Rafael, ya sabemos por qué. Su primer nombre solo lo utilizaba la maestra cuando pasaba lista y uno que otro compañero despistado que llegaba a la casa a preguntar por Rafael.

A esta distancia en nuestro camino como familia, la situación económica y laboral de papá no mejoraba, pero él buscaba mil maneras para salir adelante. Inició una carrera artística en el campo de la música, creando un conjunto musical con la participación de algunos amigos y conocidos del barrio en que vivimos toda la vida. Como principal atractivo de dicho grupo musical había un instrumento creado por él que llamó "El Trombón Humano", el cual consistía en un cajón con patas al estilo de una mesa pequeña, con una lámina de madera delgada en su parte superior, impregnada de "gomapez". Al deslizar los dedos pulgares sobre la lámina, esta vibraba produciendo, a su vez, un sonido de ronroneo que servía de acompañamiento en las diferentes interpretaciones musicales.

Algunos curiosos trataron de tocar el singular instrumento, pero al deslizar sus dedos sobre él, después de un breve lapso, se les llenaban de ampollas porque la goma era como una arena que gastaba la piel. El asunto no era cuestión de brujería ni nada parecido, sino que a papá no le sucedía lo mismo porque tenía la piel de sus dedos endurecida debido al trabajo que realizó alguna vez en las minas. Este conjunto musical producía algarabía en el vecindario cada vez que ensayaba, porque por

ese tiempo no era muy común algo así. No grabó ningún disco ni se hizo famoso, pero fue una manera de paliar la crisis económica del momento.

La siguiente aptitud artística que activó papá fue en el campo de la pintura, recordando viejos tiempos cuando todavía vivía en Puntarenas y no se había encontrado con mamá. Tuvo la idea de realizar pinturas para vender pues alguna vez había pintado por distracción un cuadro en el que representaba la Angostura que en ese tiempo era un bonito lugar. Tío Juanito nos contó que el nombrado cuadro produjo admiración y muy buenas críticas de quienes lo vieron.

De esta inesperada manera se inició como pintor y expositor de su nuevo arte. Sus cuadros causaban admiración por su belleza y por sus dimensiones, ya que algunos de estos eran del tamaño de un pizarrón de escuela. Tardaba varios días y hasta semanas en realizar algunas de estas obras. Sin embargo, en una ocasión, recuerdo que inició un cuadro llamado Las Ruinas de Babilonia una tarde como a las tres, aproximadamente, y pasó toda la noche pintando. Cuando me fui para el colegio a las siete de la mañana del día siguiente, mamá estaba admirando asombrada aquel cuadro tan bonito.

Así fue saliendo adelante como un valiente, defendiéndose hasta con las uñas para lograr sus metas. Continuó también acrecentando su descendencia con el último de sus retoños, Juan Bautista, Juancito por cariño y por ser el menor

de los hermanos. Una tarde, él llegó a enriquecer nuestra familia. Los que en ese momento éramos más grandecitos lo recordamos porque ese día nos permitieron hacer loco en la casa jugando con cobijas de hacer cabañitas por toda la sala y nadie nos llamó la atención. Estábamos tan entretenidos que ni cuenta nos dimos de que papá y mamá ni se asomaban a ver lo que hacíamos.

Mientras nosotros jugábamos de lo lindo, mamá en su dormitorio sufría los dolores del parto que estaba por terminar, acompañada por papá y la partera. Me parece ver a papá llegar con el nuevo hermanito en brazos y nos lo presentó. Parecía un muñequito que se podía mover solo; de ahí en adelante siempre fue el chineado de la casa.

Como buen minero, cuando una veta se agotaba o perdía su riqueza, cambiaba de rumbo o buscaba en otras latitudes. Así lo hacía él con sus ocupaciones, fuente del sustento de su familia. De la homeopatía a la música, luego a la pintura y también a la prestidigitación, brujería para los ignorantes y malintencionados; "magia" para los distraídos.

El mago

Este famoso ilusionista hizo aparecer a toda una familia y la llevó a vivir por muchos años al Barrio San José de la ciudad de San Ramón en una humilde, pero cálida casa con techo de tejas y gruesos postes de cedro amargo. Él nació siendo mago porque desde niño vivió enamorado de un arte fantástico que no era para todos; era únicamente para aquellos que creían en ilusiones. Se divertía creando sus trucos, aprovechando cuanto se ponía en su camino. Casi cualquier cosa que para otros parecía inservible para Regiallrixci o Mago de la Salud era un tesoro con el que divertía y asombraba a cuanto público se ponía delante de semejante ilusionista. Regiallrixci fue el primer nombre de batalla que tomó papá como mago, significaba Rafael Orozco en una especie de jerga que se usó en Costa Rica en el pasado para comunicarse en forma secreta. Luego, al trabajar con El Ministerio de Salud en el programa Hospital Sin Paredes, le dieron el nombre de Mago de la Salud o Valeriano Pueblo.

Contaba papá que desde chiquillo le gustaba el ilusionismo. Cuando era apenas un niño creaba trucos con cajas de fósforos, tarros, cartas y otros materiales más que llegaban a sus manos. En "aquellos dorados tiempos" cuando de verdad eran dorados, no como ahora que parecen pero que son de plástico recubierto de esmalte, no había luz eléctrica. Las personas se entretenían con espectáculos representados en vivo

como: el teatro, las veladas de pueblo con artistas autóctonos, los bailes animados por orquestas, las famosas retretas de los domingos o días feriados, pero en especial con los circos.

Papá se entusiasmó por los circos toda su vida. Esos añorados tiempos de principios del siglo veinte eran lindos años aunque difíciles en todo sentido, en especial en lo económico, por eso no me atrevo a especular cómo lograban los niños como él pagar una entrada para satisfacer su curiosidad con sus limitados recursos monetarios. Escuché en alguna conversación que nuestro ilusionista y sus hermanos eran tan aficionados a esta entretención que en una oportunidad vendieron empanadas de carne de gato para financiar sus boletos.

Los magos que venían en esos espectáculos eran la principal atracción para él porque le daban ideas de cómo realizar sus propias creaciones mágicas. Este prestidigitador no salió de la nada como en las películas. Este mago comenzó, primero que todo, estudiando, leyendo cuanto libro sobre ilusionismo pudo conseguir, intercambiando trucos, comprando algunos para desarmarlos y aprender así sus secretos y también modificando los ya existentes.

Los primeros trucos que construyó fueron de magia mayor, consistían en artefactos en los que podía desaparecer una persona o alguna de sus partes, como la mujer sin cuerpo, en que la artista principal era Ana Irma; bueno la cabeza de ella que era lo único que se veía.



De izquierda a derecha: Valeriano Orozco,
Dr. Ólger Barboza, Dr. Montero, década 1970.

Con este aparato hizo presentaciones en diferentes partes del país, comenzando en Plaza Víquez donde, antiguamente, se realizaban los festejos de fin y principio de año en San José. A ese lugar fue llevado por un empresario de espectáculos de ese tiempo.

Como la presentación fue productiva, papá, en forma independiente, alquiló meses después un local durante unas fiestas en Palmares que se realizaban en Zaragoza y puso su cabeza sin mujer a trabajar. Para esta presentación hasta fabricó entradas con unos pequeños sellos que él mismo hizo. También era el anunciador oficial de su espectáculo y con aquel vozarrón que lo caracterizaba, ayudado por un pequeño equipo de amplificación, recitaba una y otra vez: "¡Si Sara goza, goce usted también, viendo lo antes nunca visto: una mujer sin cuerpo que habla, que canta, que come! Usted puede tocarla si lo desea para que vea que es verdadera, solo tenga cuidado porque lo puede morder. Pase adelante, no deje que le cuenten. Por un colón tendrá la dicha de ver en este pueblo, la única e increíble cabeza sin mujer, ¡pase adelante!" Esa y otras retahílas repetía papá para llamar a su espectáculo en los diferentes lugares donde lo presentó.



Valeriano Orozco “El mago de la salud, 1980.

El asunto no terminó ahí. También en nuestra casa -en un aposento que tenía puerta independiente, cuando se realizaron unas fiestas con toros en una placita que había detrás del Colegio Patriarca San José- pudieron los curiosos moncheños disfrutar de la creatividad de un conciudadano. A esta presentación siguieron otra en Guacimal y la última en Las Playitas en Puntarenas, para unas fiestas cívicas que eran muy concurridas.

Quizá el viaje tan accidentado y otros acontecimientos no muy afortunados convirtieron la de Puntarenas en la última exposición, ya que el viaje de ida se realizó en una cacharpa que tenía el "Zurdo" Ulate, la cual tuvo un desperfecto mecánico al llegar a Río Jesús, y eso que iba de bajadita. Para poder llegar a nuestro destino hubo que mover el vehículo, primero con una yunta de bueyes y luego un camión nos remolcó hasta "Esparta" donde alguien hizo un milagro y puso a funcionar el destartalado *Willys Safari*. Para tener una idea un viaje de una hora se convirtió en unas interminables seis horas.

Para cerrar con broche, no precisamente de oro, en esta presentación una de las artistas dejó un maloliente recuerdo para los dueños del local, tanto así que papá juró no volver ni acercarse por ese lugar, nunca más; apenado por la situación de la que se enteró hasta que llegamos a San Ramón, aunque nos vinimos con una buena ganancia. Como cierre de este capítulo, papá vendió el truco a su único socio, Santiago Villegas, que siempre anduvo de ayudante. A fin de cuentas, ¡gracias a Dios! las cosas en ese momento marchaban mejor. Ese fue solo el principio del mago Regiallrixci. La magia apenas estaba empezando, todos sabemos eso.

Cuando mis hermanos menores, Daniel y Juan, todavía estaban en la escuela Jorge Washington, como colaboración para el Patronato Escolar, papá hizo una presentación de magia con todo tipo de trucos. Ellos y otros niños del barrio tenían un grupo musical que tocaba, creo que como tres piezas,



Valeriano Orozco con su esposa Teresa Arroyo,
presentación de magia, 1980.

y en esa oportunidad interpretaron todo su repertorio como complemento de semejante acto, que según me comentaron, fue un verdadero éxito.

Otra de las presentaciones, dignas de contarse, la ejecutó en Sarchí de Valverde Vega, donde alguien también de una escuela lo contrató para realizar su acto, para el cual llevó todo un elenco de artistas: un contorsionista, otros que eran músicos y cantantes como Daisy Ledezma, quien había sido famosa en su juventud, pues incluso había grabado un disco.

Todo iba bien en la presentación, hasta que algunos revoltosos, que no faltan en toda esta tierra bendita por Dios, comenzaron a gritar que los dejaran revisar los trucos, que todo eso era pura trampa. Entonces papá, que con poquito tenía para "encandilarse", los retó a subir al escenario para hipnotizarlos y ponerlos a comportarse como animales y si no quedaban satisfechos los iba a convertir en chanchos. Con eso tuvieron suficiente; a partir de ese momento nadie volvió ni a chistar.

Al regresar papá a casa nos contó todo lo sucedido muerto de risa, dejando ver su colmillo de oro, que se lo tuvo que extraer cuando debió usar una prótesis dental completa. Por cierto, ese colmillo era como un recuerdo de los dientes que alguna vez ostentó y que se le quebraron siendo todavía joven, al alzar una mesa con sus sillas usando solamente su mordida. Decía que eso no era truco y que él lo había realizado en varias oportunidades solo por vacilón, pero que ese día que se le quebraron se debió a que no había mordido con suficiente fuerza

la mesa, la que se le resbaló y en ese movimiento se le fracturaron algunos de esos formidables dientes. No obstante que en este tipo de actividad tuvo relativos éxitos, esto no lo hizo rico ni mucho menos le permitió vivir con su familia de los ingresos obtenidos exclusivamente de esta manera. Fue hasta 1970, cuando un afortunado día para toda nuestra familia y exitoso momento para el programa de Salud Rural de San Ramón, que el doctor Juan Guillermo Ortiz Guier, con esa visión de genio, le propuso a papá unirse a ese programa como expositor. Con la ayuda de toda su creatividad aplicó su magia a las enseñanzas sobre vacunación, prevención de enfermedades y organización comunitaria que el Ministerio de Salud quería inculcar en toda la gente sencilla y humilde de las zonas rurales de la región occidental.

Al combinar sus conocimientos artísticos con los programas del Hospital Sin Paredes él supo llevar un mensaje entretenido y efectivo a todas las comunidades que visitó en unión de todo el personal de esta organización. La visión del doctor Ortiz fue un éxito para el programa, una dicha para las comunidades y un avance para nuestra familia que a partir de ese momento tuvo la estabilidad económica que tanto necesitábamos. Gracias a esta afortunada oportunidad, también papá se realizó todavía más en el campo de la salud que siempre fue su vocación y les permitió, tanto a él como a mamá, vivir una vejez más tranquila de lo que jamás imaginaron.

Exorcismo

Papá fue un hombre polifacético, decían algunas personas que lo conocieron, pero más que eso realmente fue un estudioso a quien le gustó ahondar en todo aquello que a la mayor parte de personas les parecía sin importancia, prohibido o a lo que simplemente no le dedicaron tiempo porque no les era rentable. La religión y el ocultismo tienen caminos paralelos, separados por una línea muy delgada, línea que para él fue fácil curvar y unir una con la otra. Así que cuando papá llegó a San Ramón trató de ganarse la vida como le fuera posible, desde reconstruir una imagen religiosa y pintarla, hasta fabricar una con madera, yeso u otro material que cumpliera sus expectativas en ese campo. Pintaba un cuadro al óleo o dibujaba un retrato con crayón, componía una canción y ejecutaba un instrumento como si esa fuera su única ocupación. Trabajar en panadería, sastrería o cualquier oficio, no fue obstáculo para él, sin embargo cuando se trataba de usar la mente, ese sí que era su campo.

Hay que recordar que en este momento de su vida ya papá tenía vastos conocimientos en homeopatía, sin embargo, la mayoría de personas no tenía ni la más mínima idea de qué era eso o no aceptaba que esa medicina fuera una ciencia. Simplemente creían que era brujería y hasta se llegó a decir que él era brujo y no solo eso, llegaron a temerle porque creían que iba a hechizarlos. Algunas gentes

que vivían en nuestro vecindario se cruzaban de acera o se tomaban la molestia de recorrer un camino más largo, sólo para no pasar cerca de nuestra casa.

Esta incultura generalizada llegó a tal extremo que hasta el cura de ese momento, Sergio Hidalgo, creía que esa afirmación era cierta. Por ese motivo las personas que él atendía llegaban principalmente de otros pueblos a tratarse con homeopatía, aunque también algunos de estos clientes, si se les puede llamar así, que creían en brujerías, adivinos y cuestiones de esas, le solicitaban que les leyera las cartas y él lo hacía pues había estudiado el tarot. Esto fortaleció la creencia que la gente ya tenía acerca de él.

Su fama como curandero, así les decían a quienes curaban con hierbas u otras medicinas no tradicionales, corrió por pueblos vecinos y no tan vecinos y algunas de estas personas o sus familiares lo buscaban para que les tratara por medio de exorcismos que él realizaba con ceremonias, inciensos, oraciones, fuego, agua y simbolismos que había aprendido en su continuo investigar. A todo esto le agregaba rezos en latín que conoció en el seminario cuando quiso hacerse sacerdote y algo de hindú que no tengo ni la menor idea de donde lo aprendió. También recuerdo haberle escuchado algunas frases extrañas que pronunciaba y que nunca supe qué decían.

La más connotada de esas "curaciones" fue la de una mujer traída por sus familiares, ya que había sido diagnosticada como demente por médicos

quienes al no encontrar cura a su mal decidieron internarla en el Hospital Psiquiátrico de la época, conocido como Asilo Chapuí. Esta curación, posiblemente, es la más recordada de las realizadas por papá, debido a la publicidad que se le dio en los medios de comunicación escritos del momento y se llevó a cabo en los primeros años del regreso de papá a la ciudad de San Ramón, allá por 1950.

Este relato precede a mi nacimiento, pero lo

Dramas de la Hechicería

Botaba por la Boca lillas de Cigarrillo



Aquí está ella, con la salud recobrada. En una mano muestra la Cruz de Cristo, símbolo de recuperación. En la otra, sostiene el vaso dentro del que se hallan las partículas que estuvo botando. Al lado, el hechicero, quien aplicando recursos del mismo linaje, hizo el milagro, si es que milagro se puede llamar.

—BOTABA POR
CIGARRILLO

—Se la iba a
en filtros, p
curó y ahor

—El caso se r
el mundo in

En materia d
sido más incre

LA GAN PERDERA

—La no asiste
significa, em
ros que han
primera en

—La Ley que
la causa de
ciones eman

La Ley que
ción de ganado

escuché muchas veces, cuando por alguna razón, el tema salía a relucir en una conversación o como referencia a que esas cosas inexplicables para las ciencias, sí existen. También lo leí en un pequeño recorte de periódico que papá conservó por muchos años, guardado entre las frágiles páginas de su Biblia, que adelante podrán ustedes leer, para estar tan cerca como lo hice yo de esta peculiar anécdota.

Una joven mujer, de nombre Ana María

Patatas de Sapo, Co- Alfileres y Agujas...

BOCA PATAS DE SAPO, COLILLAS DE
ALFILERES Y AGUJAS...

creyéndose la demente, pero otro maestro
ma vía en que se produjo la curación, la
perfecta salud

San Ramón y como era natural, a todo
extraño fenómeno

hemos tes. Por nuestra pasta auténtica-
creven- (Pasa a la Pág. OCHO)

ARIA FINA NACIONAL A GRAN OPORTUNIDAD

la exposición internacional de Guatemala
cosas, grave desaliento para los ganade-
de la industria pecuaria costarricense, la
América

exportación de ganado de razas finas es
Rica no asista a ese evento. Considera-
la Cámara de Agricultura

la exporta- quilla), y... que Costa Rica
finas, (va... (Pasa a la Pág. SEIS)



Notificado Laureano Gómez de
que no puede entrar a Colombia.

Recorte de periódico, febrero 1950.

**BIBLIOTECA ARTURO AGÜERO CH.
SEDE DE OCCIDENTE U.C.R.**

Barahona, padecía convulsiones en las que contorsionaba su cuerpo y despedía espuma por la boca con dolores constantes de cabeza y sin una razón aparente. Lo anterior hizo que primero fuera recetada durante algún tiempo con homeopatía, pero al no tener el resultado deseado, sus familiares y papá optaron por realizarle un exorcismo. El ritual se ejecutaba dibujando una circunferencia en el suelo, complementada con una estrella de cinco picos, "tetragrámaton" así la llamaba papá. Luego escribía diferentes símbolos esotéricos, ayudado con sahumeros de incienso, mirra, plantas, fuego y agua bendita. En esta circunferencia, que hacía las veces de un altar, colocaron a la mujer que se revolcaba en el suelo, gritaba, ponía los ojos en blanco y expulsaba espuma por la boca.

Con la ayuda de varios hombres, quienes a duras penas podían sostenerla, se realizó la ceremonia, que al cabo de casi una hora de rezos, oraciones y conjuros, terminó. Ante el asombro de quienes participaron sosteniendo a la enferma y los espectadores que no faltan en asuntos tan extraños como este, la mujer vomitó, en presencia de todos, una bola conformada por pelos, alfileres, vidrios y otros elementos que no puedo precisar. Ocurrido lo anterior la mujer volvió a la normalidad y su salud se restableció.

No sé cómo, ni quién se enteró de lo sucedido y publicó en un diario de circulación nacional -La Prensa Libre, La República u otro- un reportaje con una descripción, detalles de lo ocurrido y una

fotografía donde aparecen: la joven, papá (el brujo como le denominaban) y un familiar de la mujer. Durante muchos años papá conservó el recorte del reportaje que aunque de alguna manera lo agravia al llamarle brujo, fue y es una prueba de sus logros como sanador. Me parece verlo, enseñándoselo a algún incrédulo, después de tantos años. Abría la Biblia y mostraba aquel pedazo de papel amarillento prueba de que lo sobrenatural si existe.



De izquierda a derecha: Valeriano Miranda,
“Moncho de Hule” y Valeriano Orozco.
Parque de San Ramón, 1960.

Sin explicación

Mientras algunas personas de la comunidad actuaban en detrimento de nuestra familia por la figura de papá, por ignorancia o simple mala voluntad, otros reconocían en él a un hombre con capacidades y conocimientos fuera de lo común y lo buscaban para que realizara casi todo tipo de trabajos, entre ellos unos no muy convencionales como los relacionados con asuntos esotéricos. La primera oportunidad en que lo hizo fue cuando exorcizó a Ana María Barahona, lo que lo puso en boca de todo el mundo para bien y para mal. Pero hubo otros casos de los que fui testigo.

Camino a San Isidro, frente a la bifurcación del camino que conduce a esa comunidad, donde la calle Real se divide con rumbo al norte para dar origen a la calle Varela, existió una pequeña finca cafetalera llamada Santa Cecilia, mejor conocida por nosotros y los vecinos como “el cafetal de Rafael Sánchez”, quien en realidad era el cuidador o capataz. Un día como cualquier otro se inició un rumor que de boca en boca fue creciendo en nuestro vecindario. Así era como antes uno se enteraba de casi todo y poco a poco fue creciendo como la espuma y llegó a oídos de niños, adultos y viejos de nuestro pueblo.

Lo que fue rumor, paso a paso se convirtió, primero, en romería y, después, en una estampida de curiosos que caminaba a toda hora hacia el cafetal de Rafael Sánchez. Todos iban a tratar de ver o escuchar

y con algo de suerte, hasta recibir el golpe de algún objeto elevado por los aires sin saber por qué o por quién. La muchedumbre caminaba para la casa donde asustaban, según se decía, donde los objetos se movían sin explicación. Algunas cosas simplemente se levantaban hacia los curiosos o los habitantes de la vieja casa que custodiaba el cafetal, dejando en una oportunidad a uno de los recolectores de café con un ojo morado, muestra del extraño fenómeno que se presentaba en el lugar.

Era invierno, pero de aquellos inviernos de ese tiempo, con lluvias copiosas y constantes, con temporales de quince días que hasta las tejas de las casas se pasaban de tanta agua. La bendición de tanta agua propiciaba que el rústico camino, algo lastrado y arcilloso, que conducía hacia San Isidro se convirtiera en un verdadero lodazal, de una fineza que más que barro parecía atol de chocolate. Esto no impedía la marcha de espectadores quienes se ubicaban así: los más gallardos a unos cuantos pasos de la casa y los menos valientes, la mayoría, al lado opuesto de la calle o sobre un paredón de una finca vecina frente a la casa misteriosa.

Cuando tenían suerte, los curiosos lograban escuchar y hasta ver una lluvia de granos de café que salía de uno de los tantos sacos que estaban apilados en una especie de galera que recibía a los trabajadores de la finca. Algunos decían escuchar gritos escalofriantes en la parte baja de la propiedad, mientras que a uno de los habitantes de la casa algo o alguien lo sacó de su dormitorio mientras dormía y

lo colocó en uno de los callejones, sin que la persona se diera cuenta de quién lo hizo o cómo. Cuando despertó debido al frío de la madrugada, estaba en calzoncillos en medio del camino.

Los atormentados residentes de la casa al principio estaban incrédulos de lo que sucedía, pero como los acontecimientos fueron empeorando, consultaron al sacerdote, quien después de muchos ruegos y testimonios accedió a celebrar un rosario que en vez de arreglar las cosas, provocó que la actividad paranormal se agravara. Aunque los miembros de la familia Sánchez le tenían algo de miedo a papá por su misma ingenuidad, alguien les sugirió a don Rafael y a los dueños de la finca la posibilidad de llevar a Valeriano, que sabía mucho de esos asuntos. Con una mezcla de incredulidad, temor e impotencia lo llamaron para que fuera a ver qué podía hacer.

En un principio papá no estaba muy de acuerdo en ir a un lugar que más parecía un circo que otra cosa, ya que además de lo que realmente sucedía, también había grupos de charlatanes que se aprovechaban de la situación para hacer bromas, tirando objetos al techo o imitando sonidos para asustar a los atemorizados moradores de la embrujada casa. Así que los interesados y papá acordaron actuar de la manera más discreta posible y ejecutar el exorcismo del lugar cuando no hubiera curiosos cerca.

Papá preparó incensarios, hierbas, esencias, mirra, azafrán, agua bendita y no sé que otras tantas cosas más. Un atardecer, cuando eran más frecuentes las manifestaciones, bajo una pertinaz llovizna, fuimos

al sitio. Después de una breve entrevista con los atormentados moradores y una exhaustiva inspección de la zona, inició papá sus rituales acompañados de sahumeros, oraciones en español y en lenguas que nosotros no entendíamos. Caminaba de un lado para otro recorriendo todos los rincones, habitación por habitación. Luego hizo lo mismo por el exterior y los alrededores inmediatos a la vivienda.

Al cabo de un buen rato y sudando copiosamente, con una antorcha encendida en la mano, dibujó diferentes símbolos en el aire mientras la antorcha producía un sonido intimidante para los presentes, hasta que poco a poco su fuego se extinguió, dando por terminada esa parte del ritual.

Todavía quedaba la parte final para la cual solicitó a los presentes que abandonaran el interior de la vivienda. Una vez solo, sobre un brasero bien encendido, derramó el sahumero determinante, compuesto por virutas de cacho de toro con azufre y abandonó el lugar mientras se quemaba dicho material, que por cierto, si no olía a diablo por lo menos olía parecido.

Fuera de la casa nos encontramos con la sorpresa de que gran cantidad de personas se habían reunido en silencio, con temor, incredulidad o respeto para observar y ser testigos de semejante acto. Nadie chistaba siquiera, todos solo miraban absortos debido a lo que presenciaban. Lo interesante fue que durante todo el tiempo que estuvo papá en el lugar nada extraño ocurrió y después de su ceremonia toda actividad anormal cesó y los incrédulos reconocieron

que él tenía conocimientos poco comunes que utilizaba solo para ayudar a quien lo necesitaba.

No tuvo que pasar mucho tiempo después de esta demostración inesperada, para que otras personas con situaciones similares se acercaran a nuestra casa en busca de ayuda y solución a algo inexplicable. Debo recordar que algunas personas de nuestro pueblo le temían a papá después de tantas cosas inverosímiles que se habían dicho sobre él; hubo quién llegó a creer que con solo mirarlo podía embrujarlo o algo parecido. Así que de esa demostración de ayuda y dominio de artes espirituales salió algo positivo, algunas personas se acercaron a él ahí mismo para preguntar sobre situaciones similares. Los más tímidos prefirieron llegar días después hasta nuestra casa en busca de ayuda no convencional.

El silencio

Entre los que llegaron a solicitar ayuda estaba un señor que tenía una finca en La Balsa de los Ángeles de San Ramón. Él fue el primero en acudir a papá para estos menesteres poco comunes. Aunque siempre vivió a unas tres cuabras de nuestra casa, nunca tuvo el valor de acercarse pero con semejante demostración no lo pensó dos veces.

En su finca, desde hacía bastante tiempo, sucedían cosas inexplicables y aterradoras. No como en las películas donde vemos caras feas o cuerpos deformes. Cuando digo aterradoras es porque lo que nos asusta es todo lo que no podemos explicarnos; por ejemplo, cuando los acontecimientos que ocurren a nuestro alrededor no son predecibles ni racionales.

En la casa de esta finca y en los terrenos circundantes se escuchaba la risa de una mujer en medio de las oscuras y nubladas noches, en un sitio donde solo había montaña y pastizales. Mientras dormían, los peones eran alzados y sacados hacia los corrales donde despertaban exaltados ante la situación. Inexplicablemente, se levantaban objetos y golpeaban a quienes habitaban la casa. Los caballos eran liberados de los corrales y espantados por las noches y al recuperarlos presentaban pequeñas heridas en sus cuellos de las que todavía manaba sangre. Ni siquiera la hora de la comida, cuando se reunían los trabajadores, era respetada por las

entidades que causaban estas anomalías, pues mientras comían como por arte de magia caía tierra sobre sus alimentos.

El dueño de esta finca contrató a papá para que fuera a terminar con todo lo que pasaba ahí, porque ya nadie quería trabajar en el lugar ni por todo el oro del mundo. Él mismo solo iba de entrada por salida a dejar los suministros indispensables y a la hora que fuera regresaba a su casa por miedo a lo que pudiera suceder en cualquier momento.

Se pusieron de acuerdo y la mañana siguiente de su visita, en un *Jeep Willys*, partimos para la finca El Silencio. ¡Imaginen cómo podía ser el sitio de aislado! Con ese nombre que lo decía todo y la neblina que había constantemente ni los pajaritos cantaban por el frío.

Aunque el lugar no era tan alejado, quizá unos veinte kilómetros del cuadrante de San Ramón, sus caminos estaban en tan mal estado que tuvimos la necesidad de dejar el carro como a un kilómetro de la casa porque el barrial de la calle no permitió llegar en el vehículo a la casa en cuestión. Terminamos nuestro viaje caminando con las maletas en hombros bajo una pertinaz llovizna agravada por una espesa neblina propia de la zona. Avanzamos entre zacatales y barro hasta llegar a una vieja y ahumada casona rodeada por solitarios y húmedos corredores.

Apenas llegamos nos recibió un largo y escalofriante grito que parecía, por el timbre de voz, el de una mujer. Nos detuvimos por un instante para escuchar más, pero nada sucedió. Entramos en la

casa donde se encontraban todos los trabajadores reunidos en busca de apoyo moral y en espera de quien los libraría de semejante martirio. Al vernos todos nos saludaron como si fuésemos viejos conocidos y como si con nuestra llegada, bueno, la de papá, fuera suficiente para que todo se arreglara. Escrutaron cuidadosamente sus maletas para ver qué clase de milagro traía encerrado en ellas.

En medio del mutismo de aquel lugar, sudando, pero con las manos moradas de frío y los mocos saliendo todavía, a consecuencia del clima, tomamos un refrigerio caliente para inmediatamente poner manos a la obra. Sobre la rústica mesa del comedor, una vez desocupada, papá comenzó a prepararse, sacando todo el arsenal que traía para el caso. Estaba en eso cuando escuchamos el sonido de un pequeño objeto que cayó, seguido de un lastimero quejido. Un instante después se presentó ante nosotros un joven como de unos dieciocho o veinte años con una herida en su frente que presionaba con una de sus manos, en tanto que, con voz entrecortada, nos explicaba que un pequeño vaso de Zepol que estaba sobre una mesa del dormitorio, se levantó inexplicablemente en su dirección y lo golpeó en la frente.

Unos instantes después se escucharon relinchos, seguidos del sonido de sus cascos que se alejaban en tropel. Eran los caballos de la finca que habíamos visto al llegar, encerrados en un corral que permanecía cerrado en ese momento. Papá nos miró de reojo y posó su mirada por un instante sobre mi

rostro, quizá, en busca de un gesto que delatara mi angustia por lo que sucedía.

Continuó con su rutina quién sabe cuántas veces practicada. Tomó unas pocas brasas del fogón que permanecía encendido como medio de calefacción debido a la baja temperatura que se sentía en el lúgubre escenario. Las colocó en el incensario que utilizaría de inmediato, solo que al hacerlo, una de las brasas grandes cayó al suelo de donde papá la tomó a mano limpia produciendo con este simple acto un sentimiento de admiración y confianza a la vez, pues para los espectadores eso fue como cosa de magia. De haber conocido a papá mejor habrían sabido que esa acción era común en él.

Realizó una breve oración y enseguida bendijo el fuego con agua bendita, rociándolo con una pequeña rama de alguna hierba humedecida que llevaba para ese efecto. Al hacerlo sucedió algo inverosímil, el fuego en vez de apagarse un poco con el agua, se avivó produciendo un sinnúmero de chispas que intentaban ascender hacia el techo.

Acto seguido, colocó sobre el brasero una pequeña cantidad de incienso que produjo una espesa columna de humo que invadió el aire, llenándolo de un olor a procesión de Semana Santa. Como inspirado por el espeso humo, inició una serie de oraciones y conjuros que, de vez en cuando, dejaban escapar una que otra palabra que podíamos entender en medio del silencio de los tímidos trabajadores.

Con un andar cadencioso casi al ritmo de sus oraciones, avanzó por cada uno de los rincones de la casa. Al continuar en el exterior, el humo perfumado se confundió con la densa niebla que intentaba sofocarnos con su espesura, mientras mantenía prisionera la vieja casa de tablas ahumadas que luchaba por no ser aplastada con todo y sus moradores. Papá parecía un fantasma que flotaba en esa blanca niebla; aparecía y desaparecía al capricho del tímido viento que la transportaba y su fuerte voz se convertía en un grave susurro que delataba su posición.

La fría mañana con su viscosa claridad, batallaba por iluminar el día que era joven todavía y en medio de esa penumbra solo se distinguía la medrosa luz de la antorcha que papá blandía en sus manos, cual afilada espada de un caballero medieval; dibujando símbolos en el aire que solo él podía descifrar. Su luz amarillenta poco a poco se fue disipando hasta quedar convertida en una pequeña columna de humo que papá terminó de ahogar al introducirla en su estuche.

Cuando todos creíamos que el trabajo estaba terminado se escuchó como en coro un largo suspiro de alivio. Papá tomó nuevamente el brasero, lo avivó con su mismo aliento y ordenó que todos saliéramos de la casa para realizar un sahumero final que no podía ser respirado por nadie. Sobre las vivas brasas lanzó algo que produjo un humo totalmente blanco y espeso mientras él abandonaba el lugar esperando que aquello se terminara de consumir.

Inesperadamente cuando todos estábamos absortos mirando la gran cantidad de humo que salía de la casa, se escuchó desde una espesa arboleda un aterrador grito que hizo que todos nos miráramos mientras un fuerte escalofrío recorría nuestras espaldas. Con voz firme, seguro de que el trabajo estaba terminado, papá aseveró: el asunto está resuelto. Desde ese día en adelante todo transcurrió con normalidad hasta la fecha.

Venecia

A finales del siglo veinte, al nombrar casi cualquier pueblecito de nuestro país, no era extraño que casi cualquier persona conociera su ubicación y hasta posiblemente tenía referencias sobre ese lugar. Pero allá por los años sesenta, eso no sucedía fácilmente. Nombrar Venecia de San Carlos era como hablar de otro país; ya que era un lugar poco conocido para quienes vivíamos en el Valle Central u otras zonas alejadas de ese lugar.

En ese tiempo, las vías de comunicación no eran como ahora, los caminos generalmente eran lastrados o simplemente, de tierra, mejor dicho de barro, lo que impedía su fácil acceso. Sin embargo, cuando se trataba de trabajar y ganarse unos cincuitos, ni los callos impedían a papá desplazarse hasta un lugar como este. Así que un día me comunicó que me alistara porque al día siguiente íbamos para San Carlos a curar una finca. Esa era la manera en que se refería a ese tipo de trabajo.

Partimos muy tempranito con un señor que nos llevó en su carro de doble tracción, lleno de goteras porque era invierno y todo el camino fuimos capeando mojarnos mucho. Después de varias horas de viaje, con un terrible dolor de espalda, las nalgas magulladas y un buen "jabecazo" que se dio papá en la cabeza cuando el "chunche" se metió en profundo hueco, llegamos a la finca en cuestión en la alejada comunidad de Venecia.

La situación en la casa principal de la finca era muy parecida a las que ya les he narrado: objetos que se movían aparentemente solos, personas que eran agredidas por entes invisibles, ruidos que despertaban a los cansados peones, niños que eran atraídos por alguien o algo invisible con quien entablaban conversaciones como si se tratara de una persona y cuando se les preguntaba con quién hablaban, con toda naturalidad contestaban: "con esos hombrecitos que están ahí". También algunos animales sanos, morían sin que, en apariencia, hubiera razón alguna.

Estaba oscureciendo cuando arribamos a esa casa oscura de la cual solo se distinguían en la penumbra del anochecer, las ventanas y la puerta que se dibujaban en aquel vacío semi oscuro, de un color anaranjado transparente que daba la impresión de que la casa ardiera por dentro. En una colina muy pequeña se observaba la silueta de aquella diminuta construcción con corredor esquinero lleno de personas que parecían fantasmas oscuros, hablando entre sí, que nos recibieron con sus rostros llenos de esperanza después de todo un día de espera.

Luego comimos un plato de arroz con frijoles acompañado de un jarro de café a la luz de canfineras y del fuego de un gran fogón que recalentaba el ambiente. Mientras llenábamos nuestros estómagos, papá esperó a que sucediera algo que nos indicara lo que ocurría, pero como siempre que llegaba a un lugar de esos, nada en absoluto pasó. Papá, bajo la mirada expectante de todos los presentes, realizó un

breve conjuro solicitando a los entes que habitaban ese lugar que se manifestaran de alguna manera. Todos los presentes guardaron silencio, algunos se apuñaron como buscando protección entre sí, pero nada ocurrió.

Después de una breve espera, me apartó del grupo y me explicó rápida pero claramente, que los espíritus o seres que producen esos fenómenos no eran peligrosos, que no lo pueden tocar a uno, ni le pueden hacer ningún daño, por lo tanto, no había ningún peligro que temer. Colocó su pesada mano sobre mi hombro y me indicó que necesitaba que me quedara un rato solo en el lugar si estaba de acuerdo, me dijo que estuviera atento para que le dijera después qué pude escuchar, ver o sentir porque esas cosas se manifestaban mejor ante los niños. Un escalofrío de terror subió desde mis talones hasta la coronilla, produciendo un grueso nudo en mi garganta que amenazó con quitarme el aliento. Con un suspiro más que una palabra acepté sin mucho convencimiento, mientras que él me prometió que solo sería un ratito para ver que sucedía.

Era una casa del campo, así que las dos ventanas ni vidrios tenían, solo unas puertas de madera las resguardaban, lo que hacía que pareciera mucho más oscura de lo que en realidad era. Las canfineras con su luz danzante hacían que cualquier sombra se moviera a su ritmo porque atraían toda clase de insectos voladores, que al pasar por las juguetonas llamas, terminaban en el suelo produciendo sonidos inesperados.

Sentado sobre un banco de madera, tragando la poca saliva que podía producir, vi como todos los moradores y visitantes de la casa la desalojaban por orden de papá, que de camino les explicaba el objetivo de esa acción. Mientras ellos salían, parte de mi alma se iba con ellos y todo el miedo que dejaban atrás se apoderaba de mí. Todo me asustaba, hasta mi agitada respiración que me parecía extraña. Solo la calidez de las brasas del fogón me daba algo de tranquilidad al saber que por lo menos ellas no se iban a apagar fácilmente.

De vez en cuando una candelilla o un carbunco iluminaban el aire por breves momentos con su verde luz y el sonido de sus alas al volar. Como un conejo sobre el banco destartalado temblé a más no poder esperando una señal, un sonido, algo que no sabía qué podía ser, con la esperanza de que el tiempo volara como aquellas candelillas que pasaban por la ventana. Un cucarachón o un murciélago que volaba tras algún insecto hicieron que mi corazón casi cayera al piso, en tanto mi frente se llenaba de un sudor frío y mi garganta luchaba contra el deseo de gritar.

Papá y los demás estaban a una prudente distancia esperando que yo hiciera una señal con el foco para acudir si fuera necesario, sin embargo no recordé que lo tenía hasta que ellos regresaron después de cinco, diez o mil minutos. En realidad para mí el tiempo fue una eternidad. Cuando escuché el murmullo de sus voces acercándose, el alma regresó a mi cuerpo y aunque mi boca estaba totalmente seca, pude articular dos palabras: "Nada pasó".

La manifestación que papá esperaba que se diera nunca llegó; sin embargo, debía continuar con el procedimiento que ya tenía previsto. Preparó sus implementos, los materiales que debía quemar y las hierbas que utilizaba en esos casos. Dijo sus oraciones y conjuros que en alguna ocasión, muchos años después me confesó que eran parte del ritual para que la gente creyera, porque las personas son así. Si alguien les ofrece determinado producto tal cual es, les parece que no sirve y no le tienen fe, por eso algunas veces es necesario ganarse esa fe que es indispensable en estos menesteres. Con un poquito de imaginación se pueden lograr milagros.

Recuerdo que conversando sobre la existencia de seres espirituales malignos, él afirmaba que los brujos son los que creen en esas cosas que ellos mismos crean. Por ejemplo, antes se hablaba tanto de espantos como la Segua, el Cadejo, El Padre sin cabeza, El Mico Malo y otros más, que de tanto creer en ellos la gente hasta los podía ver o, por lo menos, eso aseguraban. Así son las brujerías y los encantamientos que asustan a algunas personas.

La mente es algo poderosa y así como crea estas cosas, también las puede destruir aunque con un poquito de ayuda que la pongo yo, decía papá. Además, confirmaba la existencia de estas apariciones con ayuda de "su espada" forrada en cuero, hablando del rey Saúl cuando consultó una pitonisa y se apareció un espíritu que, según su interpretación personal, era un demonio. Terminaba diciendo: "Satanás es poderoso y usa infinitas formas

para engañarnos". Aunque tuvo que realizar este tipo de trabajos por su conocimiento en la materia, más que todo lo hizo por la necesidad de ganarse el pan para sus hijos. Siempre sintió remordimiento al hacerlo porque para él significaba ayudar a que las personas creyeran más en esas cosas que no estaban en concordancia con sus creencias religiosas. Por eso, cuando la situación económica familiar mejoró, para hacer honor a su fe cristiana, dejó de practicar ese tipo de actividades aunque gran cantidad de personas lo buscaba para tal efecto. Su respuesta a quienes llegaban en busca de ese tipo de ayuda era: "crea en Dios, porque aunque Satanás existe, no hay nada más poderoso que Nuestro Creador. Cuando se tiene fe en Él, nada puede contra nosotros." De paso les echaba una predicadita que era su manera de agradecer a Dios por todas las bendiciones que siempre recibía.

Presentimientos

A mí me gusta pensar que papá tuvo una personalidad poco común. Quizá hasta misteriosa para algunos y soberbia para otros, posiblemente para los que no compartían sus criterios en algunas tópicos, tanto así, que algunas personas le temían por esa manera de mirar o por su forma de hablar, firme y fuerte. Mientras, otros tantos le admiraban por sus conocimientos y sus dotes especiales.

En una oportunidad, cuando papá contaba ya con más de setenta años, una mujer bastante joven, quizá de menos de treinta años me comentó que ella siempre vivió enamorada de ese señor, desde que ella estaba en la escuela. Decía que un día tuvo la ocasión de verlo en una presentación de magia cuando trabajaba en el programa de Salud Rural y que esa personalidad la atrajo tanto, que todavía después de muchos años le producía una rara sensación mirarlo.

Esa percepción de las personas, al tener contacto con él, quizá tenía fundamento porque hasta nosotros sus hijos sentíamos una atracción especial y un afecto diferente por un padre que no era meloso, que no era tan expresivo en su afecto como tantos otros, pero que tenía un magnetismo natural. Mamá, como reconocimiento a esa personalidad, decía: "¡Su papá tiene unas salidas extrañas que a veces hasta que me asustan!". Seguro ya se le había olvidado que esa forma de ser fue la que la enamoró de él.

Esa afirmación la hacía cada vez que papá decía ciertas cosas salidas de lo común. Como en ocasiones durante el desayuno o talvez sentados durante el almuerzo, cuando generalmente estábamos reunidos tres o cuatro, papá expresaba: "Anoche tuve un sueño extraño, algo va a pasar". Cuando decía algo así, en efecto se producía algún acontecimiento de relevancia nacional o internacional que nos dejaba con la boca abierta preguntándonos: ¿cómo hace para sentir eso?

Algunas veces miraba al cielo y presenciaba una conformación nubosa, fuera de lo común para él, regresaba a la casa y afirmaba: "ese cielo no me gusta, tengo un extraño presentimiento". De seguro se producía una tormenta, un sismo fuerte o un viento huracanado.

Entre los acontecimientos reales que puedo recordar, que con antelación comentó, está uno a finales de los años sesenta, cuando una noche del mes de julio en que hacía un calor salido de lo acostumbrado, poco antes de acostarnos, como a las diez de la noche, comentó: "¡Esto no me gusta, estén preparados, algo va a pasar!". Éramos muy jóvenes y no le dimos mucha importancia al comentario. Recuerdo que esa noche se produjo el temblor más fuerte que yo había sentido en mi corta vida. Este temblor nos despertó y nos puso a correr a todos.

Al día siguiente, porque no era como ahora que todo lo sabemos de inmediato, nos enteramos, primero por la radio y luego por otros medios informativos que el sismo había sido originado por

la explosión de un nuevo volcán que produjo una tremenda y mortal erupción cerca de Tilarán, donde murieron varias personas y provocó cuantiosos daños en el lugar. Nada menos se trató de la erupción del volcán Arenal, para casi todos desconocido hasta ese momento.

Aparte de la importancia de lo sucedido, unos días después, papá me dijo: "Vio Ricardo, lo que le dije hace dos años y que su maestra se burló, era cierto". Con esa frase hacía alusión a que, cuando yo cursaba el sexto grado, un día la maestra nos dio una tarea de investigación sobre geografía de Costa Rica, en la cual preguntaba los nombres de los volcanes. Al resolverla y al no tener muchas fuentes de información, recurrí a él, quien con mucha seguridad me fue indicando diferentes nombres, entre ellos el Arenal.

Al llegar a la escuela al día siguiente y revisar la tarea en forma grupal, la maestra de no muy grato recuerdo, fue preguntando los nombres que cada uno había investigado. Cuando llegó mi turno dije con toda seguridad el nombre de un volcán que nadie había mencionado: el Arenal. Con muy poco profesionalismo la maestra sonrió con algo de burla en su gesto provocando la chota general, agregando: -¿Quién le dijo a usted que ese era un volcán de nuestro país?-

-Mi papá- Me senté sonrojado y totalmente desconcertado. ¡Papá no me engañaría!

Menos de dos años después, esa doñita debió estarse preguntando: "¿Cómo putas sabría ese hombre que eso era un volcán?" Yo creo que pensó

que era brujería, porque era ese tipo de persona que discriminaba y estaba llena de prejuicios de todo tipo.

En otra oportunidad papá le dijo a mamá que tenía un sentimiento de tristeza muy fuerte e inexplicable, que eso le daba mala espina, que no sabía qué era lo que iba a suceder pero que no era nada bueno. Luego nos enteramos del accidente del autobús en el que viajaba un ballet costarricense que andaba en una gira por Honduras en el cual murieron varias de las niñas que iban ahí.

El amor que se profesaban papá y sus hermanos siempre fue evidente para todos quienes los conocimos; no pasaban mucho tiempo sin verse aunque vivían en diferentes lugares, pero hubo un tiempo en que por lo menos dos de ellos vivieron en Puntarenas: Tino y Juanito. Por esa razón siempre que podía papá iba hasta el Puerto a visitarlos y de paso aprovechaba para realizar alguna diligencia.

Pasaba generalmente tres o cuatro días con ellos y en alguna oportunidad por situaciones especiales se quedó hasta una semana. Para nosotros, que éramos todavía niños, estos viajes nos causaban cierta alegría porque siempre que él regresaba nos traía "algo" como acostumbrábamos decir. Recuerdo los pasados que a mamá no le gustaba que trajera porque tenían gusanos pero, ¡que importaba! Eran riquísimos envueltos en tusa, atunes que no eran tan comunes en la dieta como ahora; pinolillo -una verdadera delicia con azúcar que él mismo nos preparaba en medio de un alboroto que armábamos para ser los

primeros o por miedo de quedarnos sin nuestra parte del festín- chorizo blanco que compraba en el mercado, en una carnicería que estaba a la par del tramo de Las Cartulinas, unas amigas de papá, que era una ricura, bien tostadito como lo hacía mamá. Hasta que se me caen las babas con solo imaginarlo y a ustedes también se les caerían si lo hubieran saboreado. También nos traía conchas porque en ese tiempo todavía uno podía recogerlas en la playa y con suerte traía alguna ropa que nuestros primos ya no usaban y que a nosotros nos caía muy bien.

En uno de esos viajes en que llevaba como segunda intención arreglarse los dientes donde unos dentistas de apellido Meza que trabajaban muy bien, pensaba quedarse varios días para tal efecto. Al día siguiente de su llegada, sintió eso que solo él sabía que era, entonces le dijo a tío Tino que algo iba a pasar, que se prepararan, que él tenía un mal presentimiento; lo mejor es regresar a San Ramón. Su cuñada Luz y los sobrinos de mayor edad hicieron burla de eso, pero papá tomó sus cosas, se montó en la cazadora y se vino para su casa. Antes de veinticuatro horas se produjo en esa ciudad una tromba marina que produjo bastantes daños a embarcaciones y algunos edificios de ese lugar, además le dio un buen susto a los lugareños.

Papá y mamá es casi seguro que tenían muy buenos recuerdos de Puntarenas donde iniciaron su relación afectiva, de la que en contadas oportunidades hablaban muy brevemente. Los escuché narrar -principalmente a mamá- acerca de

una noche en que siendo dueños de una pulpería y una cantina, papá tenía esa extraña premonición de algún acontecimiento. Antes de acostarse decidió, "por lo que potis" colocar mecates en la estantería que contenía botellas. Cuál no sería su sorpresa cuando fueron despertados por un fuerte sismo; sin embargo, las botellas fueron detenidas por el mecate colocado poco antes.

Así como esas, hubo muchas más premoniciones a las que llamaremos simplemente coincidencias, para las cuales necesitaríamos un libro entero para poder narrarlas. Claro, no puedo obviar que cada fin y principio de año en unos pequeños cuadernos escribía durante varios días esos presentimientos de eventos que él sentía que se iban a producir en el transcurso de los siguientes trescientos sesenta y cinco días del nuevo año. De esto, solo unos pocos amigos muy cercanos se enteraban que lo había escrito.

Fue una verdadera lástima que ninguno de nosotros tuviera su visión para reconocer la importancia que esos documentos tenían para haber guardado aquellos pequeños cuadernos como testimonio de ese don que Dios le dio.

Botijas y tesoros

Ya sabemos que papá iba tras cualquier alternativa que lo sacara de apuros para suplir las necesidades de su familia. La mayor parte de las veces se trataba de necesidades básicas porque él era una persona práctica y como dicen: "primero lo primero" como la mayor parte de personas que vivieron en una lucha constante por la vida. Sin embargo, tampoco dejó de sentir la ansiedad y el deseo de que sus vástagos disfrutaran los placeres sanos de la vida, como lo eran ir a un circo, a unas fiestas cívicas o al parque de entretenimientos mecánicas que fue una novedad en su momento. Así que cuando se trataba de algo pasajero él se desesperaba y recurría a soluciones que parecían fantasía, como la búsqueda de botijas, cosa que para algunos era una opción muy real. Entonces no fue nada descabellado el hecho, de que cuando llegó el Parque Olímpico, a papá se le ocurriera escarbar en nuestra casa, sitio de manifestaciones paranormales que representaban una señal casi inequívoca de que pudiera haber un tesoro enterrado en la propiedad.

Cuando hablamos de botijas, reímos, creyendo que son cuentos de camino mal contados, pero lo cierto es que durante un tiempo en nuestro país era muy común que las personas escondieran sus más preciadas posesiones enterrándolas, ya que los bancos no eran tan comunes como ahora y si los había, según tengo entendido, no

eran muy confiables. Si una persona enterraba o escondía dinero y moría repentinamente sin decir a alguien de su entierro se perdía el dinero para su familia. En muchas oportunidades nadie sabía que esta o aquella persona tuviera alguna riqueza material para esconder.

Lo de las luces de muerto y aparecidos con cadenas que los sujetaban a sus riquezas, algunos aseguraban "por estas dos que tengo aquí en mis manos", que las habían visto. Yo creo que era para ponerle emoción a los relatos porque a mí me llevaron a muchos sitios a buscar las mentadas botijas y nunca vi nada, si acaso candelillas o alguna vaca en un potrero que le pegaba a uno un buen susto.

A papá de vez en cuando se le revolvía, más que despertaba, el gusanillo de buscar tesoros y botijas. Se motivaba si alguien llegaba con el cuento de que en algún lugar asustaban o habían visto una luz misteriosa de este o aquel color que se movía o que le aparecía solo a determinada persona.

Yo era un niño de unos diez años, quizá de doce, cuando papá comenzó a llevarme con él a buscar botijas. Una de esas veces fue cuando dijeron que en Bajo Tejares habían visto una luz sobre un árbol de itabo, así que papá me dijo una noche que fuéramos a ver la luz y acepté. No recuerdo si me daba miedo o no pero como andaba con papá, ¿qué me podía pasar, siendo él un hombre tan fuerte y valiente como pocos?

El anochecer fue el momento apropiado. Salimos con alguien más, equipados con un machete, un foco

con pilas nuevas que era indispensable para algunas maniobras que realizaba papá que prendiéndolo en forma intermitente trataba de atraer las luces de las botijas. Por cierto, cuando andaban varios grupos en lo mismo terminaban por confundirse con sus señales. Tal vez el buscador emocionado seguía la luz que le respondía sus señales y cuando ya casi sacaban la pala para hacer el hueco, se escuchaba: "¡diay eran ustedes y nosotros pensando que ya la teníamos!". Cuando eso sucedía solo quedaba devolverse para la casa en busca de calorcito y un poquito de aguadulce o chocolatito bien caliente. Sobre eso decían los que sabían del tema que el que no la buscaba era el que la encontraba o que los dueños de las botijas se la daban al que ellos querían y no al que andaba buscando.

Papá tenía amigos con diferentes intereses y ocupaciones como los intelectuales que llegaban a cualquier hora a hablar o discutir sobre variados temas: política, religión, botánica, pintura y otros asuntos. Los artesanos pedían consejos o buscaban medicinas contra dolencias causadas por el trabajo y los artistas compartían sus conocimientos o simplemente tocaban algún instrumento con papá o recitaban una poesía. Algunos eran aventureros y soñadores que buscaban minas o tesoros y generalmente, eran un poco callejeros, de esos que se paraban en las esquinas o en los billares a hablar y escuchaban historias sobre tesoros y vetas de oro en las que alguien juraba que eran ciertas y que había alguna en algún lugar cercano.

Él estaba joven cuando le gustaba salir a buscar tesoros y botijas. También era aquel tiempo en que cualquier luz de esperanza era buena, hasta una luz de botija. Rolando Soto, Sotillo por su físico algo bajo de estatura y contextura delgada, Toro un fulano de San José que también era zapatero como Rolando y Eloy Montero, alias Ratón, eran algunos de los visitantes habituales de nuestra casa, porque eran como casi todos los zapateros de la época, de ideas socialistas.

En una de sus acostumbradas visitas, en una que iba y otra que venía, alguno nombró la Piedra de San Isidro y el tesoro que se dijo siempre que existía bajo ella o en sus cercanías. Durante la conversación se dieron detalles de cómo llegar debajo de la mentada piedra, según el abuelo de este o la tía muy viejecita del otro o un moribundo que era conocedor del asunto y que no quiso llevarse el secreto a la tumba y muchos cuentos más.

Para terminar de ajustar, papá dijo que antiguamente hubo una entrada al túnel mentado, detrás de la piedra pero que un derrumbe inexplicable la había tapado y por más esfuerzos hechos por diferentes personas nunca pudieron dar con ella. Incluso contó que alguna vez había bajado con otros que comenzaron a explorar y que conforme avanzaban, el túnel se iba reduciendo hasta que ya no pudieron pasar. Lo que si era extraño dijo, fue que durante esa incursión se escuchaba un gallo cantar dentro del oscuro lugar. Decidieron abandonar la expedición y regresar luego con mejor equipo para excavar en la parte estrecha y

poder pasar a otra sección donde sí había más espacio. Lo malo fue que cuando regresaron ya estaba el aterro que nos había contado.

Entonces, alguno de los contertulios contó que él había oído que detrás de la cascada que había en el cafetal de Rafael Sánchez existía una entrada al túnel en cuestión, que también a orillas del Río Grande y que esas entradas servían también de respiradero para los indios que excavaron semejante lugar porque ese túnel llegaba desde la Piedra hasta el Cerro del Tremedal, pasando debajo de nuestra ciudad. También se hizo alusión a unas luces que mucho tiempo atrás se paseaban desde la parte alta de la Piedra hasta el Cerro como una señal para que alguien se atreviera a sacar el tesoro descomunal que habían enterrado los indios cuando los españoles llegaron.

Después de semejantes pistas y la imagen de una montaña de oro con piedras preciosas, no lo pensaron mucho y de una vez se pusieron de acuerdo para salir al día siguiente en busca de una entrada para sacar esas riquezas. Sotillo, Toro, Eloy Ratón, papá y yo partimos al día siguiente en una expedición que prometía algo positivo. Llevábamos lo acostumbrado en estos casos: focos con pilas nuevas, carbura, machetes, pero sobre todo una sonda de acero como de metro y medio de largo para meterla en la tierra y hurgar para ver si había algo sin tener que cavar.

También cargábamos un instrumento especialmente diseñado y fabricado para ese fin;

unas agujas busca tesoros, que papá había fabricado siguiendo instrucciones contenidas en uno de tantos libros que él leía. Aunque se llamaban agujas, de ninguna manera se parecían a una; más bien tenían la forma de una horquilla, como de unas diez pulgadas de largo con su extremo en forma de horqueta para poderlas enganchar entre sí. Eran cuatro las agujas hechas de metal hueco y por dentro las había cargado, decía papá, con diferentes elementos como: oro, plata, azogue y quién sabe qué otras cosas que no me dijo.

Estas tenían la propiedad de ubicar un tesoro por oculto o profundo que estuviera. Las teníamos que sostener entre dos personas, tomando de sus extremos dos agujas cada uno, luego enganchábamos las horquillas para formar un cuadro, cuando las agujas llegaran al sitio donde estaba el tesoro. Tomábamos las puntas inferiores y las colocábamos en el suelo sin sostener muy fuerte para que pudieran trabajar, decía papá. Las agujas empezaban a indicar hacia dónde debíamos ir, moviéndose todas para el mismo lado hasta llegar adonde se abrirían en cuadro si había algo.

Para que no parezca tan extraña o satánica esta descripción, creo que algo parecido hacen algunos buscadores de agua subterránea en otros países, usando horquetas de sauce que indican la dirección en que deben moverse con una fuerza magnética, según dicen. El asunto es que con todo ese arsenal de herramientas partimos por entre cafetales y malezas. Llegamos a la cascada mencionada, pero no había

ni señal de una cueva o algo parecido.

Después de un rato de caminar para acá y para allá sin resultado, a Toro se le ocurrió tirarse a la poza que se formaba en el lugar y así llegó detrás del chorro donde efectivamente había una entrada. Todos acudimos al lugar tratando en lo posible de no caer al agua que no era muy limpia que digamos. ¡Imagínense ahora como será! Cuando ya creíamos tenerlo todo resuelto, quitamos las malezas que impedían el paso, tomamos un poco de aire, focos en mano nos aprestamos a entrar al sitio que se presentaba totalmente oscuro a propósito. No habíamos dado cinco pasos en aquel lodazal que parecía más goma que otra cosa, cuando una gran cantidad de murciélagos nos hizo caer de culo por la sorpresa que nos dieron.

Repuestos del susto y muertos de la risa tratamos de continuar pero, ¡que desilusión! Unos cuantos pasos adelante terminaba el túnel y la esperanza se hundía en el barro del lugar. Todos mojados y llenos de barro hasta las orejas, salimos hacia la siguiente pista, caminando por la orilla de la quebrada que nos llevaría hasta el Río Grande, después de un corto tiempo.

Una vez en su ribera iniciamos la caminata rumbo a la poza Azul, localizada entre las dos calles que llevan hasta San Isidro. Luego de muchos resbalones y espinadas llegamos al lugar en donde encontraríamos otra entrada hacia el túnel del tesoro. Buscamos por los alrededores del lugar, por una quebrada que tenía una cascada y hasta debajo de

los árboles porque con raíces tan grandes como las de los sotacaballo, era posible que alguno hubiera crecido cerca y tapara la entrada que buscábamos. Pero nada, por ningún lado.

La incertidumbre y el desánimo crecieron y nos sentamos a ver correr el agua hasta que Toro, que más que un toro parecía pez o renacuajo porque le gustaba el agua, tuvo la fantasía de que podía estar debajo del agua. Dijo que tal vez el río había crecido o que después de tanto tiempo el río podía haber cambiado su cauce y dejado la entrada sumergida. Sin pensarlo dos veces se quitó la ropa hasta quedar en calzoncillos y "al agua pato" o mejor dicho, al agua toro.

De un salto se tiró a la poza y comenzó a bucear de un lado para el otro sin medir las consecuencias, ya que de la poza Azul se sabía que en ella habían muerto ahogadas algunas personas. Cierto o no eso era lo que yo había escuchado, aunque creo que eso de tanto ahogado era para meternos miedo a los chiquillos y que no fuéramos solos al río.

Lo cierto era que la poza sí era sumamente profunda por la ubicación que tenía, cerca de la confluencia del río con una quebrada. Papá y los demás rápido se aprestaron a hacer lo mismo y se desvistieron. Uno tras otro se fueron lanzando al río en busca de la misteriosa entrada. Cuando papá se lanzó a la poza yo me asusté porque nunca lo había visto nadar y más porque duraba mucho sin salir.

Al asomarme para verlo él buceaba como un experto, hasta que se veía de color verde



Instrumentos pertenecientes a Valeriano,
usados para encontrar botijas.

aunque se le llamara a la poza Azul. El corazón me palpitaba de la zozobra que me producía verlo bajo el agua moviéndose de un lado para el otro sin salir a respirar. Yo sabía que papá había sido pescador en algún tiempo, pero en ese momento ni recordaba eso para que se me quitara el miedo de que se pudiera ahogar.

Para mi alegría, después de una eternidad emergió bufando y sacudiendo su abundante y largo pelo, con la definitiva novedad de que ahí no había nada. Salió del agua un poco serio e indicó que eso de la entrada era puro cuento, que lo mejor era regresar a la casa. Algo cansados, sucios como si nos hubiéramos revolcado en un chiquero, con punzadas y piquetes de mosco por todas partes, regresamos al lado de mamá quien de antemano sabía lo que iba a suceder. Aún así, nos recibió con un cafecito caliente, luego nos mandó al baño con ropa limpia y recién aplanchada para que nos calentáramos, sabiendo que en cualquier momento saldríamos de nuevo en otra expedición.

Religión

Todo lo que él aprendió sobre su religión y sobre Dios, lo aplicó en la vida casi a diario y su fe se mantuvo hasta el último momento de su vida. Claro con el comportamiento y los errores normales de cualquier ser humano, pero estoy seguro de que si hizo algo incorrecto fue sin intención de dañar a alguien o faltar a su fe.

Su manera de creer, consistía en llevar esas bellas enseñanzas a la práctica, en aplicarlas a la vida diaria, teniendo en cuenta al prójimo, en primer lugar y dejarse de tanta raspadera de nariz y "cholladera" de rodillas. Trataba de ser bondadoso, ayudando al prójimo en lo posible. Recuerdo que mamá se enojaba porque algunas veces compraba a algún vendedor alimentos que, como no se sabía cómo estaban preparados, terminaban en el basurero o como comida para los perros. Entonces él siempre repetía: "¡Pobrecitos, la andan *fuerciando!*"

Si alguien solicitaba una limosna hablaba un poco con la persona y si le parecía que realmente merecía su ayuda, se la daba. Claro, cuando alguien "lo agarraba de encargo", como él decía, le echaba su "pasada", también. Entre sus preceptos siempre tuvo el de predicar a todas las personas y en cualquier lugar, aquello que para él era correcto, de acuerdo con las Sagradas Escrituras. Seguro le hubiera gustado vivir como los apóstoles, a pie descalzo y predicando donde fuera y a quien fuera.

Siempre fue un apasionado de compartir su fe y vivir sencillamente, sin ostentaciones.

Cuando yo era un niño y viajaba con él en "cazadora" casi siempre a Puntarenas, apenas se subía al autobús, con la primera persona que estuviera a su lado, iniciaba conversación sobre cualquier tema y sin darse cuenta, en una que iba y otra que venía, ya le estaba predicando, como a todos los que viajaban en el vehículo porque hablaba durísimo para que todos se empaparan. Más de una señora de esas santulonas, que en ese tiempo abundaban, se santiguaba y se alejaba lo más que podía, evitando condenarse con semejantes afirmaciones que hacía ese hombre mechudo.

En una oportunidad, en el autobús, se sentó al lado de un joven y rápidamente entabló conversación; cuando menos imaginé inició la prédica. Papá se quedó algo sorprendido por la actitud de respeto e interés del compañero de viaje con el que había compartido, quién gentilmente no rebatió sus afirmaciones. Después de un rato de viaje el interlocutor hizo sonar el timbre para bajar; muy amablemente se despidió de papá, lo bendijo y hasta alguien al ponerse en pie de un asiento cercano lo despidió con un: "¡hasta luego padre!".

Su fe y el convencimiento de que debía predicar a cada persona eran tan reales que poco tiempo después de que regresamos de San Carlos acondicionó una parte de nuestra casa con un púlpito, unos escaños que él mismo fabricó y unos letreros muy bonitos con letras doradas que decían: "El que

habita al abrigo del Altísimo, morará bajo la sombra del Omnipotente." También compró himnarios e hizo copias a máquina, aparte de otros cantos que a él le gustaban y aunque no eran parte de las alabanzas adventistas, los incorporó a los cantos de cada sábado.

En ese lugar nos reuníamos los sábados desde la mañana y durante todo el día cantábamos, orábamos y escuchábamos los sermones que papá nos daba con la Biblia en la mano. Sus prédicas eran a todo volumen como si estuviera en una iglesia grande y, de paso, todo aquel que estuviera cerca o pasara por la acera escuchaba su mensaje, que por cierto salía desde lo más hondo de su corazón.

Recuerdan aquel refrán que dice que: "de la calle vendrá el que de la casa te sacará", pues para él fue una realidad. Un vecino al que le había vendido la mitad de su propiedad, que por cierto en ese tiempo ni siquiera le había pagado el terreno, quiso callarlo, porque en ese tiempo el fanatismo religioso de algunas personas era recalcitrante y no aceptaban a quién practicaba otro credo diferente al de la mayoría.

El asunto no amedrentó a nuestro empírico pastor, así que el fulano lo retó a pelear y lo amenazó de muerte por lo que papá, de una manera muy simple y práctica, denunció el asunto ante el jefe político, que era la máxima autoridad del cantón y de paso "por si las pulgas" se compró un revólver calibre 38 que colocó, cada vez que predicó de ahí en adelante, bajo La Biblia, "porque a Dios rogando y con el mazo dando."

Mamá decía que papá compró esa pistola porque el individuo ese, un día se paró frente a la capilla, apuntó y disparó a papá, pero los tiros no detonaron. Así que mejor papá "se curó en salud". ¡Qué dicha que esto ocurrió como en 1960, porque de haber sido en estos tiempos, el vecino ese habría puesto una demanda ante el Ministerio de Salud o la Defensoría de los Habitantes para clausurar la capilla por exceso de ruido, porque no había puertas de emergencia, ni rampas para las personas con discapacidad, tampoco servicios adaptados para ellos! Solo había excusado de hueco y creo que hasta le habrían exigido himnarios escritos en Braille porque asistía una señora ciega que cantaba muy bonito.

En ese tiempo, casi todos éramos muy niños todavía y muchas fueron las cuereadas que nos sacamos por no guardar correctamente el descanso del día sábado. Si jugábamos, peleábamos, decíamos una palabrota o no estábamos atentos, entonces nos pasaban al chilillo, pero después de las seis de la tarde, porque quienes guardan ese día lo hacen desde el viernes a las seis de la tarde hasta el propio sábado también a las seis, de acuerdo a las Sagradas Escrituras.

Cuando fuimos creciendo todo comenzó a cambiar. Poco a poco él nos dio, inteligentemente, libertad de escoger, pero todos lo dejamos solo con su fe, aunque la semilla quedó sembrada y algunas gracias a Dios y a él, han germinado. Justificando la actitud de la mayoría de nosotros hay que recordar que cuando se es niño o adolescente uno no

entiende por qué a otros niños no los dejan jugar con uno o por qué la maestra lo discrimina o alude por no persignarse. Tampoco un joven comprende por qué una muchacha no quiere salir con él, o por qué en la casa no se lo permiten sin una razón justificada. Así que fuimos poco a poco acomodándonos a la mayoría y cambiamos nuestra manera de creer y comportarnos.

Papá se fue de este mundo con su fe firme y hasta el último día de su vida quiso que su Creador estuviera junto a él. Tengo presente, quizá, la última frase que le escuché decir: "El Espíritu Santo está aquí", luego no volví a escuchar nunca más su vigorosa pero amorosa voz.

Música

Los instrumentos musicales fueron elementos sumamente importantes en la vida de papá. Podríamos decir que desde siempre estuvieron cerca y con él, porque abuelo Rafael tenía como una de sus aficiones interpretar la guitarra y entonar viejas canciones, algunas de las cuales papá memorizó desde niño. Él mismo decía: “este pasillo lo aprendí de mi tata”, así como la pulga, interpretación instrumental en guitarra. También abuelo interpretaba la dulzaina, de la que alguna vez pude escuchar una interpretación.

En nuestra casa, aunque no éramos músicos, era muy común encontrar instrumentos musicales: las infaltables guitarras, los arrugados acordeones y los bandoneones, además de concertinas y dulzainas. Papá sentía una debilidad especial por este tipo de cosas.

Una guitarra había que probarla primero, escuchar su resonancia, su afinación y su sonoridad. Una afinadita era lo primero, porque cada quién la escucha de diferente manera, después había que manipular sus clavijas poco o mucho, pulsar sus cuerdas una a una y arrancar un par de notas. ¡Qué mejor prueba que tocar La Pulga! Esta pieza requería varios signos y necesitaba hurgar por diferentes alturas del diapasón, pulsando las cuerdas con fuerza contra la dura madera y el metal incrustado y usando solo el dedo índice. Por cierto, esa pieza a todos nos hacía gracia, no solo por el nombre, sino porque era

salida de lo común, sin dejar de lado la originalidad con la que él la interpretaba, como si se tratara de una sinfonía de Beethoven.



Valeriano Orozco con su guitarra
en su casa de habitación, 1990.

Tuvo que buscar diferentes maneras de adaptarse a los instrumentos para poder interpretarlos debido a la falta de sus dedos, lo que no le impidió gozar de esa afición y deleitarnos desde niños con canciones y sus acompañamientos. Con un solo dedo, se puede decir, interpretaba el acordeón, realizando un acompañamiento poco ortodoxo, pero efectivo para maravillar a propios y extraños con ese toque personal que le daba a su música. La melódica primero y luego la pianica fueron dos instrumentos que le encantaron porque podía, con su propio aire y el teclado, traer hasta él y los que lo rodeábamos, toda clase de piezas musicales de antaño.

Desde que estudió en el Colegio Adventista, tomó clases de piano y siempre fue su ilusión poseer uno de estos instrumentos. Así que cuando la tecnología trajo al mercado nacional la organeta, un pequeño teclado que le permitía deslizar sus dedos sobre él, inmediatamente adquirió uno y de verdad que lo disfrutaba de una manera incomparable. Para papá fue como subir al cielo de la música porque una vez que lo tuvo parecía chiquillo con juguete nuevo. Era tal su afición por este instrumento que lo mantenía siempre a su lado sobre la mesa de trabajo y cada vez que tenía un rato libre recordaba sobre sus teclas toda clase de melodías, extasiándose en las notas que le arrancaba. Esto lo entretenía por horas y decía él que le ayudaba a olvidar los problemas.

El teclado, definitivamente, ganó su simpatía porque podía darle todo tipo de variantes en su amplitud de sonidos, además era cuestión de



Valeriano Orozco ensañando canciones con
el Dr. Ólger Barboza, 1980.

conectarla y listo y si no había electricidad, entonces con baterías. Hasta el volumen se podía ajustar, así como los acompañamientos para poder utilizar casi todos los dedos en la melodía. Algunas veces mamá se molestaba porque él pasaba hasta más de una hora dándole al teclado y ella se cansaba del sonido, papá entonces daba por terminado el concierto y sin despedida ni nada, guardaba la organeta hasta otra mejor ocasión.

Siendo joven todavía, papá se la pasaba cambiando las guitarras que tenía cada vez que encontraba una mejor. En ese tiempo, las cuerdas de este instrumento eran de metal y las guitarras, fabricadas, por lo menos en nuestro medio, por artesanos que ponían su toque personal en cada una. Aunque parecían iguales, decía papá que de una guitarra a otra había gran diferencia en su timbre, su resonancia, su afinación y hasta su calidad.

La guitarra o lira, como le llamaba, fue el instrumento ideal para él cuando trabajó en Salud Rural y con ella acompañaba tanto sus propias composiciones y arreglos como otras canciones de origen popular o pertenecientes al programa. Decían él y mamá que en la casa nunca faltó una guitarra. Desde que tengo memoria siempre vi ese instrumento en manos de papá con el que acompañaba sus canciones. Para nosotros cantó temas infantiles que nos alegraban el rato o nos hacían reír. También tengo presentes aquellas piezas tristes que no eran tan comunes y que a él lo hacían llorar, como las que nombraban a la madre. En ese tiempo no entendía el sentimiento que lo embargaba

cada vez que entonaba una de estas melancólicas canciones. Hoy no solo entiendo su tristeza sino que me uno a él y puedo comprender lo distante que se siente uno, cuando los padres parten de nuestro lado para nunca más regresar.

Papá no sentía esa pena que me da, por lo menos a mí, cuando trato de tararear una canción frente a otras personas. Para él era una inspiración desgallarse y ver a los demás parando la oreja, hasta los que pasaban por la calle y se detenían a escucharlo, porque algunas de las letras que interpretaba eran arregladas o eran desconocidas para la mayor parte de gente joven.

Quisiera compartir los pocos versos de algunas de estas canciones que todavía recuerdo. Con ese cariño de siempre a los chiquillos no entretuvo cantando algo así como:

*Ya corren los caballitos,
los grandes y los chiquitos,
porque allá en la caballeriza
mamá Pancha los llamó.*

También para los chiquillos era esta. Esta la repetía tantas veces mientras los chiquillos rieran y también cuando los está "tolonguiando".

*Tongo le dio a Borondongo
Borondongo le dio a Bernabé,
Bernabé le pegó a Muchilanga,
le dio Burundanga,
le "ginca" los pies.*

Para molestar a los llorones de nosotros la escogida era:

*Una vieja ya muy vieja,
cara de anona madura,
se miraba en el espejo,
y ella misma se decía:
-¡qué arrugado tengo el pellejo!-*

Nunca supe de dónde salieron esas estrofas que nos hacían reír, pero ¡cómo quisiera escucharlas otra vez!

Una de las tristes que cantaba cuando llegaba el día de las madres y por alguna razón recordaba a abuela Teresa, era la que iniciaba así:

*En horas que creí
tener viva a mi madre,
le pregunté a la dicha
y me contestó el dolor.
Tu madre ya está muerta
y desde allá del cielo
y desde allá del cielo
te dará su bendición.*

Para recordar viejos tiempos, según él mismo decía, cuando estaba en El Líbano cantaba esta tonada que debe ser algún arreglo de una canción de la época, de las que aparecían en los viejos cancioneros que promocionaban productos como el jabón Palmera.

*Entre sierras y montañas,
bajo un cielo azul,
como una inmensa hamaca
bañada por el sol,
esa es mi tierra
tierra de mis amores,
tierra bendita,
tierra que me vio nacer;
allí donde me amaron por vez primera,
allí donde yo amé
con febril locura,
donde al encuentro tuve un idilio breve,
bajo el mágico cielo azul de San Ramón,
tierra de mis amores y mis quereres,
donde pasé feliz mi juventud
Siempre te llevaré en mi pensamiento
como un recuerdo de amor y gratitud.
Pero al cabo de los años,
todo aquello pasó
en tu tierra y en tu seno,
ya todo terminó.
Yo solo quiero
un rinconcito, un rinconcito*

para descansar en él.

Allí, donde me amaron por vez primera. . .

Una canción que interpretaba cuando era todavía muy joven, que tenía algo de romántica y melancólica era la que decía:

*Cantan los lobos marinos,
sus ensueños en dulce cantar
al recordar aquel día
en que el viejo farero enfermó...*

Esta era lúgubre y a mí, por lo menos, me asustaba un poco cuando era un niño:

*Esta es la historia
que contome un día
el viejo enterrador de la comarca.
Este era un joven a quien su novia un día
a quien su novia un día
le arrebató la parca.
Todas las noches iba al cementerio
a visitar la tumba de su amada
pero una noche oscura y tenebrosa...*

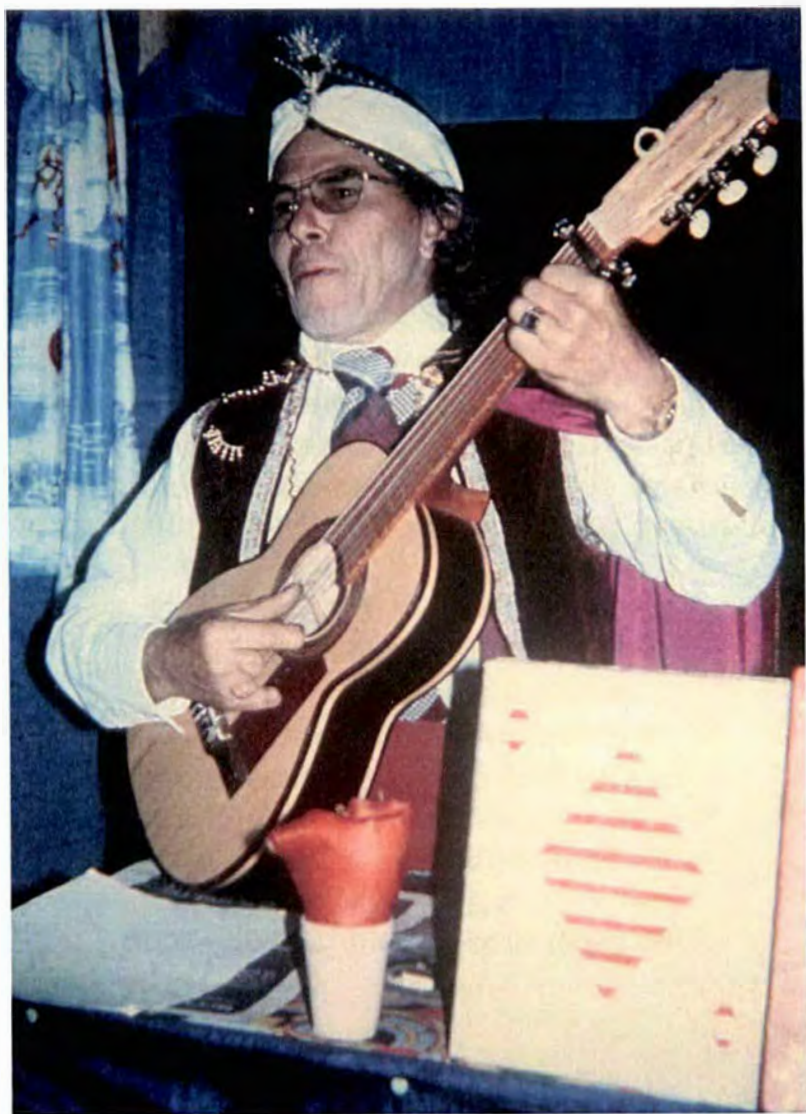
Nos reímos nosotros desde niños y todos los que lo escucharon cantar:

*Dos viejas, chismosas
que en el mercado están,
una vende comida y la otra vende pan.
Por culpa de celos,
se agarraron ayer,
llegaron sus maridos y las dejaron bien.
Adolorido, adolorido,
adolorido del corazón...*

Hasta una canción promocional de jabón, interpretada por un afro costarricense, nos gustaba porque era algo nuevo para los niños.

*¡Ay Barbanera, Barbanera,
la hacendosa y hechicera,
para sacarme de un aprieto,
dame un secreto para lavar!
Es muy fácil pa'lavar las lavanderas,
que siempre usan jabón Palmera.
Es el jabón que se compra
bien vendida.
Dejar el ropa, muy "veryfay."*

**BIBLIOTECA ARTURO AGÜERO CH.
SEDE DE OCCIDENTE U.C.R.**



Valeriano Orozco "El mago de la salud, 1980.

Todo por la familia

“La necesidad tiene cara de perro” es un dicho popular que tiene un sentido bastante cruel porque, generalmente, se relaciona con el tener que realizar actividades que quizá no nos agraden o trabajar por menos dinero del que realmente deberíamos cobrar por lo hecho o lo vendido. Se aplica también al vestido o al alimento como cuando tenemos que comer algo que no nos agrada o vestir lo único que hay, aunque no nos parezca bonito o la talla no sea la correcta. Sin embargo, para algunas personas esta frase significa tener que superarse, usar los pocos o muchos recursos que tienen, aprovechar las aptitudes que Dios les ha dado y la fortaleza espiritual que se ignora tener.

Papá fue uno de esos seres algo diferentes, premiado con esos dones que le permitieron salir adelante frente a la adversidad, por fortuna para los que tuvimos la dicha de heredar sus genes o simplemente compartir nuestra vida con él. Ante todo, siempre supo cultivar y ganar buenas amistades, no de tragos, ni de halagos y de apariencias sociales que es lo que abunda en toda sociedad. Sus amistades fueron gente sencilla y humilde, como también alguien quizá adinerado pero con buenos principios morales. Se rozaba con personas que le dejaban enseñanzas y aumentaban su espiritualidad. Nunca lo vi discriminar a alguien por su credo religioso, su condición social o económica, tampoco por su edad,

costumbres, su raza o cualquier rasgo que es motivo, para muchos, de segregación.

La vida a algunos les concede las oportunidades en bandeja de plata; todo está servido, nada más es tomarlo y listo. Para otros ese existir y salir adelante es una lucha constante que algunas veces es motivo de desaliento. Pero para nuestro padre, quien desde niño tuvo que luchar con tropiezos y pruebas difíciles, todo eso fue motivo de superación, esfuerzo, creatividad e ingenio; una búsqueda incesante de fuerza interna y de trabajo arduo que lo condujo por diferentes sendas. Los altibajos de su existencia lo hicieron cada vez más fuerte e ingenioso. Cada situación adversa lo motivó a hacer emerger aquello que estaba en su interior, listo para ayudarlo a salir adelante. Cuando sus manos pudieron ser un lastre para su vida, él continuó adelante al lado de quien vio algo más que un hombre mutilado. Mamá reconoció que ese ser humano tenía cualidades espirituales e intelectuales poco comunes y quizá algo más.

Siendo muy niño, a pesar de que no recuerdo detalles, escuché decir que la situación económica de nuestro hogar era bastante buena. Todavía éramos pocos miembros en la familia y papá había adquirido una buena fama como curandero. Él y mamá relataban con alguna nostalgia que en ese tiempo, provenientes de diferentes destinos de nuestro país, llegaban personas a tratarse todo tipo de enfermedades. Arribaban desde tempranas horas y durante todo el día, todos los días de la semana para ver a papá.

Los esfuerzos y sacrificios de nuestros padres produjeron buenos dividendos económicos, lo que nos permitió disfrutar durante algún tiempo de algunas comodidades. Las intrigas no faltaron entonces, tampoco las voluntades negativas que iniciaron rumores sobre la actividad que realizaba papá, diciendo que era brujo, que no creía en Dios o que era Atalaya (no católico) que en ese tiempo era como tener lepra o una enfermedad contagiosa.

Los vecinos poco se comunicaban con nosotros. Mamá contaba que nos miraban de reojo y hasta participar en un equipo de fútbol era difícil. Las personas dejaron de buscar alivio a sus padecimientos donde el curandero y a quienes lo buscaban les decían que había muerto, que ya no vivía en el pueblo o les indicaban una dirección equivocada malintencionadamente. Todo esto provocó que papá y hasta mamá buscaran alternativas para salir adelante y que sus hijos no carecieran, por lo menos, de lo indispensable.

Cuando papá perdía la esperanza se refugiaba en su inquebrantable fe, esa misma que fue adquiriendo con los años, con los duros golpes que recibió de la vida, como esos monjes que miramos en las películas. En privado, en la soledad y el silencio de la noche, doblaba sus rodillas y con lágrimas de amor, imploraba por su familia. Como él decía: "nunca aspiro riquezas, solo lo necesario para vivir". Esas eran sus plegarias y cuando las cosas mejoraban, aunque fuera solo un poquito, lo suficiente para tener el alimento del día, entonces, con una satisfacción

del que obtiene el máximo galardón en una competencia, agradecía a su Creador y exclamaba: "¡Dios siempre nos responde!"

En esos tiempos la compañera de su vida y madre de sus hijos no lo dejó solo y a su lado trató de ayudar horneando pan para que fuéramos a vender, aunque sin mucho éxito, fabricando flores de papel crepé y coronas que el mismo papá le había enseñado a confeccionar. Colaboraba en la fabricación de las sombrillitas chinas, golosina hecha de azúcar que en algún momento papá fabricó. También participaba en la elaboración de los encerados para portales. La recuerdo cosiendo pantalones para niños de una fábrica que tenían unos vecinos turcos. También tejía bolsos de una material que llamaban rafia, que vendía a amistades y conocidos.

Luego, cuando papá compró el tele y nuestra casa se convirtió en el cine de los chiquillos del vecindario, mamá aprovechó la oportunidad para vender helados, tacos, tostadas de maíz, cajetas, budines y cuanta cosa se le ocurrió. Con los pocos ingresos que generaba esa actividad, nos podía comprar alguna prenda de vestir, ayudar a pagar la electricidad o para cualquier gasto imprevisto.

Papá, como mencioné en otra parte de este relato, era multifacético y no le zafaba el hombro a nada, así que trabajó como remodelador de casas, montó un estudio fotográfico y un taller de reparación de radios -cuando todavía eran de tubos-. Fabricaba marcos para pinturas, fotografías y títulos, que en ese tiempo, se exhibían como si fueran

trofeos, colgados de las paredes, en las salas de las casas. Se dedicó a "polaquear" sin mucho éxito. Hasta fabricó en algún momento breve barriletes y llegó a preparar pintura utilizando tierras de colores con pegamento de cola, que por cierto olía feísimo y por eso no salió al mercado; solo la estrenamos en casa.

Una ocupación en la que también se desempeñó por un corto período fue en la radio donde desarrollaba un programa llamado "Lo que la ciencia no ha podido explicar" en el cual trataba temas de misterio. Allí, además, tocaba el acordeón y cantaba. Eso fue en una emisora de radio llamada Radio Cima. Yo lo recuerdo porque nos sentábamos todos con mamá a escuchar a nuestro héroe por la radio y hacíamos alboroto cuando iniciaba el programa.

Así como esas ocupaciones también desarrolló otras un poco más productivas, como vender sus cuadros pintados al óleo o con témpera. Eran baratos y él los elaboraba fácilmente. Con cara de perro o no, por su familia, papá hacía de todo con honradez y esfuerzo, nada más por amor y la satisfacción de ver crecer a su familia.

Semana Santa

Dicen que la necesidad es madre del ingenio y la creatividad y si las unimos a un gran amor por los demás, generalmente por los seres más cercanos como la pareja y los hijos, entonces esa filosofía se potencia infinitamente. Claro, todos sabemos que el amor no se compra ni se encuentra debajo de las piedras para el que lo quiere o lo necesita. El amor se cultiva, se gana y nace de las almas buenas, de aquellos que no tienen egoísmo en su corazón, para expresarlo no necesariamente con palabras, sino con actitudes como lo hizo papá siempre.

Seguro ustedes como yo se han dado cuenta de que el amor de una madre por sus hijos nace con su concepción, con ese lazo tan cercano y bello que es la maternidad. Con los padres, el asunto es algo diferente; el amor por los hijos tiene que irse formando con la cercanía, el roce pero, principalmente, con la formación materna. La madre siembra en cada retoño ese afecto por su padre, con ejemplos, con halagos a su pareja, demostrando la admiración y el respeto que siente por él. Eso se proyecta a los pequeños y se fortalece con los años en ambas direcciones, por eso, aunque papá era amoroso y bueno por naturaleza, le doy un gran crédito a mamá, quien sembró en nosotros lo necesario para que lo amáramos y así él nos devolvió el doble o más de ese amor incomparable.

No fue solo con palabras que el viento traslada de un lugar a otro y las deja enredadas en

un matorral o en la ramazón de un árbol muerto; fue con el esfuerzo que hacía cada día por darnos todo aquello que era necesario, con el dolor que reflejaba su rostro cuando las cosas no salían como él deseaba para el bien de todos. Fue también con esos gestos que quizá alguien no valora o ignora, porque no lo vio o no lo sintió, cuando cada fría noche, siendo nosotros muy niños, llegaba a acomodar y a pensar nuestras gastadas cobijas con el colchón. También sucedía cuando se levantaba para curarnos un dolor de panza, de oído, de muela o tal vez solo porque teníamos miedo.

Ese amor lo hizo utilizar su ingenio y su esfuerzo para que estuviéramos bien. Una de esas veces fue cuando se acercaba la Semana Santa y decidió aprovecharla para traer algunos ingresos extra al seno de la familia. Eran tiempos difíciles debido a los prejuicios que la gente tenía con respecto a él y la familia, no solo por su ocupación incomprendida, sino por las creencias religiosas que eran diferentes y que provocaban esa clase de sentimientos. Hay que tomar en cuenta que la nuestra fue una de las primeras familias en San Ramón con creencias religiosas diferentes a las de la mayoría.

El polifacético papá, como el mismo decía serlo, planeó su estrategia tomando en cuenta que en la Semana Santa de antes los comercios cerraban por respeto a la celebración y por temor seguro a alguna maldición. No sé, el asunto es que la gente asistía a las procesiones bajo los soles de la estación seca. Si lo vemos desde un punto de

vista práctico su idea estaba bien fundamentada. Preparó lo necesario para llevar a cabo su plan con la ayuda de mamá que siempre estuvo a su lado en las buenas y las malas. Alistaron una considerable cantidad de botellas de sirope con buen color de rojo vegetal, sabor de esencia de rosas y cola; no puro color y azúcar como ahora. Las marquetas de hielo no sé donde las compraban porque en la casa ni refrigeradora teníamos, como en la mayor parte de hogares de la época.

Compró donde Macho Mora un buen raspador de hielo y ollas nuevas y grandes para echar algunos refrescos de tamarindo, frutas y horchata. Consiguió también algunas mesas, seguro las de la casa. Dispuso de bastante agua para el aseo y limpieones para cubrir y secar todo. Aclaro que en ese tiempo no se utilizaban todavía copos de papel, entonces papá compró una buena cantidad de vasos de casco grandes y pequeños, así como cucharas para que los clientes potenciales comieran sus granizados, que era el negocio ideado para la ocasión.

Al costado norte del parque, ahí donde termina el edificio municipal y comienza el museo, en ese sitio que tiene como una esquinita porque la acera del antiguo Palacio Municipal de San Ramón es más angosta, en ese lugar colocó su negocio de temporada. En ese tiempo no molestaban tanto a quienes trabajaban, como ahora, con miles de leyes e impuestos.

Todos los días de esa semana se los pasó trabajando para bien de nosotros. No llegué a

enterarme de cómo resultó el negocio; lo que sí recuerdo es que una vez más ese gran ser humano, que siempre supo compartir lo suyo, terminó repartiendo granizados a los privados de libertad que estaban en la cárcel, ubicada muy cerca de nuestra casa, en ese edificio que alberga actualmente a la Cruz Roja. A ellos les llevó lo que no vendió en su transitorio negocio, acompañando las golosinas con pancito hecho por mamá.

Por cierto, generalmente, los privados de libertad de ese tiempo estaban detenidos por emborracharse, haber provocado una pelea o los más peligrosos por haberse robado una gallina o un racimo de plátanos. ¡Qué tiempos tan diferentes! Quizá las ganancias económicas de semejante empresa no fueron tantas para él, pero su satisfacción por hacer lo esperado por su familia, sí.

Los viajes

Cuando yo era un niño -apenas puedo recordarlo- iniciaron mis viajes con papá. Cada vez que iba de visita donde sus hermanos a Puntarenas llevaba a uno de los chiquillos; primero a Ana Irma, luego a mí. Me llevó en muchas ocasiones. Viajábamos en el medio de transporte, de casi todas las personas de este país, la "cazadora", un autobús, generalmente de color amarillo con asientos para dos y para tres personas, tripulado por un conductor y un cobrador.

Antes de esos viajes no recuerdo haberme transportado en vehículo alguno y después, creo que tuvieron que pasar muchos años para que subiera a un auto que no fuera colectivo. Me parece que ni siquiera a un taxi, que por cierto, eran pocos en nuestro pueblo.

Un día cualquiera papá alistaba su maletín de cuero y se enrumbaba hacia la parada, después de despedirse de los chiquillos y de mamá, además de escuchar los "me trae algo" de la "güilada". Algunos de nosotros lo acompañábamos hasta la esquina donde Pilar y con nostalgia y quizá una lágrima, lo despedíamos.

En algunas ocasiones la duración del viaje era corta -dos o tres días- aunque el motivo fuese una diligencia que durara poco en realizarla, pero debido al deficiente servicio de transporte algunas veces se necesitaba un día para ir y otro para regresar.

Generalmente, cuando iba a San José, lo hacía para comprar homeopatía o algunos materiales químicos necesarios para fabricar pólvora o para sus sahumeros, cuando todavía se ocupaba de eso.

Es interesante aclarar que todos estos viajes a San José que tengo en mi memoria, los hacía papá cuando se viajaba por la carretera vieja. Después de 1971 o 1972, cuando se inauguró la carretera Bernardo Soto, no recuerdo que papá volviera a ir a San José por esos motivos. Seguro a él le gustaba más hacer las cosas de la manera antigua y difícil, porque a partir de ahí la que siguió realizando esos mandados fue mamá.

Esos eran los viajes cortos de papá, pero en algún momento también tuvo que ausentarse de la casa por períodos de hasta quince días, cuando viajaba hasta Bagaces, Guanacaste. Imaginen si se tardaba como tres horas para ir de San Ramón a San José, cuánto se tardaría de San Ramón a ese lugar cuando incluso se tenía que estar cambiando de "cazadora" para completar el viaje. Creo que ese tipo de viaje debió ser muy cansado y tedioso para él porque los realizaba solo, en vista de que su duración era generalmente de más de una semana.

Eran esos tiempos en los que papá buscaba el cinco como fuera y por donde estuviera. Hay que tener en cuenta que bastantes personas viajaban de esa zona para que papá les tratara sus dolencias con homeopatía. Algunas de ellas terminaban hospedadas en nuestra casa porque, por lo incómodo del viaje, no podían regresar a sus hogares el mismo día que

llegaban a consultar. Para evitarles esas molestias a sus pacientes, decidió mejor ir donde ellos y así comenzaron los mencionados viajes.

Nosotros ya sabíamos que cuando iba para Bagaces duraba una eternidad. Lo bueno era que cuando regresaba siempre traía una cara de satisfacción y tranquilidad porque había logrado sus objetivos: curar a quienes lo necesitaban y recoger algunos cinquitos para la familia. Esos viajes siempre estuvieron en nuestra memoria porque nos traía cosas de ese lugar, que para nosotros era como otro país.

De ahí llegó un día con un tepezcuintle en una caja de cartón. Quién sabe cuántos trabajos pasó para traerlo desde tan lejos. Era un animalito como una gran rata de color café con pintas en el lomo y los dientillos afuera. Papá decía que no lo podíamos tocar porque era bravo y mordía. Para nosotros fue una gran novedad porque solo sabíamos que la gente los cazaba para comérselos pero no sabíamos cómo eran. Ese animalito vivió metido debajo de una gran pila de cemento que había en nuestra casa. En ese lugar lo alimentábamos como si fuera un chanchito hasta que el tío abuelo José se antojó de él y se lo compró a papá para hacer una cría de dichos animales.

También en uno de esos largos viajes nos trajo un perico, cuando todavía no se hablaba del peligro de extinción de tantos animales. Pero lo mejor fue cuando llegó con una lora de copete amarillo que era una maravilla, cantaba hasta el Himno Nacional.

Ese animal no solo cantaba eso; también cantaba "Que se mueran los feos", canción de moda en esos tiempos. Arriaba el ganado, imitaba los ladridos de los perros y llamaba a todo el mundo en nuestra casa. Pasábamos entretenidos con sus imitaciones, pero también con los picotazos que nos daba cuando se enojaba y teníamos que bajarla de los árboles de aguacate que había en nuestro patio.

La lorita, igual que cualquier otro animal u objeto que pudiera ser negociado para atraer dinero al fondo familiar, terminó vendida después de muchos años de convivir con nosotros y acabó sus días en la Estados Unidos con un señor que vino de allá y se enamoró de sus habilidades. Mamá estaba tan triste que aunque papá le prometió conseguirle otra, ella prefirió que no, porque dolía mucho deshacerse de un animalito después de que uno se encariñaba con él.

Gracias a Dios, un día las cosas cambiaron para mejorar y papá ya no tuvo que ausentarse de nuestra casa para trabajar y nosotros lo tuvimos siempre cerca para sentir ese amor que solo él sabía darnos.

El político

Un pensador, un investigador crítico, así era papá, de los que leían todo lo interesante que llegaba a sus manos, lo razonaba, lo discutía y guardaba todo aquello que le era útil; como hizo con la religión, la magia, el ocultismo y la homeopatía, también así con la política. Recibió información oral y escrita sobre el tema, de amigos y conocidos, procesó la información y se unió al grupo de estudiosos que lo motivaron a seguir con ellos, evolucionando y multiplicando los conocimientos. Poco a poco indagó sobre el Manifiesto Comunista, sobre Marx, Engels, Lenin y otros pensadores socialistas. Pero nadie lo impresionó como Fidel Castro y el Che Guevara con la Revolución Cubana; eso sí valía la pena.

En aquellos años en que esa revolución todavía estaba caliente, papá y sus amigos revolucionarios, "Chato" Céspedes, Rolando "Manganeso" Rodríguez, el camarada Rafael Ángel González, "Moncho Polaco", doña Julia Rodríguez y otros más que no recuerdo, se reunían furtivamente a arreglar el mundo. Leían literatura revolucionaria, soñaban con un país con igualdad de clases sociales, sin ricos ni pobres.

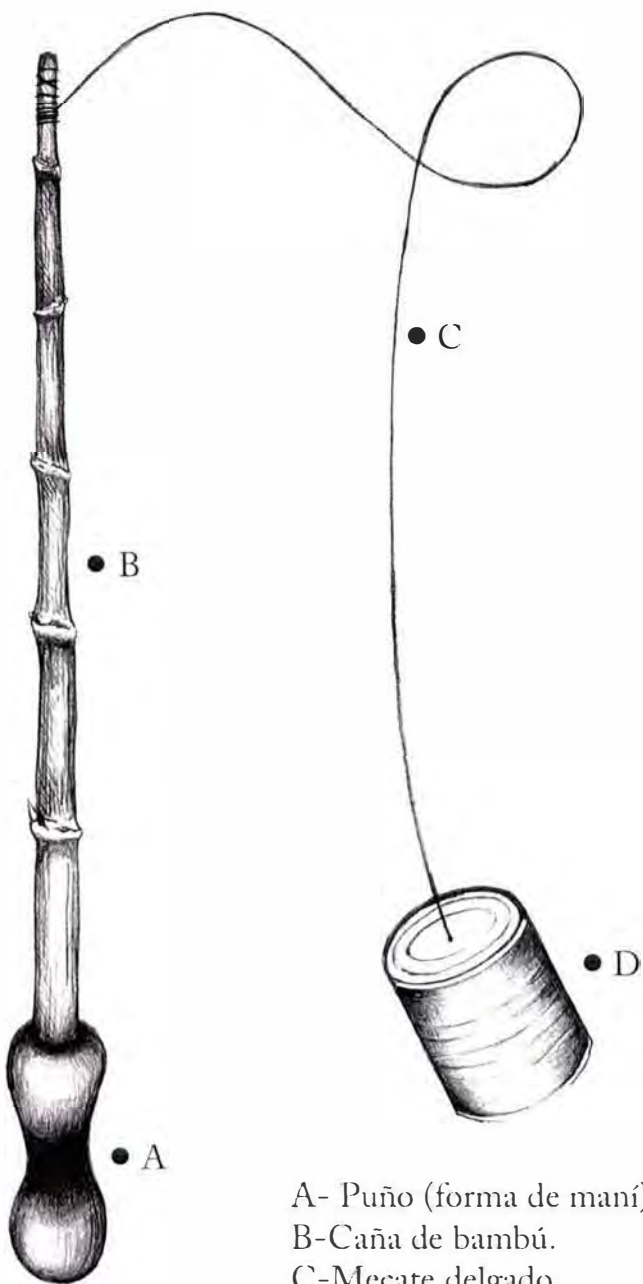
Papá compró un radio de esos que sintonizaban emisoras de todo el mundo y en unión de sus camaradas, como ellos mismos se hacían llamar, se reunía junto al receptor para escuchar los discursos nada breves del héroe barbudo Fidel Castro por radio

Habana Cuba. Por alguna razón que los güilas no entendíamos, esas reuniones eran casi secretas y las revistas de origen cubano permanecían ocultas en una doble pared de nuestra casa.

Con el correr de los años se fue apagando ese gusanillo revolucionario y quedaron los amigos pero las reuniones se terminaron. A nosotros como a los hijos de esos revolucionarios nos quedó una pequeña herencia de esas ideas.

Un día, por aquello de que la necesidad tiene cara de perro y que hay que llenarle la panza a los güilas, a papá le ofrecieron trabajo como cedulador y orador del partido Unificación Nacional que presentaba como candidato a la presidencia a Mario Echandi. Sin pensarlo mucho aceptó la oferta y se dio gusto sacándole trapos sucios al partido Liberación Nacional.

Esa fue la única vez que vi ondear una bandera política en nuestra casa pero cuando terminó el trabajo la bandera la convirtió mamá en funda de almohada. Nunca más volvió papá a tener nada que ver con ese tema, se declaró de ahí en adelante apolítico y ni siquiera volvió a votar. Además me decía: "si quiere ensuciarse y que le estén recordando a la mamá, métase en política y verá chiquito".



A- Puño (forma de maní).
B-Caña de bambú.
C-Mecate delgado.
D-Tarro pequeño sin tapa.

Los juguetes

Al ir desenredando el ovillo de mis recuerdos, ese mágico hilo en algunas partes se adelgaza, en otras se enmaraña y en algunas se revienta y aunque he tratado de unirlo, incluso buscando ayuda entre aquellos que fueron mis compañeros de viaje por esa vida maravillosa que es la infancia y la juventud en familia, poco o casi nada logró para poder hilvanar algunos recuerdos más que con mi corazón quisiera entregarles. Buscando en cada "recoveco" de mi algo turbia memoria, he rescatado de ese mar embravecido que es el olvido algunos pasajes alegres pero siempre nostálgicos por el tiempo que ha pasado, como las aguas de los ríos torrentosos que transcurren raudas hasta confundirse en la lejanía sin poder regresar.

He logrado atrapar en mi alma un poquito de ese amor que papá nos manifestó sin decirlo.

Quisiera que ustedes se monten con nosotros en el barco que nos construyó con los respaldos curvos de unos escaños que, alguna vez, utilizó para que sus pacientes esperaran y para los feligreses de su anhelada iglesia. Deseo que sientan la emoción de mecerse, todos montados, unos frente a otros como si fuera el barco pirata; que sientan el vértigo del movimiento que experimentamos todos con el vacío al balancearnos en semejante invento de papá para sus chiquillos.

Sí, papá nos construyó una mecedora gigante que parecía un barco con dos asientos, uno al frente

del otro, para lo que utilizó la madera de algo que ya no necesitábamos, pero que él, como siempre, le encontró una utilidad y si era para sus hijos, mejor. Así que, con madera y clavos, nos fabricó una entretención para todos. No me pregunten qué se hizo porque sinceramente no recuerdo su paradero final, seguro terminó como leña en el fogón de mamá para preparar nuestros alimentos.

Cuando el Parque Olímpico, del que les conté en algún momento, partió de la placita, dejó algunas cosas como latas, hierros, tornillos, maderas y otras tantas cosas abandonadas. Nosotros, como buenos hijos de papá, llevamos a casa todo aquello que nos pareció un buen botín para guardar. Entre lo recolectado había un par de postes o piezas de una cerca que tenían forma de cuña con tres o cuatro huecos que permitían colocar una barra o tubo horizontal a diferentes alturas. Así que papá, con esa mente creativa, inmediatamente ideó un sube y baja que podía cambiar de altura.

Al principio, para sentarnos, iniciamos con un pedazo de alfajilla y uno de nosotros en cada extremo pero conforme pasó el tiempo y se acabó la supervisión de papá fuimos aumentando las emociones utilizando tablas u otras alfajillas más largas para darle más altura y montarnos dos contra dos o más, hasta que a alguien se le ocurrió utilizar cañas de bambú, que aparte de ser muy largas y elevarnos tres o cuatro metros, también eran muy resbalosas y con el menor descuido nos veníamos al suelo. Desde raspones, moretes, sacadas de aire y hasta alguna

herida nos provocamos en esta entretención, por lo que mamá terminó con el jueguito para evitar más accidentes. Como recuerdo esas piezas de metal estuvieron tiradas en el patio por muchos años, hasta que decidimos enterrarlas bajo el piso de la cocina para que no estorbaran. Por si alguno quisiera rescatarlas, ahí las puede encontrar.

Hamacas tampoco faltaron. Papá o mamá colgaban un mecate de unos árboles de aguacate grandes que había en el patio, les amarraban un pedazo de madera y listo. Lo malo del asunto eran los pleitos, porque solo una persona se podía montar por turno. Luego, modificamos el juego y sustituimos la madera por una llanta, que atábamos de dos puntos opuestos. Nos podíamos montar dos y hasta más cada vez pero el principal uso era para girar hasta quedar mareados y en algunas oportunidades terminábamos vomitando por habernos montado con la panza llena, según decía mamá. Eso hizo que también nos quitaran tan entretenida diversión.

Entre los chunches que recogimos del Parque Olímpico también había dos piezas metálicas de algo que en algún momento formó parte de un eje que giraba y papá también le encontró utilidad para divertir a sus güilas. Mediante un eje unió ambas piezas, colocó una tabla gruesa sobre ellas y ya teníamos juguete nuevo para girar empujándonos con un palo, sentados uno frente al otro.

Él siempre buscó la forma de darnos comodidades o sustituir todo cuanto no podíamos tener, como una bici o unos patines que eran la moda

en ese tiempo. Claro, alguna vez tuvimos un triciclo rojo que no sé de donde salió pero lo utilizábamos de uno en uno y en algunas ocasiones dos o tres, uno sentado y otro con un pie atrás para empujar y el tercero en la manivela. Esas entretenciones eran únicas, ni los ricos las podían tener, así que dentro de las limitaciones de mi familia teníamos lo nuestro. Por cierto, compartíamos con los carajillos que siempre pasaban, aunque fuera a escondidas, a nuestro patio.

Otros de los juguetes que llegan a mi mente, son los roncadores, que consistieron en un bonito juguete que papá pudo haber comercializado en este tiempo para que las barras de los equipos hicieran bulla. Consistía en un palito de caña de bambú al cual él le formaba con goma pez una especie de protuberancia con forma de maní en la punta. Luego, ataba un pedazo de mecate delgado con un tarro pequeño en el otro extremo que al hacerlo girar producía un fuerte ronquido dependiendo de la velocidad con la cual, uno lo moviera.

Por otra parte los zancos, hechos con tarros de pintura y un pedazo de mecate se convirtieron en un juguete con el cual nos divertimos mucho echando carreras para ver quién llegaba a la esquina primero. Ese juguete no era nada nuevo porque siempre se habían fabricado usando los troncos del café, una vez que podaban la mata. Pero, como nosotros no teníamos cafetal ni vivíamos en el campo, entonces papá utilizó una nueva opción que nos permitió, siendo muy pequeños, conocer el mundo, alejándonos hasta el otro lado

de la manzana, lo que para nosotros, era toda una aventura. Claro, si mamá se enteraba de la proeza nos pasaba al chilillo, al jalón de pelo y con suerte, hasta un coscorrón.

El ingenio de papá no tenía límite, pues también nos construía maromeros con pedacitos de madera: un carretillo con una rueda y un palo que era una delicia para ir de un lado para el otro haciendo ruido de carro. Un juguete más elaborado, tecnológico digamos, que él nos fabricó fue un tractorcito con una carrucha de madera de las que contenían el hilo en ese tiempo, con un pedacito de candela, un palito y una liga. Con todo ese material, elaboraba un juguete que se movía con su propia energía como si fuera de batería, nada más que era muy ecológico, ya que no contaminaba el ambiente.

Una chapita de refresco, aplastada con dos huequitos y un pabilo atravesándolos, nos permitía hacerla girar y escucharla como roncaba mientras giraba al ritmo de nuestras manos, que solo tenían que tomar el ritmo necesario estirando y contrayendo el mecatito entre los dedos.

Cuando estuve en el colegio, don Guillermo Zamora, profesor de Ciencias, al estudiar la luz y algunos fenómenos que se producen con ella, me enseñó a fabricar un periscopio para mirar a diferente altura o dirección y también otro aparato muy entretenido llamado caleidoscopio que nos permitía mirar dentro de este y observar gran cantidad de flores y figuras multicolores que nos llenaban de fantasía. Pero papá, mucho tiempo antes, ya nos

había fabricado uno de esos y nos había enseñado como construirlo nosotros mismos.

Él siempre tenía secretos que compartía con nosotros. Nos enseñó a echar humo de los dedos y a escribir con tinta invisible que solo se leía con el calor y con tinta que solo se leía en la oscuridad. También nos mostró como fabricar una carbura con un tarrito para pintura con el propósito de que nos alumbráramos cuando se iba la luz, lo que sucedía muy a menudo.

Entre nosotros, les cuento, que esos secretos no lo eran tanto, sólo que él estudiaba mucho y por eso sabía cosas que los demás ignoraban o no le daban importancia. A los demás hay que dejarlos pensar que era brujo o que tenía poderes paranormales como me han dicho algunos que todavía creen en los pitufos y que la luna es de queso.

La Navidad

La Navidad es esa época del año cuando la mayor parte de personas, pero en especial los niños, añoran y disfrutan. Para mí es algo triste y deprimente, aunque su celebración tenga un principio de paz, ternura, solidaridad y hermandad. Papá sentía algo parecido, en parte porque su sentir religioso le decía que no era correcto celebrar el nacimiento del Hijo de Dios así y, por otra parte, porque para los que menos tienen es un darse cuenta de todo aquello que les hace falta y que a otros les sobra.

En general, para todos nosotros, en nuestros jóvenes años de vida o sea cuando ya nos damos cuenta de lo que sucede a nuestro alrededor, esa celebración no tuvo nada de bonito, un poco porque papá pensaba de una manera diferente a los demás, lo que no tenía nada de malo. Por otra parte, porque cuando la situación económica no es la mejor y se tienen que atender primero las prioridades si se es responsable. Para nosotros el Niño o llegaba tarde y con su bolsa casi vacía o del todo se le perdía la dirección de nuestra casa. Los niños no entienden muy bien eso de la religión ni que a unos el Niño les trae toda clase de juguetes y ropa nueva mientras que a otros ni un juguete reconstruido.

Recuerdo una Navidad en que, por alguna razón, teníamos la certeza de que ese año el Niño sí nos iba a traer algo, así que al amanecer nos despertamos, buscamos y buscamos, hasta rebuscamos y nada ni un pito de a cinco. En el cielorraso del cuarto faltaba

una tabla, quién sabe por qué y a como pude me trepé, creo que con la ayuda de los demás, para ver si era que los juguetes que nos tocaban los habían dejado en ese lugar. ¡Adivinen! Todo ese trabajo de subir hasta ahí y nada.

Al levantarnos, recuerdo que con las frentes pegadas a los vidrios de las ventanas y empañando con nuestro aliento infantil la poca visibilidad que teníamos, pudimos ver a los hijos de algunos vecinos que corrían con bolas, otros montaban en bicicletas de colores vistosos, niñas con muñecas que estrechaban con cariño, algunas a revolcones con los patines que estaban aprendiendo a usar y nosotros solo mirábamos. Esto no es un lamento, más bien es el reconocimiento a unos padres que con todo amor, amor del bueno, nos criaron con lo mejor que nos pudieron dar. No tuvimos de sobra, pero nunca nos faltó lo primordial. Papá y mamá nunca comieron primero que sus güilas, ni derrocharon en nada que no fuera absolutamente necesario.

Parece triste lo que narré pero la cosa no termina ahí. El corazón de papá, un rato después de mirarnos babear en silencio y tomarnos el jarrito de café con el bollo de pan -porque tampoco hacíamos tamales- se conmovía con ese gran amor que nos tenía. Con sus recursos limitados salía, generalmente, a la tienda de don Domingo Rodríguez y regresaba con una bolsa con un pequeño juguete para cada uno. Para nosotros era una verdadera maravilla un carrito de esos que se raspaban en el suelo y luego se iban solos o una muñeca con ropita y unos *jackses*

que nos servían a todos y quizá alguna ropa para estrenar como todos los demás. Está en mi mente grabada la sonrisa que esbozaba papá al vernos tan felices como si hubiéramos recibido los obsequios de las mismísimas manos del Niñito Dios.

Luego de estas celebraciones pasaban los días, se terminaban las vacaciones de tres meses y la "güilada" regresaba a la escuela. El tiempo pasaba y un día, sin que lo esperáramos llegaba la Navidad, en cualquier mes, en cualquier día. Aparecía nuestro Papá Claus con su ropa acostumbrada y sombrero, cargado de juguetes y ropa que nos entregaba personalmente mientras disfrutaba de nuestro asombro y alegría.

Papá siempre trató de darnos lo mejor, así que recuerdo que tuvimos varias navidades en mayo, en agosto y no recuerdo en cuáles otros meses, pero que la tuvimos, la tuvimos, con todo y tamales, manzanas, uvas y confititos de anís. Los pleitos seguían después, cuando algún juguete aparecía roto o maltratado, pero eso es otro capítulo.

En el desayuno de mamá

En la vida de papá, como en las nuestras, hay tantas situaciones que recordar, unas buenas, otras no tanto, algunas graciosas, también las hay tristes y hasta dolorosas. Si estuviera sentado en este momento con todos ustedes en el desayuno donde mamá, sería fácil recordar algunas. Seguro no terminaríamos nunca con tanto qué contar, porque ahí sí que hablábamos y recordábamos todo, claro sin dejar de lado el vacilón. Casi puedo verlos a todos en esas reuniones improvisadas que eran tan naturales en nuestra casa, los varones sentados charlataneando y comiendo algo. En tanto, las mujeres cocinaban, servían muertas de risa y vigilaban a los güilas, sin esos prejuicios que ahora se han vuelto cosa cotidiana, lo que impide una relación de amigos o familiares tan natural como se daba en casa y en casi todas las casas hace algunos años. Sin embargo, hablando con alguno de ustedes he recordado una de esas situaciones que vale la pena traer a estas líneas para su entretenimiento.

A papá por ser tan activo le ocurrían situaciones que, con frecuencia, nos hacían reír. Como aquella en que, aunque ya no acostumbraba tomar licor, por alguna razón en uno de sus tantos viajes como trabajador del programa de Salud Rural, se le ocurrió

tomarse unos traguitos que lo alegraron y lo pusieron romántico porque llegó a la casa a darle serenata a mamá. Luego entró, se acostó y en su embriaguez soñó que subía su pie para acomodarse mejor la guitarra, cuando en realidad estaba subiéndolo sobre mamá; luego, sintió ganas de orinar en el sueño. Al día siguiente entre los dos, muertos de risa los vimos sacar el colchón al sol.

Ese día y en los siguientes el asunto fue motivo de risa y chistes para todos. En ese momento o después se dijo algo curioso: que el que se orinaba primero en la cama se moría primero. ¿Qué les parece? ¿Fue cierto, coincidencia o realidad?

Eso fue algo personal, pero también ocurrieron situaciones familiares, como una oportunidad en el mes de diciembre cuando preparamos pólvora en la casa. Para los triquitraques y cachiflines se necesitaba mecha que se fabricaba con pabilo impregnado de pólvora con goma y luego se secaba al sol. Pero como en ese tiempo el clima de San Ramón no era como ahora sino que hacía mucho viento y lloviznaba, entonces la mecha no se secaba. A papá se le ocurrió secarla en el horno de la cocina de leña de mamá. A los dos se les olvidó y de repente volaron las plantillas de la cocina con las ollas y el almuerzo. El susto fue tremendo para mamá y un vacilón porque eso en casa no era para enojarse, sino para reírnos de lo lindo.

Con las limitaciones económicas que casi todas las familias tenían en ese tiempo había que economizar en lo que se pudiera: usar la ropa que

no le quedaba a los hermanos mayores, ponerle elástico nuevo a los calzoncillos estirados de papá, hacer calzoncillos con manta de saco de harina -a los que les quedaban pintados unos puños, uno en cada nalga y una cadena rota en el centro-, fabricar un brasier cosido por mamá a la medida.

Como esos también se realizaban otros ahorros que nos parecerán increíbles o divertidos, pero uno de los realmente divertidos era el de las peluqueadas o peladas caseras como se decía antes. En casa eso lo puso en práctica papá. Generalmente, se realizaba con tijeras comunes y algunos utilizaban una palangana para el recorte de guacal o también llamado recorte San Antonio. Él tomó tan en serio el asunto que compró una máquina manual para peluquearnos. El problema era que ese aparatito al llegar al final de cada corte jalaba el pelo y dolía "que era un contento". Después de tres o cuatro jalones daban ganas de salir corriendo y comenzábamos a lagrimear. Era un verdadero suplicio y para peores quedaba uno lleno de mordiscos, como si lo hubiera agarrado una yegua a diente limpio.

Claro, esa como otras aficiones de papá, se quedó en el olvido. Entonces se puso peor la cosa cuando mamá lo sustituyó en esa labor, pues aparte de los mordiscos que no lo dejaban a uno salir de la casa porque todos los carajillos lo molestaban, cada vez que nos quejábamos nos daba un coscorrón. Si no creen, pregúntenle a Nano que hasta una oreja le pellizcaron.

La polaqueada

Las situaciones graciosas las recordamos en particular por la euforia que nos causan y porque nos hacen reír, aunque en algunas oportunidades sean momentos dolorosos como una caída, siempre nos producen un efecto similar. También los acontecimientos traumáticos producen un efecto parecido, como las muertes, extravíos o accidentes significativos. Este fue el caso de papá cuando regresamos de Ciudad Quesada a San Ramón y las cosas no iban tan bien como lo esperábamos.

Con ese empeño de no dejarse vencer y aprovechar hasta la más mínima oportunidad de salir adelante con sus responsabilidades familiares, además con un poquito de "carbón" de un vecino bienintencionado y con una situación parecida a la de él, sin pensarlo mucho, utilizó unos pocos ahorros que había podido guardar de su trabajo y en compañía de don Miguel se fue papá rumbo a San José a una agencia donde vendían vehículos motorizados livianos y como solo tenían tres ruedas, eran a muy bajo costo.

Después de comprar "el Chunche" como le decía él y era costumbre en ese momento, fueron a algunas distribuidoras de telas y ropa donde adquirieron artículos variados que iban a vender a pagos en diferentes lugares; en otras palabras se iban a dedicar a "polaquear". Cuando llegó a la casa con semejante nave, como dirían los jóvenes de hoy,

nuestra alegría fue indescriptible. La sonrisa de mamá no se borraba de su cara y sus ojos brillaban como pesetas nuevas, diría papá. Sin pensarlo mucho ese mismo día o el siguiente, no recuerdo bien, salimos de paseo en la motoneta Vespa de papá.

No sé donde ni cuando aprendió a conducir ese artefacto. Estoy seguro de que licencia para conducir no tenía, pero que nos llevó de paseo, de eso sí estoy totalmente seguro. Muy alegres íbamos todos metidos en el cajón cubierto por lona hasta el lejano caserío de Buenos Aires en Palmares, donde una tía de mamá que llamaban "Paya". Su nombre nunca lo supe. Todavía me parece oler ese aroma a llanta caliente que despedía la motoneta de papá.

Después de ese día no recuerdo haber visto más la mencionada máquina o por lo menos en buen estado, ya que papá y su socio iniciaron su negocio vendiendo sus telas y ropa lo antes posible. Iniciaron en las cercanías de la ciudad pero luego decidieron ir un poco más lejos, hacia el lado de Esparza y, si se podía, irían hasta Guanacaste donde no había muchos negocios de ese tipo y la venta prometía ser mejor.

De esta forma, iniciaron su nuevo recorrido por la carretera Interamericana hacia Esparza, por una vía sumamente sinuosa, llena de baches y huecos, sin espaldón como los que conocemos ahora. Era casi un atentado para la salud conducir en esos caminos con un vehículo así, tan pequeño e inestable por tener tres ruedas y en vez de un volante una manivela de motocicleta.

Solo imaginen a alguien conduciendo por un camino así, lleno de curvas, con una pendiente de kilómetros y con esa clase de nave. Agréguele a esto la falta de pericia del conductor, que además, resultó ser simpático. Al saludar a otro viajero perdió el control y terminó dando tumbos por la carretera. Lo que acabo de describir lo contaba papá entre risa y dolor, además, con la aseveración de que jamás volvería a tocar el volante de otro chunche, después de semejante experiencia.

El mentado viaje terminó ahí, en la Cuesta de Cambronero, con la motoneta despedazada, el pobre papá con un hombro dislocado o algo así, lo que duró mucho tiempo en sanar porque él no quiso ir al hospital. Recuerdo que alguien, en un carro de verdad, lo trajo y con miles costos lo bajaron para que se metiera en la cama mientras todos estábamos asustados porque no entendíamos lo que sucedía.

Por muchos días papá pasó en la cama recuperándose de los golpes y quejándose de los fuertes dolores que padecía. Poco a poco se recuperó y cuando logró salir de la cama caminaba con dificultad y le costaba respirar. Así duró mucho tiempo. Todavía muchos años después, cuando ya éramos algo grandes, algunas veces decía que todavía resentía semejante golpe.

El negocio de la "polaqueada" llegó hasta ahí. Se perdió la plata de lo vendido y la poca mercadería que se recuperó se utilizó en la casa y familiares que la necesitaran. De la motoneta nos quedaron algunos recuerdos, pues papá la negoció con un amigo de

San Carlos que se llamaba Jorge Cerdas, quién era dueño de una importadora de electrodomésticos y se la cambió por una lavadora, una cocina blanca de leña -que era una belleza en ese tiempo- además de una máquina de coser *Anker* que todavía alguien de la familia la debe tener y fue la que todos conocimos en la casa de mamá.

¿Qué les parece? ¡Todo ese esfuerzo, ese riesgo, ese dolor físico y moral y no lograr su meta! Todo por su familia. ¡Eso se llama, amor!

La cuecha

En la vida siempre hay situaciones graciosas que nos suceden a todas las personas. Bueno, algunas veces lo que le sucede a otros quizá a nosotros nos hace más gracia; hasta reímos con el mal ajeno. Otras situaciones nos hacen reír para no llorar, como algunos dicen "al mal tiempo buena cara". La cuestión es que en nuestra casa aprendimos a reír de la mayoría de chascos que le ocurrían a algunos miembros de la familia.

En una ocasión papá me invitó, como muchas otras veces, para que lo acompañara a realizar un mandado como decimos aquí en Moncho y creo que en toda nuestra linda Patria. Salimos de la casa con destino al antiguo Mercadito, un negocio en el cual se comerciaban diferentes tipos de mercaderías, desde abarrotes hasta artículos de librería. Estaba ubicado al costado este del museo, casi llegando a la esquina, en una construcción de madera ya muy deteriorada.

Era propiedad de don Mario Cambronero, conocido y de alguna manera amigo de papá. Por esa razón, en su negocio se vendía un producto elaborado en nuestra casa: los encerados para hacer portales navideños, de los que se decía, según la opinión de muchas personas, eran los mejores por su textura, colorido y diseños variados. Al principio, los elaborábamos usando papel de bolsa para cemento, luego, cuando el azúcar se

empacó en papel, entonces usamos ese material que era de mejor calidad, o sea que ya iniciamos con el reciclaje del papel desde ese tiempo. Pintábamos los papeles obtenidos de estas bolsas con ocre negro mezclado con goma y luego ejecutábamos diseños diferentes empleando ocres de distintos colores, todo invento de papá.

Otros productos que papá vendía a ese negocio eran las sombrillas de caramelo. Para darles forma a sus envolturas se las que tuvo que ingeniar de diferentes maneras. También en diciembre, que era tiempo de fiesta y quema de pólvora por todos lados, papá con la ayuda de los miembros de la familia, los que teníamos edad para hacerlo, iniciaba la producción de triquitraques, bombetas, cachiflines, perseguidores y hasta luces de bengala, para cuya elaboración utilizaba como cartucho una pajilla con un palito de bambú para sostenerla. Por cierto, una de estas en lugar de tirar las chispas hacia arriba las tiró hacia abajo y le causó una buena quemadura en la mano a Ana Irma. De eso no reímos ni poquito. Además no las volvimos a fabricar como precaución.

De lo que si reímos de lo lindo cuando ocurrió y cada vez que lo recordábamos, fue de lo sucedido a papá un día que íbamos hacia el Mercadito. En camino a ese lugar debíamos pasar por la acera de la ferretería de Macho Mora, en la esquina frente a la tienda de don Domingo Rodríguez, luego por la panadería de Don Norberto Carvajal y un poco más adelante por una pulpería o almacén, como le decíamos al negocio de abarrotes que pertenecía a "Felillo" Zamora, en

el que vendían artículos de primera necesidad; por ejemplo, arroz, frijoles, dulce de tapa, maíz, alimento para gallinas y otros; pero también los campesinos encontraban en ese lugar algunos productos más típicos y tradicionales como los puros y el tabaco para masticar (cuecha). Generalmente, las personas que compraban estos productos tan pintorescos hechos del tabaco eran clientes frecuentes, por lo que eran conocidos de don Rafael "Felillo" con quién se quedaban compartiendo alguna conversación, mientras probaban los puros y masticaban un pedazo de tabaco.

A papá le gustaba vestir de una manera formal como les describí unas páginas atrás. En esta oportunidad vestía con una camisa blanca, con manga larga arrollada hasta casi la altura del codo, eso sí, bien, como era costumbre. Parecía que andaba metido en un estuche de cartulina. Del resto de su atuendo no recuerdo porque el vacilón fue la camisa.

Íbamos hablando de cualquier tema del momento entre padre e hijo, distraídos con la charla hasta que, al pasar frente a la puerta del negocio de "Felillo", algo como una mariposa de las más grandes que puedan imaginar y de color café cruzó por el aire, era una tremenda saliva impregnada de tabaco y melaza que se alojó sobre el hombro de papá, quien sólo atinó a mirar lo que había caído sobre su camisa; hizo una mueca y profirió para sí una frase que prefiero no repetir. Dio por terminado el viaje y regresamos a la casa de inmediato. Al llegar a la casa en la camisa de papá había una mancha de

color café que parecía una gran araña picacaballo que fue el motivo de gran cantidad de chistes y risas por varios días.

Los güilas del barrio

Cuando San Ramón era un pueblito de esos que vemos solo en las películas en blanco y negro o que aparentan serlo, a uno el corazón se le hace un nudo amarrado de nostalgia. Tenía sus calles empedradas y polvorientas, casi sin vehículos motorizados. Al amanecer, en el silencio humedecido con sereno del nuevo día, podíamos escuchar el martillar de las ruedas de las carretas tiradas por bueyes que venían de San Isidro cargadas de leña, destinada a calentar los fogones de nuestras casas o algún producto que los agricultores llevaban al mercado.

A esas tempranas horas lo que escuchábamos era el sonido de un carretón de grandes ruedas radiadas, jalado por un caballo viejo y flaco, perteneciente a un señor al que todavía le quedaba algo de vaquero o simplemente era el lechero, seguido de un triste animal, cargado con dos grandes tarros llenos del perlado líquido para repartir de casa en casa. En esos tiempos, las noches eran pacíficas y silenciosas, sin sirenas ni motores ruidosos, en las que todavía se podía escuchar el golpeteo de los tacones pegados con clavos y protegidos con casquillos de algún trasnochador que transitaba veloz para que no le dieran las diez en la calle.

Eran los años aquellos en que los postes del cableado eléctrico estaban hechos de hierro macizo como los rieles de una línea férrea. Las tímidas luces del alumbrado público, las que apenas

brillaban como cincos de achiote, las encendía una a una un señor con una larga varilla de madera y nos permitía jugar escondido sin ser descubiertos fácilmente o hacer bromas de aparecidos a algún descuidado transeúnte que, generalmente, terminaba santiguándose como si hubiera visto al mismísimo "pisuicas".

Todavía no había televisores o computadoras con internet ni otras opciones de entretenimiento nocturno para niños, únicamente las reuniones algo furtivas de chiquillos en la plaza, en la esquina de la pulpería o en la acera cálida de alguna casa para "chilear", hablar de lo que fuera, quizá jugar escondido, mirón mirón, salve la banca, quedó, bate o suiza si aparecía algún buen mecate. Todo eso se podía hacer porque las calles, en ese entonces, estaban hechas para que los güilas jugaran. Nosotros lo entendimos así y las convertimos en nuestro campo de juegos.

Papá era muy joven en ese momento y por supuesto, nosotros muy chiquillos. Él aprovechaba como nadie su tiempo y el nuestro para entretenernos con juegos como: tinajitas, adivinanzas, trabalenguas y otros, pero principalmente con sus historias de miedo o la lectura de *Cuentos de Las Mil y Una Noches*. Con ese fin sacaba un grueso libro azul que él había comprado en uno de sus viajes a San José.

No solo los de la casa disfrutábamos de tan sano entretenimiento; la chiquillada del vecindario, los más humildes, llegaban noche a noche para

escuchar cuando él leía y casi dramatizaba cada relato. Prácticamente iba sacando los personajes, los lugares fantásticos y lejanos, también las acciones con sus gestos, sus comentarios y descripciones que le daban ese toque personal a cada narración.

Iniciaba la función. No se escuchaba un solo ruido, nada más se percibía el sonido triturado de la saliva que bajaba por nuestras gargantas, mientras él magistralmente seleccionaba la lectura. *Aladino y la Lámpara Maravillosa, La Alfombra Voladora, El Ladrón de Bagdad, AliBaBá y los cuarenta ladrones* y otros que no recuerdo, pero que nos dejaban extasiados, con la boca abierta y que al terminar invariablemente exclamábamos: ¡ah!

Cuando la ocasión era propicia en vez de sus narraciones fantásticas de cuentos o leyendas, iniciaba algún juego o comenzaba a hipnotizar a los valientes voluntarios que se atrevieran a participar de semejante acto en el cual no sabían qué iba a suceder, solo confiaban en la frase introductoria de papá: "no tengan miedo, nada les va a pasar". Una vez iniciado el acto con un "míreme a los ojos, no tenga miedo, usted está sintiendo los ojos pesados, comienza a sentir mucho sueño, no puede levantar sus brazos, sus párpados se cierran, su cuerpo ya no es suyo, está bajo mi poder, obedecerá todas mis órdenes y al despertar no recordará nada de lo que ha pasado" empezaba la sesión de hipnotismo. Mientras tanto, todos los espectadores quedábamos atónitos y los voluntarios, dormidos frente a nosotros.

Entonces papá, reanudaba su contacto con

los hipnotizados diciendo: “vamos a realizar un largo viaje por lugares a los cuales ustedes nunca han ido, lo van a vivir como si estuvieran ahí. Nos vamos a montar en un tren -y comenzaba a imitar sonidos como el de una locomotora y su silbato-. El tren se mueve para los lados”. Inmediatamente todos los hipnotizados empezaban a balancear sus cuerpos de un lado al otro. “Vamos llegando a Puntarenas. ¡Qué calor que hace!” y todos comenzaban a soltar los botones de la camisa, a hacerse viento con los abanicos imaginarios que papá describía. En tanto, los espectadores gozábamos de ver a los viajeros haciendo las mímicas. “¡Que sed, tomémonos un refresco!” Todos nuevamente movían sus manos y abrían la boca como si estuvieran tomando. “Vamos a bañarnos al mar” y también se tiraban al piso a hacer que nadaban. *Polvorón*, un niño como de mi edad que vivía con su abuela, hasta se quitaba el pantalón para hacerlo mejor.

Así, durante un buen rato, reíamos viendo a los participantes del viaje imaginario que comían, tenían frío, miraban el mar y todo cuanto a papá se le ocurría para hacernos reír. Para finalizar les decía: “en este momento estamos regresando a la casa, el paseo terminó, relájense. A la cuenta de tres, van a despertar y no recordarán nada de lo que ha pasado. Uno, dos, tres”. Todos los chiquillos abrían los ojos, algunos se los restregaban y los espectadores nos moríamos de la risa contándoles lo sucedido. Hipnotizados o no, no lo podemos asegurar; lo que si era real y cierto era la forma tan sana y amorosa

en que un padre puede compartir con sus hijos.

Giraron las agujas del reloj haciendo pasar el tiempo inexorablemente y con este llegaron los cambios en cada cosa que conocíamos y hacíamos. Crecimos sin darnos cuenta, mientras con nosotros se desarrollaron la tecnología y los avances científicos. Entonces, como por arte de magia, apareció la televisión. Al principio, los primeros receptores aparecieron en las casas de otros y, con el tiempo, en la nuestra.

Así como llegó la televisión, también se fueron los juegos de calle y de sala. Los chiquillos fueron desapareciendo de sus habituales sitios al atardecer como secuestrados por duendes o seres extraterrestres para no regresar jamás a las empedradas y polvorientas calles. Todo ha quedado en el olvido. Ya no hay libros de cuentos ni leyendas de aparecidos ni mecate que saltar. La bola de jugar bate quedó en algún techo de tejas y al escondido se lo robó el celular. Los postes, aquellos que acalabraban cuando llovía, deben estar en la bodega de alguna chatarrera.

La tele

Llegó la tecnología. Primero fueron los radios a baterías que se podían escuchar en cualquier lugar. Tenían algo llamado transistores que sustituyeron a los bulbos o tubos que eran unos componentes que estos necesitaban para funcionar y poder sintonizar las emisoras.

Papá tenía cierta debilidad por estas cosas. Recuerdo que en nuestra casa, a pesar de algunas limitaciones económicas, no teníamos cocina eléctrica, pero sí una "consola", un aparato grande que servía para escuchar radio y también discos. Era como todo en uno porque tenía el receptor de radio y el tornamesa para escuchar los discos. Además, dentro de su mueble se guardaban esos discotes de acetato, gruesos y frágiles con sus vistosos estuches.

De igual forma, compró papá un gran radio que tenía, en una esquina al lado del parlante, un ojo mágico. Era una pequeña luz que cambiaba de colores y le daba un toque moderno al aparato. Por cierto, ese radio dejó de servir solo porque un día que me descuidaron me puse con un martillo a sacarle el imán que papá me dijo que tenía adentro. Por suerte, aparte de la cara de tristeza de él, no pasó nada que me doliera a mí.

No pudo papá evitar que la tecnología en blanco y negro llegara hasta nosotros, después de vernos salir tantas tardes con la ilusión de ir a ver la tele por la ventana donde algún vecino. En muchas ocasiones ventanas como esa se cerraban para evitar,

seguramente, que la imagen se destiñera por tantos ojos fijos puestos en ella. Otras veces regresábamos, como muchos otros chiquillos del barrio y quién sabe de cuántos barrios más de nuestro pueblo, mojados por estar horas quizá junto a una rendija de una ventana o desilusionados por no encontrar una cortina descorrida que nos permitiera llenarnos de esa luz mágica de la que algunos disfrutaban en la comodidad de sus asientos y al calor de sus paredes, acompañados de algún bocadillo que nos hacía babear en silencio. Llegábamos de la calle más temprano de lo habitual, cabizbajos, sin las risas o los comentarios de siempre.

Estoy seguro de que su corazón se le estrujaba en el pecho con nuestra desilusión por no haber podido ver la continuación de una serie televisiva o un programa infantil como *Lassie*, *Bonanza* o *Los Tres Chiflados*. Nunca hizo ningún reproche o comentario negativo a quien nos negó un mísero espacio en su ventana, pero un día se cansó de vernos de pie junto a ventanas cerradas o pagando botones, elotes, chayotes o no sé qué más para ver en blanco y negro a nuestros primeros héroes de la pantalla chica. Ya nuestros pantalones y camisas solo contaban con la mitad de la abotonadura o hasta con menos por el ansia de ver tele. A Nano se le caían los pantalones por arrancar hasta el último botón para tan importante actividad.

Una tarde maravillosa -no se puede calificar de otra manera- no por su sol o su brisa, ni por la claridad del cielo, nada de eso, papá llegó con un flamante

televisor *Admiral*, blanco y negro de trece pulgadas, aproximadamente, del tamaño de un monitor de computadora estándar, comprado donde don Edwin López. Le costó la exorbitante suma de novecientos colones, que tuvo que pagar en abonos, mes a mes en pagos de diez o quince colones, quién sabe por cuánto tiempo.

Instalaron la resplandeciente antena, símbolo invariable de la nueva adquisición, con lo que todo el vecindario se enteró de semejante suceso. A las dos y treinta de la tarde estaba la sala llena con todos los chiquillos ventaneros de todo el barrio, en un silencio que se habría deseado cualquier conferencista o maestra en su salón, al exponer un tema aburrido en una hora calurosa. Las miradas estaban fijas en el aparato, esperando el ansiado momento en que se giraría la perilla y aparecería el trencito de canal siete, guiñando su ojo para luego escuchar la grave voz de don Rodrigo Sánchez anunciando la programación para esa tarde y noche.

A partir de ese día, el libro de *Las Mil y Una Noches*, se cerró para siempre en nuestra casa, se acabaron los juegos y las leyendas, pero lo que sí se mantuvo y hasta creció fue la afluencia de chiquillos patas peladas a nuestra casa, donde siempre eran bien recibidos, sin botones y sin elotes, porque ellos eran como nosotros, de pata en suelo y pantalones remendados.

Hoy, después de tantos años, algunas afortunadas veces encuentro a uno que otro canoso, que no recuerdo cómo se llama, pero que me saluda

con afecto y una sonrisa que me expresa cómo recuerda nuestra casa, dándome su gratitud por haber compartido con ellos lo poco que teníamos y los maravillosos padres que nuestro generoso Dios nos dio.

Obsesiones

Decía mamá que cuando a papá se le metía algo en la cabeza no se lo sacaba nadie: “¡este hombre es más cabezón!” era la forma de ella para decir que su terquedad en algunas cosas era única. A él le encantaba guardar cuanto chunche viejo se encontraba o por lo menos, aquello que ya no servía lo acaparaba hasta que pasaba, después de unos cuantos, al orden de los chunches.

Él, si podía, llenaba toda la casa de cuanto encontraba; hasta compraba todo lo que le vendieran. Algunas veces llegaba con algo que ni siquiera sabía para qué servía, pero lo guardaba como el más valioso de los tesoros y ¡Dios libre tocar ese montón de basura y aparatejos que almacenaba en cualquier parte! Ante todo usaba la mesa, luego algún rincón en el patio, si era algo grande y si no, en el cielorraso que era uno de sus almacenes favoritos. Durante su vida tuvo varias bodegas donde guardó de todo y hasta debajo de la cama en compañía de la bacinilla que nunca le faltó. Cómo olvidarla si más de uno de nosotros terminó bañado de orines después de darle un puntapié.

Radios viejos, cajas de cartón, botellas con esto o aquello, pedazos de madera que podían servir para algo, decía; acordeones, pedazos de alguna máquina que nunca supimos para qué era, una ampliadora desarmada, herramientas, tarros de pintura, ocre de todos colores -que alguna vez

servieron para hacer encerados y que todo lo tenían a su alrededor- trucos de magia que nunca debutaron en un escenario, pedazos de santos de yeso que años antes él mismo confeccionó, pinturas incompletas que fueron su proyecto un día pero alguien lo distrajo de repente y se quedaron solo en su gran imaginación sin terminar de nacer.

La verdad, enlistar todo lo que papá almacenaba sería para sentarse tamaño rato, pero para él todo era valioso. He llegado a pensar que fue uno de los primeros recicladores de este país. Cada vez que alguien tocaba sus tesoros, se molestaba. Cuando encontraba algo por ahí tirado que reconocía como suyo, soltaba una retahíla por tocar algo que él había guardado y hasta comprado con algún fin.

Entre las cosas que evoco con algo de nostalgia, que guardó por muchos años, fue la imagen de un San Vicente como de un metro de altura con un niño recién nacido a sus pies que quién sabe de dónde salió. Anduvo por toda la casa, lo pasaban de un lugar a otro y recuerdo que hasta en el portal de la casa cuando papá elaboraba uno salido de serie, hasta ahí estuvo.

Un día, por alguna razón que no puedo explicar, a papá le disgustó la presencia de la imagen, la tomó, la colocó en el patio y la agarró a punta de martillazos hasta dejarla hecha trizas. Solo se salvó de la destrucción el pequeño niño que anduvo por años rodando y que un día desapareció de la casa y de la memoria de todos. Esa fue la única vez que lo vi desechar uno de esos valiosos objetos que le gustaba tanto almacenar.

Cuando ya papá era de edad un poco avanzada y la casa tenía otra distribución, poco a poco sus tesoros acaparados por tantos años fueron desapareciendo misteriosamente, aparecían enterrados en el cerco, caían inexplicablemente en la bolsa de la basura o se refugiaban en algún rincón húmedo del patio para también, poco a poco irse desvaneciendo. Llegar a nuestra antigua y querida casa y encontrar un tornillo, un transistor, una lente de cámara, con suerte un tarro decorado o un fierro viejo y corroído, es suspirar y tragar grueso, es como tomar la mano suave e incompleta de papá, es como sentir que está ahí en cada uno de esos chunches que para él eran de oro puro.

Alguna vez nos incomodaron esas cosas sin valor para nosotros, otras reímos por escucharlo proteger lo que era suyo o por encontrarlas sepultadas al cavar para sembrar o construir, pero hoy cuánto quisiéramos tener ese olor a humedad y polvo para tenerlo a él también cerca de nosotros en cada chunche viejo. No sé ustedes, pero yo sí que aprendí a valorar mis propios chunchitos y por eso guardo todo lo que puedo y donde puedo. Ese es el pedacito que me quedó a mí de él y que me hace recordarlo cada vez que veo mi orden desordenado por aquí y por allá. Ustedes, ¿qué guardan?

Dichos y más

El lenguaje de papá era diferente como el de cada generación que pasa o que viene. Él tenía su original manera de decir las cosas lo que a nosotros nos llamaba la atención y en muchas oportunidades, nos reímos haciendo bromas. En otras adoptamos sus dichos como parte de nuestra expresión diaria o por lo menos familiar.

Papá no tuvo un lenguaje soez, no era mal hablado ni vulgar. Recuerdo alguna vez en que al dirigirme a uno de mis compañeros de colegio lo hice como era costumbre entre los jóvenes, con la jerga propia del momento. Aunque él se encontraba dentro de la casa en sus ocupaciones, se tomó un ratito para salir a preguntarme que a quién le hablaba así. Le dije que a un compañero del colegio.

Muy amistosa, pero enérgicamente, corrigió mi manera de hacerlo, diciendo: "Esa no es forma de dirigirse a un amigo o un compañero, más bien parece que están ofendiéndose y no comunicándose. Ese no es modo de tratarse". En el momento le dije que así era como acostumbrábamos tratarnos y que era normal, pero él insistió en que no le parecía que un hijo suyo se expresara de esa manera.

Su lenguaje era culto, tanto en su expresión oral como escrita, posiblemente por su roce social como por tanta lectura realizada durante su vida. Sin embargo, eso no le quitaba que tuviera su particular forma de expresarse: "estoy desvalijado" era una expresión para indicar que no tenía dinero.

“¡Qué jabeazo me acabo de llevar!” lo decía cuando se había dado un golpe fuerte. Estas otras expresiones casi siempre las usaba juntas al preguntar cuánto dinero tenía alguien: “estoy desvalijado, ¿vos cómo estás de fierro?”.

Yo me ponía triste, por no decir agüevado, cuando le ayudaba a realizar algún trabajo y él me decía: “Usted no le maja el rabo a un ratón chiquito” refiriéndose a que no tenía puntería para darle a un clavo.

Si estábamos equivocados y no queríamos aceptarlo, afirmaba: “Siga comiendo cuento”. Cada vez que estábamos de vagabundos y nos poníamos a hacer tonterías o pelear, la frase del momento era: “mente desocupada, taller de Satanás”.

Para molestar en broma a mamá cuando estaba comiendo sola por antojo o quizá porque era la última como casi todas las mamás de verdad, él, con una sonrisa, miraba al que estuviera cerca y le decía: “se alimenta, la doñita”. Creo que era algo que ellos habían escuchado en alguna parte porque los dos compartían la broma.

Cuando aparecía de repente en la casa alguien que llevaba algún tiempo sin venir o alguien a quien estábamos esperando, inmediatamente decía: “llegó cortal”. Si me preguntan qué quería decir, la verdad no sabría.

Un apodo para todo aquel de quién no se deseaba decir el nombre o simplemente para dirigirse a algún varón en confianza usaba la palabra “piricocho” aunque también la empleaba

para nombrar algunas partes íntimas ¿cómo estás, "piricocho"? y se le vio todo el "piricocho".

Si alguien cogía algo y se lo echaba en un bolso o entre una prenda de su vestuario, entonces lo adecuado era decir: "se lo echó en el zucucho". ¿A quién no le dijeron alguna vez: "me tenés barato" por estar de majadero? y cuando se quedaba con ganas de algo o como decimos, enchilado, la frase adecuada era: "me dejaste enjuagado y sin beber."

De vez en cuando llegaba algún borrachillo a pedir plata para comprar más guaro o alguno de nosotros, también los "pidecigarros", entonces papá decía: "me tenés de diez pa'la goma". Una expresión que destacaba extrañeza o hasta alegría por algo era: "¡Ave María, dijo el ángel, cuando le pusieron calzones!". "Yo mejor me curo en salud" era una manera de decir: "prevengo algo". Cuando había algún trabajo era porque "le salió un camarón".

Si había alguien a quien no le gustaba el baño, una rima era lo adecuado para esa persona: "hombre de pocos años, hombre de muchos baños" o también al revés: "hombre de muchos años, hombre de pocos baños" y por si acaso no entendía, entonces lo que correspondía era: "la cáscara guarda el palo".

Estas otras palabras sueltas las usaba con regularidad y no sé otras cuantas que no logro traer a mi memoria en este momento: "pipín" -para los nietitos-, "culientico" -caliente- y ¡a los chuchos! -¡a la puñeta! o algo así-. Recuerdo dos palabras un poco salidas de tono y por eso las dejo de últimas:

“recabrones” la usaba para dirigirse a los varones de la casa cuando hacían algo con lo que él no estaba de acuerdo o no era de su aprobación, también, poco usada pero sí la decía algunas veces: “juechucha” que era como un lamentarse de algo.

En la página ya algo amarillenta de mi cariño, ahí tenía anotadas todas esas palabras y frases que escuché desde que era un niño muy pequeño, pero que se fueron incrustando en mi alma para tener la dicha de repetírselas a ustedes, para que las recuerden quienes como yo las escucharon o que las lean, los que no tuvieron la dicha de sentarse en ese cómodo regazo.

Anécdotas familiares

Cuando todos en casa éramos niños todavía, allá por los años sesenta en el siglo pasado, cuando los güilas eran hasta de dieciocho o más años y no como ahora, que ya a los doce muchos se creen grandotes y no se dejan mandar ni de los papás, todos nos la pasábamos jugando en la calle frente a la casa, en los cercos, en la iglesita del Barrio San José, donde está el colegio Patriarca ahora, pero más que todo, el sitio de reunión favorito era la placita y sus charrales.

Era costumbre en los hogares, cuando se necesitaba a los chiquillos de alguna casa para un mandado, para que llegaran a almorzar o porque era hora de ir a la escuela, que las mamás o alguno de la casa saliera a la acera y a gritos llamara por su nombre al niño requerido. De inmediato el nombrado, casi siempre a pata pelada pegaba carrera hacia allá después de contestar: "ya vooyy".

En casa no se gastaba saliva de esa manera cuando nos necesitaban. Papá era quien se ocupaba de esa labor. Salía a la acera y pegaba un solo chufido largo y agudo. Eso era suficiente para que, al escucharlo, nosotros o algún compañero de juego nos avisaba, y... "patitas pa'que te quiero". Corríamos inmediatamente, si no, nos pasaban al chilillo. Yo les puedo contar lo que nos sucedía si no acatábamos ese llamado, pero el que tuvo más experiencia en ese campo fue Nano, así que si quieren saber al respecto, pregúntenle a él.

II

Papá decía: "más vale un amigo que cien pesos en la bolsa". A esto agregaba que debemos honrar nuestras deudas y que debemos cuidar nuestro crédito.

Bastantes años atrás, cuando la plata valía de verdad y con poquito se compraba lo que uno necesitaba, eran los niños los que debíamos hacer los mandados de última hora: traer una libra de azúcar que faltó, el pan calentito a la panadería, una libra de sal que se terminó o salir "volado" con una ollita a traer manteca de chancho al mercado, porque la extranjera sabía a pura parafina. Casi siempre, la mayor parte de los chiquillos realizaba sus mandados sin dinero, solo llevaban una libreta para que les apuntaran lo que habían comprado y a final de mes o quincena el papá o la mamá iban a pagar los gastos realizados.

En casa eso no se hacía de esta forma, se compraba de contado una cantidad de alimento para el mes, pero para los imprevistos nos mandaban con una monedota de uno o dos colones a traer lo que hacía falta. Generalmente, papá realizaba las compras, pero cuando él no podía ir por alguna razón, entonces nos decía: "vaya donde Fernando Mora y dígame que me mande..." o "dígame a Eduardo Hernández que me haga el favor de mandarme... y que yo paso más tarde a pagarle".

Si necesitábamos unos zapatos o un pantalón: "vaya donde Fran Méndez o donde don Domingo Rodríguez y dígame que dijo mi papá Valeriano que

si me hace el favor de darme... que ahorita pasa a arreglarle". Hasta en el cine, con solo decirle a doña Nancha: "que dijo papá", de una vez nos dejaba entrar. Muchas veces papá ni cuenta se daba que había mandado a decirle nada a doña "Nancha". Nano y yo nos íbamos y le metíamos el cuento a la señora que, sin más ni más, nos dejaba pasar.

En algunas oportunidades, papá resultaba con más hijos de la cuenta porque hasta invitábamos al cine a los amigos que eran tan limpios como éramos la mayoría de chiquillos y no tenían ni una peseta para pagar la entrada. A nosotros se nos hacía el corazón un puño cuando nos mandaban a esa clase de diligencias. A mí, en particular, me daba mucha vergüenza, no sé por qué, porque nunca nadie nos negó nada. Era como llevar un cheque en blanco o una tarjeta de crédito platino. Estoy seguro de que era porque el crédito hay que cuidarlo y él lo cuidaba como oro puro. Nunca quedó a deber nada.

III

Las pulperías son un lindo lugar para comprar, aunque al paso que vamos ahorita ya no las vamos a encontrar tan fácilmente. Creo que solo quedará la de Pueblo Antiguo, en el Parque de Diversiones y algunas de las fotografías. Antes había una en cada esquina de barrio. En el nuestro siempre hubo una, que hasta su piedra para amarrar caballos tenía. A ella acudíamos todos a comprar artículos de urgencia, por lo menos en casa y, por supuesto, antojitos como

confites de mora; también los “quiebramuelas” de a cinco, cajetas, melcochas, gomitas y un sin número de golosinas propias de la época que ustedes jamás van a saborear.

Pilar se llamaba el propietario de ese negocio que, además, era también cantina. Este señor era medio fregado con los chiquillos a los que les hacía tiros raros con el dinero que llevaban para sus compras. Cuando llegábamos a este negocio, nos preguntaba:

-¿Qué se le ofrece chiquito?-

Extendía la mano gorda y uno le entregaba el dinero después de contestar su pregunta. Lo dejaba esperando y se iba a atender otra persona. Después de un rato regresaba y se iniciaba este diálogo.

-¿Qué se le ofrece?

-Una libra de sal.

-¿Y la plata?

-Ya se la di.

-¡Usted no me ha dado nada!-

-¡Que sí, ya se la di!-

-No, no chiquito, seguro usted la perdió de camino.-

Algunas veces el niño salía convencido por la seriedad con que lo trataba Pilar, otras, terminaba con lágrimas de impotencia y se regresaba a su casa a poner alguna excusa que lo salvara de una fajeada. Ese cuento era de todos los días y con casi todos los chiquillos.

Un día, Pilar estaba de mala suerte y se le ocurrió hacerle eso a un güila de nuestra casa. No recuerdo a quién fue, pero lo que no puedo olvidar

es que papá dejó lo que estaba haciendo y se dirigió a la pulpería. Cuando él entró con esa mirada que asustaba Pilar se puso blanco como un papel. Cuando quiso preguntar a papá, qué se le ofrecía, papá le dio dos manazos al mostrador y le increpó diciendo: "viejo sinvergüenza, ¿por qué le roba la plata a los güilas? Déjesela si la necesita, ¡pero no me maltrate a los niños!

Nadie en la pulpería ni los borrachos de la cantina se atrevieron a decir ni media palabra. Pilar, casi a gritos, ofrecía las monedas que había cogido ese día como lo hizo tantas otras veces. A nosotros, por lo menos, ese señor nunca más nos volvió a pedir el dinero primero.

Con esto no quiero que se formen un mal concepto de don Pilar quien también tuvo comportamientos buenos con nosotros. Al fin de cuentas, siempre mantuvo amistad y respeto por papá a quién escuché en muchas oportunidades decir: "¡a pesar de todo, Pilar es un buen viejo!".

IV

Papá acostumbraba, siempre que salía de viaje, llevarse a uno de los güilas de la casa. Primero fue Ana Irma y cuando tuve suficiente edad fui yo quien lo acompañó. No sé si por iniciativa propia o por insistencia de mamá, por cualquier mal pensamiento. Cuando él comenzó a viajar a Ciudad Quesada abuelo todavía estaba con nosotros y en algunas oportunidades lo acompañaba. En uno de esos viajes en que lo acompañaban Ana Irma y abuelo a Villa

Quesada se hospedaron en la segunda planta de un hotel. Tuvo la mala suerte Ana Irma de que la comida le cayera mal y cuando regresaban al hotel, no le dio tiempo. Dejó un caminito de diarrea por todas las gradas que el pobre abuelo tuvo que limpiar usando periódico y el gran pañuelo rojo que nunca le faltaba. Al regreso a la casa nos contaron la tragedia con la cual reímos años después, cada vez que la recordábamos y hacíamos chistes sobre ella.

V

Un padre de verdad es un padre cariñoso, no meloso. Me refiero a ese comportamiento desinteresado y sin egoísmo, a esa sensibilidad que abunda más en las madres, seguro porque tuvieron que sufrir dolor al parirlo a uno. Papá era así, él se conmovía fácilmente. No tenía apego a lo material, todo era para los suyos. Creo que solo se apegó primero a Dios y luego a su familia que fue lo último en que pensó antes de dejarnos. Así que con esa manera de ser era posible que alguno de nosotros tocara ese sentimiento con facilidad.

Cuando salía de viaje, principalmente para Puntarenas, como siempre con su maletín de cuero, lo despedíamos a gritos desde la acera de la casa o desde la esquina, con mocos en la cara y las manitas levantadas como si fuera para la guerra. Entre adioses y buenos deseos se escuchaba casi a coro: "¡me trae algo!".

Un día de esos lo acompañé hasta la esquina,

tomado de su mano o guindando del maletín, creo, luego hasta la casona vieja de La Compañía, después un poquito más y otro, hasta que llegué a la parada de buses. Lo vi subir a la cazadora, una de esas de color amarillo que ya casi no se ven circular. Me quedé en la acera mirándolo y levantando mi mano en señal de despedida.

Quién sabe qué carilla tenía yo, además de los mocos que casi todos los chiquillos andábamos en ese tiempo como maquillaje permanente, que él bajó, me tomó de la mano y me subió al autobús, así como estaba: descalzo, añejo, con la cara barnizada de comida, mocos y tierra, además del pelo largo hasta los hombros, hecho un nudo. Eso no importaba, así como estaba me llevó con él ni mamá se dio cuenta o seguro se conocían demasiado bien al punto que ni falta hacía decir algunas cosas entre ellos. ¡Qué bueno habría sido un celular para avisar, pero en esos tiempos ni teléfonos públicos había!

Dos o tres días después regresamos, yo con ropa de mi primo Pendo que hasta unas tenis me heredó y disfruté por mucho tiempo. Así era papá, vivía para hacer felices a los suyos.

VI

Les he descrito bastantes características de papá y también he incluido en este relato sus maravillosas capacidades intelectuales y habilidades. Sin embargo, hubo cosas, que por lo menos él decía, que no sabía hacer, como llamar por teléfono. "Yo no sé usar ese aparato" decía cuando se armaba

algún lío porque el recibo llegaba muy caro. Cuando necesitaba hacer una llamada le decía a alguien que llamara o que le marcaran el número que necesitaba. ¿Qué les parece?

Yo no recuerdo haberlo visto nunca marcando un número telefónico. ¿Usted lo vio? Lo que sí recuerdo era que hablaba durísimo por el teléfono. Nosotros nos reíamos imaginando al que estaba al otro lado de la línea, el susto que se llevaba y el dolor de oído que le iba a quedar después de una conversación con papá.

Recién Llegados

Siempre se dijo entre vecinos y conocidos que papá era un hombre muy bravo cuando joven, por eso los admiradores de las muchachas de la familia no se acercaban fácilmente. Lo que pasó fue que, como dicen, el tiempo todo lo cambia y mi papá no fue la excepción.

Creo que el primero en atreverse a acercarse a una de las muchachas de la casa fue Perico, un zapatero venido de San José, muy jumás, que trabajaba donde los nicas, un taller en el que se confeccionaban zapatos en grandes cantidades y donde laboraban muchos operarios de esa industria. Ni cuenta nos dimos cuando enamoró a la Luisa, así le decía papá. El asunto fue que por una "zafada de patas", que no es de importancia, decidieron casarse sin la aprobación de papá, que no tenía buena opinión de Rafael, el zapatero, porque "era bueno para la cucharada" afirmaba él. Como si hubiera adivinado, antes de casarse, Perico dejó de tomar por un tiempo mientras le hacían buena cara, pero el mismo día del matrimonio se alzó en tanda y ni de la noche de bodas se dio cuenta.

La llegada de Piro García fue algo diferente porque Sandra era muy independiente en su vida. Solo nos dimos cuenta de se casaba con un tal Hermógenes García, conocido por peleador, amansador de caballos y nada malo para el trago. Con carácter y buen criterio, Sandra decidió que mejor sola que...

Esa fue la primera parte, en que papá comenzó a perder su fama de bravo con los yernos, porque a pesar de que esos primeros no eran angelitos, fueron aceptados en la familia como si siempre estuvieron en la casa. Tuvieron que pasar algunos años para que llegara algún otro miembro nuevo a la familia, ya que los que seguíamos en la lista éramos muy jóvenes todavía.

Conocí a Denia en la universidad y allí iniciamos una relación afectiva. Al poco tiempo de trabajar decidimos casarnos y ella se convirtió en la primera nuera de la familia. Debido a su manera de ser cayó como horma en el zapato de papá. Para papá y mamá siempre fue una hija más, quizá porque era la primera y por ser tan joven todavía.

Este matrimonio fue el que dio origen a que se desgranara la mazorca, ya que poco tiempo después, con una historia un tanto complicada, un señor mayor que conoció a Nidia quería casarse con ella, pero al final fue su hijo quien le robó el mandado y terminó por casarse en su lugar. Ese fue Alberto "Muerto" Cabrera.

Durante el festejo del matrimonio de Nidia, Mario "Chapas", el hijo mayor de papá, llegó a esta actividad acompañado de un señor mayor, elegantemente vestido que parecía gringo, montando un flamante *Mustang* verde perico. Este señor que parecía tan distinguido por su porte, resultó ser un viejo conocido de papá, dado que eran de la misma edad y habían vivido en Puntarenas más o menos en el mismo tiempo.

El gringo tico se empeñó en casarse también y

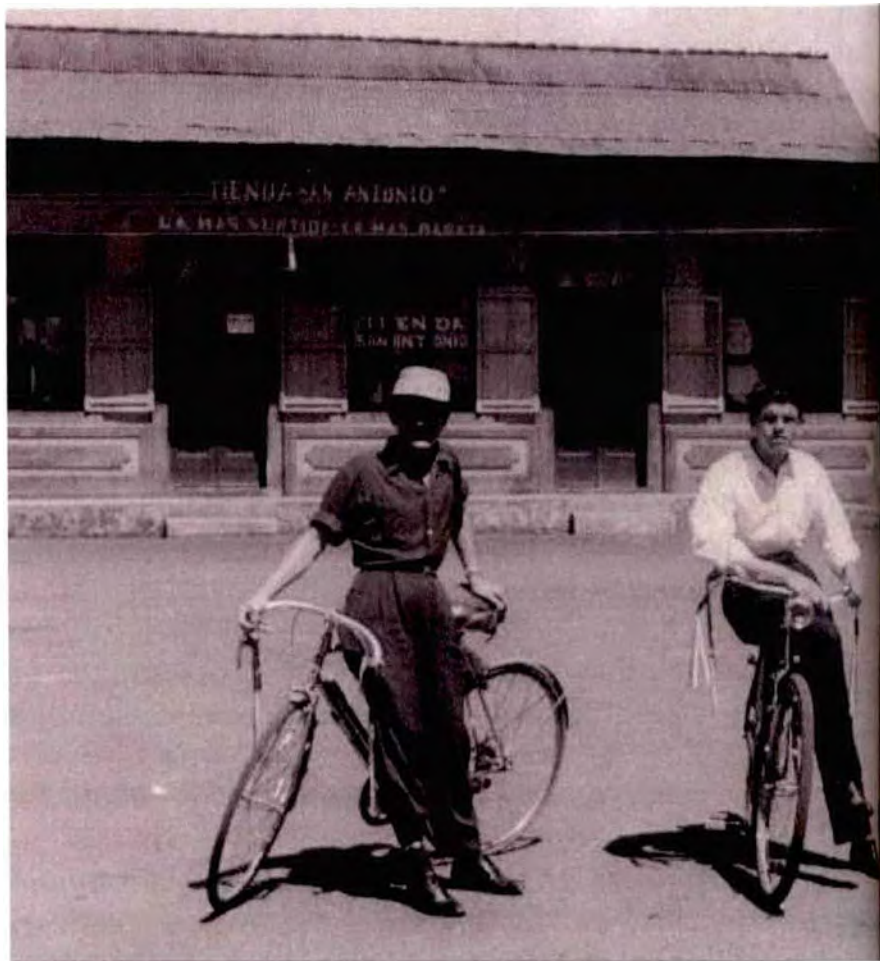
comenzó a conquistar a Ana Irma. Por supuesto que los suegros no estaban muy convencidos en dejar casarse a una güila suya con un señor que era de la misma edad que papá. Paseítos van, paseítos vienen, regalitos para todos, visitas seguidas y, poco a poco, tuvo el consentimiento que necesitaba y el cariño de la mocosa. André del Valle, "Andy," ese era el nombre de este nuevo miembro que decidió entrar a nuestro grupo familiar y fue acogido en nuestro hogar.

Cuánto tiempo transcurrió para que llegaran otros miembros más a la casa de todos, no me queda muy claro. Quedaban tres varones y una mujer que todavía esperaban sus parejas definitivas. Entonces Daniel nos trajo a Majerly quién poco a poco se fue integrando al grupo y Juancito, siendo el menor de la casa, conquistó a Leda para que formara parte de nuestra numerosa familia. Solo nos quedaba Bethania, ya que Nano resultó ser un ave libre. Pero las cosas no son como uno desea, sino como Dios dispone.

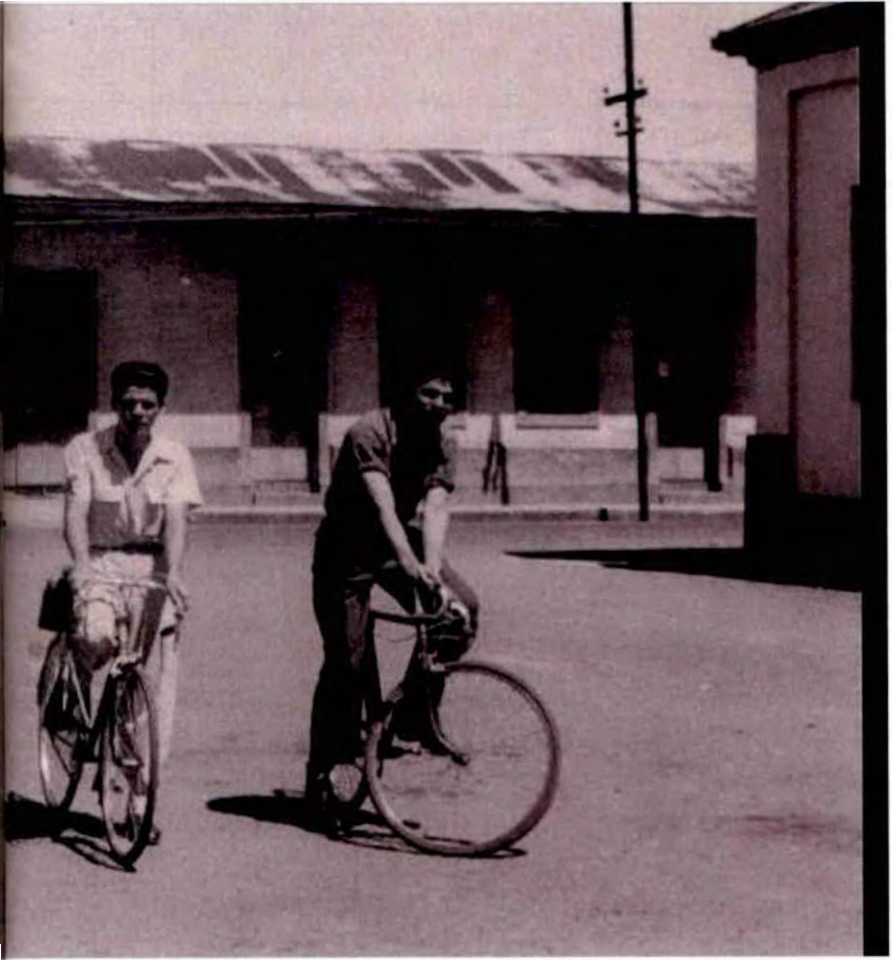
Yo, que tenía muchos años de trabajar fuera de San Ramón, regresé un día a mi terruño y en mi trabajo tuve la oportunidad de conocer a varios nuevos compañeros, entre ellos a Álvaro Campos con quien de vez en cuando compartía ratos de esparcimiento. Un día, como amigo y compañero, me pidió que le presentara a mi hermana de quién tenía buenas referencias. Yo no estaba muy convencido del asunto, pero como insistía, accedí sin preguntarle a nadie.

Con ese compromiso que había adquirido, fui

a la casa de papá, hablé con él, con mamá y con Bethania y les expliqué mi intención y la clase de persona que era este amigo. Papá no estaba muy contento que digamos, pero accedió en vista de que



era yo quién recomendaba al pretendiente. Me puse de acuerdo con Álvaro primero y luego con Betha para que saliéramos juntos y pudieran conocerse. Todo resultó mejor de lo que yo esperaba y gracias



Al fondo, El Mercadito, conocido la pulperia de "Felillo" Zamora

a Dios no me hicieron quedar mal con el jefe de la casa. Así fue como ella llevó su aporte a nuestra casa.

Papá recibió a cada uno de estos nuevos miembros como si fueran de su misma sangre, los aceptó como si siempre hubieran vivido con nosotros. Cada nuera fue su hija y cada yerno, un hijo o por lo menos un amigo muy cercano. Aquel hombre bravo que algunos temieron, no lo era tanto. Él, como siempre, solo cuidaba los suyos y cada vez que un nuevo miembro fue ingresando papá se convirtió en amigo y fue padre para todos.

Un viaje a San José

Era tarde ya, como las cinco o las seis, cuando mi papá, sentado frente a la mesa, escribía algo en un cuaderno.

Lo alumbraba la tenue y amarillenta luz de un bombillo de cincuenta candelas, que colgaba sobre la mesa, agarrado de un cordón de la luz y ayudado por los hilos ahumados de una telaraña deshabitada, desde quién sabe cuándo.

De pronto, exclamó:

-¡Tere!- y le expresó una frase que no comprendí, le preguntó algo y escribió, volvió a preguntarle y así continuó una y otra vez, con un diálogo sin sentido para quienes los rodeábamos.

El tiempo había transcurrido inexorablemente y el día terminaba para mí y los otros chiquillos, razón por la cual, de dos en dos, emprendimos la retirada rumbo a la cama.

En ese momento, empezaban a llegar las visitas de la tertulia nocturna: don "Rafa" (Rafael Ángel González), José Ángel Gamboa, Manuel Sánchez Sojo, Rolando "Manganeso" Rodríguez y otros que no recuerdo, que se reunían noche tras noche para arreglar el mundo.

Hablaban de política, casi todos eran comunistas, de religión, con la Biblia en mano, de las noticias en algún periódico viejo o de las que habían escuchado en Radio Reloj, Radio City, Columbia o Radio Habana, Cuba; pero el tema infaltable cada noche era el misterio, los aparecidos, lo oculto, por supuesto, mezclado con algo de espiritismo.

Hipnotizador, espiritista y taumaturgo

Valeriano Orozco secretos de un curandero

En San Ramón de Alajuela, cuna de poetas y ex presidentes de la República, vive don Valeriano Orozco. Enigmático y pintoresco, afirma haber resucitado tres veces.

A la edad de cinco años aprendió a leer y escribir, desde entonces, todo lo leído lo ha llevado a la práctica.

De sus abuelos heredó la ciencia de curar con plantas medicinales, que él mismo buscaba en los campos ramonenses y más allá de su ciudad natal.

Estudió teología en la Academia Adventista del Séptimo Día. Mientras estudiaba, tuvo la oportunidad de disfrutar una beca en El Salvador; que lo capacitó como predicador y vendedor de libros sobre salud, cocina y consejos al hogar.

Trabajando como maquinista de Ferrocarril al Pacífico, perdió dos dedos de la mano derecha. Años atrás había perdido dos dedos de la mano izquierda, cuando hacía experimentos en pirotecnia.

Durante la guerra de 1948 abrió una panadería, pero la tuvo que cerrar al involucrarse infundadamente en asuntos políticos.

Aprovechando lo aprendido con sus abuelos y padres sobre las virtudes de las plantas, hizo varias curaciones.

¿Quién había mencionado que Valeriano era curandero? Nadie. Sin embargo, cuando apenas contaba con 16 años de edad, hizo la primera curación. Extrañamente recibió una carta de una joven, María Eugenia Medina, que decía: "Sé que Ud. es médico y que me puede curar de una extraña enfermedad que me ha hecho perder el pelo".

Valeriano consultó con su madre aquella misteriosa llamada. Esta preparó una receta que Valeriano se encargó de llevar a la joven lo más pronto que pudo.

La receta debió ser efectiva puesto que la joven se curó y envió a Valeriano otra carta con un billete de \$50, con el cual demostraba su gratitud por el servicio.

Valeriano no recuerda cuál fue aquella receta; sólo sabe que su madre se la

dio y que los resultados fueron positivos.

En tiempos del Presidente León Cortés, Valeriano realizó la segunda curación. Un chino residente en nuestro país le pidió que curara a su hijo que padecía un extraño mal en la cabeza. Esta era sumamente grande y suave. Valeriano dijo al angustiado padre que lo de su hijo era una descalcificación.

Luego de seguir un riguroso tratamiento con las recetas de Valeriano, el niño sanó. Valeriano no recuerda tampoco qué tipo de receta fue, peor si recuerda los resultados.

"Yo me iba al monte, como si fuese guiado por una fuerza extraña, recogía las hierbas que en la mayoría de los casos resultaban las efectivas para curar".

"Realmente, desde pequeño he tenido la facultad de ser clarividente. He tenido revelaciones y he soñado estar en situaciones antes de que éstas ocurran".

"Hace muchos años soñé la cura del cáncer. Primeramente fue una hierba y después fue la carne de Cobra, una serpiente que no se encuentra en ningún sitio de Costa Rica. Hoy se sabe que los experimentos con carne de Cascabel han demostrado ciertos avances positivos en la cura de esa terrible enfermedad, especialmente de la leucemia".

"Una persona que es mordida por una Cascabel presenta los mismo síntomas de quien padece la leucemia, como por ejemplo, hemorragias y orinar sangre, hasta sucumbir".

"Siempre me baso en las palabras del Dr. Samuel Hanehann, de origen alemán, que decía: "Somejantes curan a somejantes". Toda hierba, animal o mineral que produzca síntomas semejantes a los que una persona declara en su enfermedad; son los que ayudan a curar. De 10 ó 20 medicamentos que sirven para curar; en-

los dero

... el que más abarca
... el enfermo confiesa

... con plantas medicina-
... la yerbabuena, zorrillo,
... agua y otras, dieron fa-
... todo San Ramón.

... memoria le sirvió
... virtudes de cuanta plan-
... y descubriendo, y
... ciones que hacían pa-

... información sirvió a
... narse la vida. Su fama
... trascendió tanto que
... on a buscarlo para que
... los de origen artificial,

... de espiritismo, hipno-
... sirvieron para que
... ra otros campos. Por
... tura llegó a descubrir
... que decidió experi-
... pacientes.

... no que el primer
... lizo con un muñeco
... oven de 17 años de
... a de ataques epilép-

... una habitación pun-
... el muñeco con varias
... que lo hacía, simul-
... joven experimentaba
... la cabeza del muñeco
... viceversa. Esto lo hice
... tigos".

... curé lo que los médi-
... siete años en descu-
... estaba afectada por un
... ca he creído en eso,
... ar que aquel caso fue

... oyó el maleficio, e in-
... usa inundó con pacien-
... la misteriosa cura.

... dieron detalle del insó-
... grafías mostraron una

Sus conocimientos en química lo han llevado. Incluso a preparar sus propias pinturas. Recientemente participó en un certamen de pintura que se llevó a cabo en San Ramón, exponiendo 37 obras.

Poco tiempo después las prácticas de hipnotismo y espiritismo comenzaron a molestarle.

"Me entró miedo. De haber continuado, quizá no estaría hoy diciendo el cuento: me hubieran matado por el cargo de brujo o hechicero. En medio de toda práctica estaba el demonio".

Optó entonces por investigar más en la botánica. Mientras tanto, para ganarse el sustento de su familia trabajó como sastre y zapatero. También, fue locutor y productor de un programa radial a nivel local.

"Decidí abandonar esas prácticas porque encontré en la Biblia un pasaje que dice: "... en tu nombre lanzamos fuera espíritus, curamos enfermedades e hicimos maravillas y Cristo les dirá: Apartaos de mí malditos oradores de maldad, no os conozco...". Yo no quiero que Cristo me reclame. Me arrepiento una vez más de haber hecho eso. Tiene la apariencia de que uno está haciendo el bien, pero a la luz de las Sagradas Escrituras es un mal. Me decidí entonces por la investigación botánica y posteriormente por la homeopatía".

Actualmente, Valeriano trabaja con el Ministerio de Salud. Una semana al mes viaja a los lugares apartados de Palmare, San Ramón, Naranjo, Alfaro Ruiz y Valverde Vega. Un grupo de médicos del Ministerio de Salud y del Hospital de San Ramón, el "hospital sin paredes", dicta conferencias sobre aspectos de nutrición, prevención de enfermedades, lucha contra el alcoholismo y sobre la importancia de que las mujeres embarazadas asistan al control prenatal.

Valeriano se convierte entonces en "el mago de la salud" y prepara actos de magia con los cuales reafirma los mensajes dictados por los médicos y enfermeras.

"Valeriano Pueblo", es el nombre que recibe en esta faceta de su personalidad. Además de entretener como ilusionista, asegura que el mensaje llegue a todos los presentes.

VIRTUDES CURATIVAS DE LAS PLANTAS

Don Valeriano ha accedido a comentar ligeramente algunos de los descubrimientos que ha tenido a lo largo de sus

San José, 16 de agosto de 1981.

Recorte de la revista *Contrapunto*,
16 de agosto de 1981.

La charla no era en seco, entre tema y tema, los cigarros sin filtro marca *Piel Roja*, *Emu*, *Liberty* y *Dominó*, que los obligaban a escupir constantemente las pequeñas partículas de tabaco que les quedaban en la boca.

Por su parte, mamá aparecía con tazas, vasos o jarros con aguadulce, chocolate o café, acompañados de una galletita negra, un polvorón o pan que ella misma horneaba y que era motivo de elogio de los contertulios.

Al día siguiente, al amanecer, oscuro todavía, escuché una voz suave y llena de cariño, acompañada de una mano cálida que me movía afectuosamente y me decía: -levántese papito, su papá lo va a llevar a San José-. Con los ojos medio pegados, con piernas y brazos erizos de frío, me levanté dejando a Nano hecho una rosca en el catre. Sentí un gran cosquilleo en la panza, ¡papá me lleva a pasear! no sabía dónde y no tenía ni idea de cómo era, pero estaba feliz.

Mamá, después de haberme mandado a orinar al patio, me subió a la pila, me lavó las piernas, los brazos y la cara con jabón azul y me mojó el pelo. Rápidamente me pasó un trapo por todo el cuerpo y seguido me vistió con un traje de marinero o de vaquero, con un peine largo, que era para todos los güilas, me hizo el pelo, largo hasta los hombros, para allá, para acá y listo.

Luego, tomé café ralo con un español, mientras papá revolvía con una pequeña cuchara el café con leche que desprendía humo de caliente. Una vez

desayunados, papá metió su mano hasta el codo en la profunda bolsa del pantalón, sacó dinero y le entregó a mamá lo de los mandados del día.

Me tomó por la muñeca con su gran mano, con la izquierda que era formidable y que tenía casi todos sus dedos y me dijo: -¡vamos chiquito!-. Además, llevó su maletín de cuero labrado.

Estaba vestido al estilo militar, con un traje de *army* celeste, pantalón "balún", con pliegues, ruedo doblado y tapaderas en las bolsas. Su camisa, hecha del mismo material, tenía dos bolsas con sendas tapaderas y galones en sus hombros. Sobre su cabeza, con el pelo bastante largo y rizado, con ayuda de aceite de aguacate, lucía un sombrero de pita blanco, de ala ancha.

Salimos por esa inolvidable puerta de doble hoja, que tenía un pasador en el piso y otro en la parte alta, con una cadena para abrir las dos puertas en caso necesario; pero como todos éramos flaquitos nunca hizo falta. Recuerdo que esa puerta tenía un huequito para la llave y un cerrojo antiguo que nunca se utilizó porque no teníamos esa llave ni hacía falta, ya que no había tanto ratero como ahora.

Cuando estábamos en la acera, mamá, desde la puerta, con un vestido estampado algo volado, con cuello alto y confeccionado por ella misma, nos despidió con ese brillo en sus ojos marrones y una sonrisa llena de amor que jamás podré olvidar. su lado, la chiquillada con algo de tristeza gritaba: -¡adiós papá, nos trae algo!-.

Todavía tengo en mi memoria la imagen de esa acera, tenía dos colores: una franja roja en el centro frente a la puerta y dos franjas más claras a ambos lados, hechas con arena blanca traída de San Isidro. Era diferente de todas las que yo había visto y mamá con orgullo nos contó que papá la había construido solo.

Llegamos a la esquina donde Pilar, una mirada más y un adiós con la mano en alto de papá, mientras yo, casi de puntillas corría más que caminar al lado de él. Con su paso seguro y esa mirada retadora que lo caracterizó siempre, avanzábamos rápidamente. Pasamos por donde Victoriana Valverde. Papá saludó.

Continuamos por una calle casi desierta a esas horas de la mañana y pronto estuvimos frente al edificio viejo y deteriorado de La Compañía.

-¡Adiós Melico!- dijo papá.

Al llegar a la siguiente esquina entramos a un lugar viejo de puertas anchas.

-Qué tal Eduardo! Dame un paquete de Piel Roja.-

Se lo entregó a cambio de unas pocas monedas: un cuatro, seis reales o un peso, no recuerdo exactamente.

Continuamos nuestro camino y mi padre me dijo: -apurémonos chiquito que son casi las ocho- mientras miraba el "guacho". Ya estábamos frente a la plaza del mercado. Se veían pocas personas, unas cuantas carretas de bueyes; eso sí, muchas palomas, un caballo frente al negocio de "Felillo" Zamora y quizá algún carro que hacía sonar sus latas por las calles empedradas. Pasamos por donde Macho

Mora y nos dirigimos hacia el sur, como yendo para el colegio. Papá miró nuevamente el reloj, me tomó en sus brazos y apuró el paso con sus piernas corvetas y pies firmes.

Cruzamos frente al banco de la esquina, por el costado del Palacio Municipal. Llegamos frente a la iglesia y el parque. Pasaron unos cinco minutos más, que me parecieron una eternidad. Me parece recordar que llegamos a un lugar extraño, un edificio de color verde oscuro. En él había bullicio, música, personas que hablaban y otras que gritaban. Unas señoras decían algo de las empanadas, mientras otra pregonaba: -¡cajetas! ¡cajetas!.

También había un señor feo, con un solo brazo y un sombrero, empujaba un carretón y repetía con su voz ronca: -quenes, quenes, quenes...-

Apurémonos chiquito, la cazadora ya casi llega. Entramos al lugar, la gente esperaba sentada en escaños, de pronto se escuchó un ruido de motor acompañado de un sonido como de latas y como por arte de magia, apareció un inmenso artefacto con muchas ventanas y con personas adentro.

Al detenerse, sobresalió el grito de un señor que colgaba de la puerta con una mano, mientras decía, con una voz entre fuerte y chillona: -¡San Ramón, servidos!-

Bajaron algunas personas, con bolsas y sacos de gangoche en sus manos. Papá me miró y dijo: -llegó la cazadora chiquito, nos vamos.-

Avanzamos hacia ella, me tomó por las axilas y me puso en la grada, invitándome a subir.

Algo asustado y tímido miré caras extrañas mientras avanzaba, hasta que sentí su mano fuerte y cariñosa que me detuvo, me jaló hacia un asiento cerca de la ventana y me puso sobre sus piernas. Subieron otras personas con paquetes, que colocaron en una canasta que había arriba de los asientos, algunos saludaban a papá.

Se escuchaba un grito, algo nasal, que decía: "San José, San José, nos vamos."

Algunas personas corrieron, se subieron de último y la cazadora se puso en marcha con los estertores propios de semejante vehículo. Los asientos eran duros, pero confortables, con una agarradera de tubo niquelado para sostenerse.

De repente se escucha: "Palmares, Palmares" acompañado de un sonido metálico como de campanillas, era el cobrador que caminaba por el pasillo moviendo en su mano unas monedas que intercambiaba con los pasajeros.

Yo miraba absorto el espectáculo a través de la ventanilla, las casas, los árboles y las pocas personas que andaban en la calle pasaban hacia atrás. De súbito papá dijo: -mire chiquito- y me señaló un grupo de palmeras inmensas, sin fin, que no terminaba de ver, creo que llegaban hasta el cielo. Pasamos por la bomba y la cazadora se enrumbó por la calle vieja a San José.

Ese es el panteón, dijo mi padre. Escuché, mientras seguía con la vista la dirección que señalaba el dedo de papá.

Seguimos avanzando, ya no se veían casas, hasta que: - ¡La Guaria, servidos!- Algunas personas bajaron y creo que alguien subió.

El recorrido continuó por una calle negra y angosta, con muchos árboles a los lados y de vez en cuando topamos alguno que otro carro que circulaba en sentido contrario y que al pasar a nuestro lado se miraba como una raya.

Comenzaron a verse nuevamente casas. Mi padre me dijo: -Mire Ricardito, las vacas comiendo zacate-. Era la entrada a Palmares. Nuevamente el señor pequeñito y ñato dijo: -servidos los de Palmares-. Unas cuantas personas tomaron sus paquetes, sacos o maletas y comenzaron a bajar, entonces, el señor gritaba: "esperen, que bajan. Bajando, bajando, por favor."

Subieron cuatro o cinco pasajeros y se escuchó: "nos vamos". Buenos Aires, Palmitos, Naranjo, San José.

En el camino, algunas personas al lado de la carretera levantaban su mano y la cazadora paraba y las recogía. Dentro de ella algunas personas jalaban un mecate que hacía sonar un timbre para que el chofer se detuviera, alguien se ponía de pie y "hacia las de Villadiego" emprendía la retirada.

-Vea chiquito, el puente del río Grande, asómese para que vea qué hondo- yo, con los ojos desorbitados, traté de mirar al vacío.

-Palmitos, Bajo Corrales, Naranjo- se oyó, acompañado del sonido del menudo.

Las personas se incomodaron en sus asientos

para sacar las monedas y pagar una peseta, un cuatro o qué sé yo. Solo vi de pie al señor que andaba con unos papeles verdes entre los dedos, otros azules y un delantal pesado de monedas que sonaban.

-Naranja, servidos, tienen diez minutos para tomar café-

Bajamos y nos sentamos en una mesa de una pequeña sodita ubicada en la esquina, un muchacho se acercó y papá dijo: - un café con leche y un fresco para el chiquito-

Subimos nuevamente.

-Sarchí, Grecia, Alajuela, San José, nos vamos.

Cuelga el cobrador de la manilla de la puerta. Seguro me dormí en el regazo de papá porque al rato me despertó y dijo: -aquí es Sarchí, un pequeño pueblo con unas cuantas casas, ya casi llegamos-Escuché eso y me dormí nuevamente.

Más dormido que despierto escuché a papá hablar con alguien sobre la Biblia, sobre Dios, el sábado y la homeopatía. Dio su dirección y hablaba sobre nombres de medicinas y plantas, hasta que me desperté exaltado.

-Grecia, servidos. Diez minutos para tomar café-

Bajamos. -¿Chiquito, tiene ganas de orinar? - preguntó papá. Me llevó a un lugar que olía feo y echaba agua. Me indicó que orinara ahí; con pantalón corto fue fácil, solo subí el ruedo y ¡ya!

Sentados donde se encontraban las demás personas que viajaban en la cazadora, él ordenó: -Un café con buena leche y una cola para el chiquito-

Toda ¿para mí? Comimos un tostel y de nuevo a la cazadora.

-Alajuela, Heredia, San José. Hagan lugar-

-¿El niño no paga?- preguntó papá y agregó -aquí va en el regazo.-

Continuamos, él me enseñó algunas cosas y volví a dormir, ya cansado por la hora y media de viaje, el sonido del motor y la conversación de papá con un desconocido.

-Aquí es Alajuela, chiquito, ahorita llegamos- insistía papá. Yo miré los carros y la cantidad de gente, que era mayor, mientras él me preguntaba si tenía calor, porque a esa hora ya la temperatura había subido.

El anuncio de siempre del cobrador, algunas personas volvieron a bajar y continuamos por un camino colmado de casas a ambos lados. También había más carros y algunos carretones tirados por caballos. Papá me los enseñó con entusiasmo porque era algo menos común.

Por un camino menos sinuoso continuamos hacia Heredia, donde las calles eran muy angostas y había casas muy grandes y bonitas. Pocas personas subían o bajaban de la cazadora y pronto estábamos viendo un nuevo grupo de casas viejas y ahumadas.

También había muchos más carros y gente caminando por las calles.

-Ahora sí, chiquito llegamos a San José, tenemos que ir al hotel.-

Pasamos por calles llenas de casas viejas con muchas ventanas y cantidad de negocios colmados

de gente que corría de un lado para otro. La cazadora se detuvo en un lugar que, dijo papá, se llamaba El Paso de la Vaca. Se escuchó entonces: "servidos los de San José, salimos a las..." nos alejamos.

Llegamos a una casa grande ahí cerquita, un lugar frío y lúgubre con pequeñas habitaciones que tenían catres viejos y despintados. Era el hotel. Yo nunca había visto algo así. Dejamos la maleta y poco después íbamos "a pata", decía papá, a comprar las medicinas de homeopatía que él había anotado el día anterior cuando estaba sentado frente a la mesa y hablaba con mamá.

Caminamos por aquí y por allá hasta llegar a la farmacia *Fischel*, donde con mucha confianza y familiaridad saludaba a las señoras y ellas con alegría respondían como a un viejo conocido. Intercambiaban palabras y papeles.

Salimos de ahí y luego de un rato de caminar, entramos al mercado, donde había muchos comensales y nos comimos un casado. Después regresamos donde las señoras y recogimos un grupo de pequeñas botellitas cafés con tapones diminutos de corcho. Papá pagó un montón de plata, dijo él. Eran como cincuenta o cien pesos, quizá más.

Recorrimos otros negocios como tiendas, librerías y una panadería donde papá compró algo para cada uno de los que habían quedado en casa. Regresamos al hotel a descansar, para retornar el día siguiente con una nueva lección de geografía llena del amor de un verdadero papá.

Les narré este episodio de mi niñez porque estoy seguro de que a cada uno de ustedes le habría gustado viajar en esos regazos. Solo Ana supo que se sentía tener tan maravillosa experiencia y como yo, jamás la olvidará, estoy seguro de eso.

El sueño de mamá

“¡Lo que Dios une, que no lo separe el hombre!” Una bella frase que hemos escuchado en películas y que guarda una gran solemnidad. Creo que todos pensamos que además de solemne debería ser cierta en su gran significado.

Los seres humanos, poco a poco, cada día nos alejamos de la espiritualidad y la fe debido a nuestra naturaleza desobediente o a causa de nuestra inmensa soberbia. Por eso, en la mayor parte de ocasiones en vez de escoger con el corazón y con paciencia, escogemos nuestra pareja con el cerebro y el deseo, haciendo a un lado esa vocecita que nos indica que lo estamos haciendo equivocadamente. Ya estamos acostumbrados a creer que el matrimonio es un acto en que el hombre por medio de ritos, se compromete y es comprometido a cumplir con algunas obligaciones y deberes.

Estas uniones hechas por hombres, igualmente pueden ser separadas por hombres. Eso lo vemos todos los días dentro y fuera de nuestras familias. Los matrimonios de verdad sí que están hechos por Dios, sin ceremonias ni nada o quizá con ellas, pero no obligatoriamente. Estas uniones verdaderas no tienen trajes elegantes, ni invitados, tampoco fiesta con queque de estos o aquellos pisos; solamente cuentan con la bendición de Dios, en un acto sin planear, en un acto del que ni siquiera tenemos conciencia.

Papá trató de unirse una o dos veces con o sin ceremonias y estuvo junto pero no unido. Mamá tuvo sus dos hijas de una manera similar pero tampoco resultó como deseaba. Un día, sin pensarlo, ni siquiera imaginarlo, Dios dispuso y propició todos los acontecimientos desde mucho antes para unirlos por siempre. ¿Cómo llegaron mamá y papá a Puntarenas después de andar por lugares y en tiempos diferentes? Solo Él sabe cómo se dieron las situaciones de cada uno para que se encontraran donde estaba dispuesto y en las circunstancias adecuadas para que se aceptaran, tal cual eran sin tanto reparo.

Allá, a mediados del siglo veinte, se encontraron porque algo o alguien superior lo dispuso así, para su bien y el nuestro. Decidieron enlazar sus destinos sin testigos, sin ceremonias, sin nada que los obligara; tan solo su voluntad o su amor si lo queremos llamar así. Vivieron situaciones buenas y no tan buenas, acontecimientos tristes y alegres, con éxitos y fracasos como todos los seres humanos que poblamos este planeta. Durante más de cincuenta años compartieron sus vidas y procrearon sus hijos, tan diferentes como los dedos de una mano o mejor dicho, de dos manos, porque fuimos diez.

Las circunstancias, esas que nombré antes, hicieron que alguien como Andrés del Valle llegara a nuestro hogar como uno de esos nuevos miembros que se adhirieron a nuestro grupo familiar. Papá ya había tenido la experiencia de estar casado por ritos y leyes. Mamá, como la mayor parte de mujeres de

su generación, sin que alguien se ofenda, siempre quiso tener esa sensación de seguridad y orgullo que da el matrimonio, ese que tiene ceremonia, fiesta, queque y todo lo demás.

El Cupido llamado Andrés del Valle se encargó de convencer a papá para que complaciera a mamá con una ceremonia que la hiciera más feliz. Planearon y confeccionaron invitaciones, las enviaron a personas, quienes resultaron ser bastantes. Buscaron padrinos: doña Norma González y don Rolando Sandoval y también un abogado que se encargara de la parte legal y ceremonial.

La fiesta se planeó con todo lujo de detalles: el queque con novios y todo, además del arroz con pollo que no podía faltar. También hubo brindis, traguitos y coquito que era infaltable en nuestras fiestas familiares, preparado por las cariñosas manos de mamá que era la experta en su elaboración. Hasta un conjunto contrataron para amenizar el baile. Aunque los músicos quedaban hechos un puño en la pequeña sala de nuestra casa, se acomodaron lo mejor que pudieron y ¡a darle duro a esos tarros!

Una clara tarde de diciembre, con más curiosos que otra cosa, se realizó la ceremonia en la sala de nuestra casa donde no cabía ni un alma más. Como si se tratara de algo misterioso, vecinos, familiares, amigos y mirones nos aglomeramos para ver y escuchar el ¡sí, acepto! y la firma de documentos, que por supuesto no puede faltar en un matrimonio con todas las de la ley. Con aplausos y algarabía se festejó el acto que puso fin a la soltería de mamá y

yo diría que también a la tranquilidad de papá que siempre pensó que estaban mejor así, como Dios lo había dispuesto.

Después de los abrazos y felicitaciones, sonó la música y bailaron el vals. No sé ni cómo, porque ninguno de los dos sabía bailar, según decían ellos. Para culminar, Ana bailó con papá y yo orgullosamente con mamá que me apretaba la cintura con un nerviosismo propio solo de una quinceañera. Luego, el baile se puso caliente como la tarde de verano, la música se escuchaba por todo el vecindario y cada curioso que se acercó participó del agasajo que todavía años después algunas personas comentaban.

Pasado el evento, las cosas continuaron igual. Eran la misma pareja ni más ni menos, solo que cuando surgía algún desacuerdo entre ellos, como hay entre toda pareja, papá decía que era por esa ceremonia que no hacía falta. Pero, para ser realista, todo siguió igual que siempre, unidos por Dios, hasta que Él quiso separarlos de la única manera que estas uniones pueden disolverse.

¡Bendito Dios que los unió para nuestra dicha!

El adiós

Para nuestro padre la decisión de jubilarse no fue tan difícil ni su adaptación a esta nueva manera de vivir sin tener que cumplir con horarios de trabajo regidos por un patrono. Eso tampoco le afectó notoriamente. Para él fue realmente volver a su vida de siempre, a lo que amaba: su casa que era como su fortaleza o, como decía, una cueva donde refugiarse cerca de su familia y su verdadera vocación, el servicio a los demás por medio de la homeopatía.

Después de optar por su merecido retiro no volvió a salir de San Ramón y prácticamente de la casa tampoco, salvo en oportunidades muy calificadas y por muy breves períodos. Su tiempo a partir de aquella decisión lo dividió entre las actividades que más amaba y que eran su verdadera vida: chinear nietos, atender con suficiente tiempo y tranquilidad a sus pacientes, que por cierto eran bastantes a pesar de que en sus últimos años aparecieron homeópatas certificados o no, como pulgas en un perro flaco. Por dicha que nadie dijo que eran brujos porque si no, no se hubiera usado la homeopatía como medicina alternativa.

También su tiempo lo ocupó en tocar la organeta, aunque ya no con tanto vigor como en otras épocas y a realizar manualidades que lo mantenían entretenido. Por supuesto, sus amigos no dejaron de visitarlo, aunque ya por momentos más cortos y solamente los más cercanos.

Su salud comenzó a deteriorarse poco a poco, en parte por la inactividad y la edad, pero sobre todo por el mal hábito de fumar que lo esclavizó durante muchos años, prácticamente toda su vida. Provocó en sus vías respiratorias y pulmones daños irreversibles que, a su vez, desencadenaron otros padecimientos como la apnea que no le permitía respirar bien y lo fatigaba con el menor esfuerzo que hiciera. Recuerdo que tenía la costumbre de ir hasta la esquina a ver hacia arriba y hacia abajo; allí iba solo por ir. Cuando regresaba a la casa lo hacía respirando trabajosamente y con una tremenda fatiga que muchas veces lo obligaba a toser. ¡Hasta que a uno le dolía por la manera en que lo hacía!

Con la alegría que lo caracterizaba cuando estaba en compañía de los nietos, ya fuera que estuvieran casi siempre en su regazo o a su lado, si a alguno se antojaba de una golosina, él como siempre trataba de complacerlo. Si no había en la casa, lo llevaba a la pulpería del vecindario a satisfacer sus deseos. Al regresar, lo hacía con gran esfuerzo y agitación pero con gozo, igual que su acompañante, mientras saboreaba lo que llevaba en su boca, con su pintada de dulce.

Aunque hacía bastante tiempo había dejado de fumar, el daño ya estaba hecho y sus estragos eran evidentes en esos últimos pequeños paseos con sus mejores y sinceros amigos. "Ese maldito vicio" decía. Lo logró vencer después de muchos intentos, cuando mamá enfermó gravemente por primera vez. Fue tan grande el impacto que le produjo esta

situación, que de rodillas a solas en comunión con su Creador, le prometió olvidar el tabaco a cambio de la salud de aquella que lo acompañó la mayor parte de su vida. Su fe en ese Dios vivo que estaba siempre presente en su pensamiento y su corazón, le devolvió a quién amaba aunque él no era de decir esas cosas o expresar muy efusivamente sus sentimientos. Las palabras no dicen tanto como los hechos.

En muchas oportunidades lo escuché dolerse al enterarse de que alguien de la familia fumaba, como Nano, por ejemplo. Cuando yo lo hice fue lejos de la casa para evitarle el disgusto de enterarse que tenía tan mal hábito. Al tener el conocimiento de que lo hacía, aunque mi edad era bastante, me recriminó y solicitó que lo abandonara por mi salud y el bienestar de mi propia familia.

Papá justificaba el uso de cigarrillos en gente mayor diciendo que se debía a la poca educación de sus tiempos cuando los padres permitían esta práctica hasta en los niños que eran inducidos a fumar con cajetillas de cigarros vistosas, premios dentro de ellas, como anillos, fotografías de artistas y hasta dinero. Era algo parecido a los premios de las melcochas de nuestro tiempo y los juguetes de algunos productos que actualmente hacen que un niño compre un producto, más por el juguete, que por satisfacer su hambre o deseo de golosear.

Alguna vez escuché que hasta para un dolor de muela le daban un cigarro a los chiquillos en ese tiempo. De esta manera, desde niños aprendían a fumar y hasta a masticar tabaco. Dejar de hacerlo era el problema después.

Desde que yo era niño recuerdo haberle ido a comprar los cigarros a papá. Era normal que los chiquillos hiciéramos ese tipo de mandados aunque hoy sabemos que no es correcto y hasta la ley lo prohíbe.

Él tenía una manera diferente de fumar, lo hacía por episodios. Encendía un cigarrillo, fumaba un poco, con la uña quitaba la brasa y lo dejaba un rato. Poco tiempo después lo volvía a encender y fumaba nuevamente, así hasta que terminaba con todo el cigarro que al final olía a puro diablo, más o menos como huelen los ceniceros. Ese juego era como una manía para entretenerse.

Cuando hablaba sobre religión y tocaba el tema del tabaco, decía que este era una cadena con que "Sata" los mantenía atados. Uno de sus deseos era que nosotros no adoptáramos vicios de ningún tipo, menos este tan funesto. ¡Casi lo logró, por lo menos en cuanto al tabaco!

Transcurrió el tiempo, poco a poco el nido fue quedando vacío. Cada uno formó su propia familia y tomó su rumbo como es normal y aquella casa que siempre fue un lugar colmado de vida y alegría, con tantos hijos y nietos, se llenó de silencio y espacio. Era la casa donde se respiraba fogosidad, buen humor, bullicio y amor, donde se pasaban las horas como minutos y daba gusto estar riendo mientras tomábamos cafecito recién chorreado o comiendo un plato con arroz y frijoles acompañado de todo lo rico; porque todo lo que se cocinaba allí sabía a gloria. Ese era el mejor restaurante, porque tenía el mejor

menú, el más variado las veinticuatro horas, donde nadie que no haya estado ahí, puede imaginarlo.

Nuestra casa era para todos, propios y extraños, no importaba la edad. Todos eran bien recibidos y siempre la comida alcanzaba de una manera u otra. El comensal más delicado siempre fue papá, lo que a mamá no le hacía mucha gracia y por eso perdía la paciencia muy seguido. Por dicha que siempre había más anfitrionas que lo complacían en sus gustos y caprichos.

La carnita de "chincho" era su favorita, sopitas de leche hervidas, pero con tortillas quemadas, sopita de mondongo de la que tenía algo de colorcito -ustedes saben a qué me refiero- cafecito con leche de ese que sabía a algo que jamás se podrá repetir, bien caliente pero no hirviendo. Un huevito frito de antojo, con cebolla doradita, ¡hasta que se frotaba las manos! También le encantaba el ternero de vientre, hecho en estofado con todo y madroños.

Le gustaba la sopa, pero de gallina, no de pollo, porque no sabía igual o una verdurita con dos carnes bien gorditas para ponerlas en la plantilla a tostar y luego comérselas con tortillas algo quemaditas y sumergirlas en el caldo. ¡Hasta que se me hace la boca agua solo de recordar! Otros antojillos eran: un arrocito guacho bien "atoludo" y si se ahumaba, mejor miel de pan y arroz con leche, pero con pasas. Las cajetas, casi nunca quedaban como él quería, pero se las comía todas, porque para mieles nadie como él, era como una hormiga en una tapa de dulce, nunca se cansaba. El "fetabelo" no podía faltar, era

casi una obsesión que le ayudaba a quitar los cólicos, solo o revuelto con cualquier tipo de refresco natural. Así era papá en sus gustos para comer, nunca glotón, pero lleno de antojos y con gustos bien definidos.

En la casa de nuestros amores pasamos juntos horas felices: cumpleaños, desayunos improvisados donde llegábamos de paracaidistas y siempre hubo pan y café bien calentito. Disfrutamos muchos años nuevos en armonía, con la esperanza de recibir las bendiciones de papá en su esperada oración. Las Navidades se celebraban con pocos o muchos regalos, pero con el calor de la familia unida por el amor de los padres.

Cualquier hora de cualquier día era buena y bonita mientras hubiera un grupito de la familia. Quizá quienes acusaron a la familia de brujos tuvieron razón, porque siempre que llegaban unos pocos, los demás, de repente iban apareciendo como llamados mentalmente. Mamá decía con cierta frecuencia: -estaba pensando en ustedes-. ¿Quién sabe? Quizá ese pensamiento tenía algún efecto porque casi siempre caíamos en grupo.

Entre esas cuatro paredes, que no tenían ninguna ostentación, había algo especial y grandioso: el amor de unos padres que contagiaba al grupo de una felicidad sincera sin mucho aspaviento, pero lo que tomó cincuenta o más años forjar, en muy pocos, se fue diluyendo con el trabajo de cada quién, la distancia, el crecimiento en la edad de cada miembro que también, poco a poco, necesitaba su propio espacio.

En nuestra sociedad, como en casi todas, el cambio es inevitable. Quizá lo que también debería cambiar es el apuro con que se produce; cambiar sí, pero como en el tiempo de nuestros abuelos cuando las cosas sucedían lentamente.

Cada quién emprendió su vida con su propia familia y un crecimiento social y afectivo particular, iniciando nuevamente ese natural, pero doloroso círculo que todos debemos cumplir. Cuando nuestros círculos se iniciaron y el de papá se cerró, que siempre fue un sedentario, su vida tuvo un vuelco de trescientos sesenta grados y entonces se tornó solitario y triste. Se le produjo un desequilibrio afectivo que lo llevó a una leve y disimulada depresión que terminó agravando otros padecimientos que estaban latentes en su organismo. Se agravaron la hipertensión arterial y su problema respiratorio, que al fin de cuentas, lo condujeron a su deceso.

Como una premonición suya, su muerte se produjo tal como él la describió alguna vez en una conversación cualquiera: "el día que yo llegue a un hospital, será para salir de allí en una caja". Quizá alguno de ustedes escuchó esa misma frase y dijo como yo: "¡oh papá, no diga esas cosas!" o como le dijo mamá: "¡oh Valeriano y sus salidas!". Así resultó efectivamente, porque después del accidente en que perdió los dedos, nunca había tenido que asistir a un hospital ni siquiera para una visita de control. La homeopatía bastó siempre para aliviar todos sus padecimientos, que en realidad fueron pocos.

Como en esta vida, dicen los sabios, lo único seguro es nuestra partida cuando Dios lo ordene. Llegó su hora, gracias, creo yo, a su fe y a la piedad de Ése en quién él creía. Su espera en el hospital fue breve y con esa paz del que sabe que ha hecho las cosas como se las pidieron, cumpliendo con su deber, así se marchó a un lugar con el que soñó siempre y que nos describía: con una luz eterna y permanente, donde no hay dolor, todo es alegría, donde las fieras serán nuestras amigas, donde las calles están hechas de oro y piedras preciosas que brillan con la luz del sol, sin que nadie les dé ningún valor. Pero lo mejor es que allí él se encontraría con aquellos a los que siempre amó, que lo iban a estar esperando con los brazos abiertos para recibirlo como si acabara de nacer.

Así, en paz, con más dolor de dejar a los que amaba tanto, que por su partida, así se marchó, dejándonos estos bellos recuerdos que he tratado de compartir con ustedes y que deseo guarden en sus memorias como el verdadero tesoro que él nos heredó.

Universidad de Costa Rica
Sede de Occidente

**Algunas publicaciones de la
Coordinación de Investigación:**

Revista científica
Pensamiento Actual

Dirección electrónica:

[https://revistas.ucr.ac.cr/
index.php/pensamiento-actual](https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/pensamiento-actual)

**El desarrollo de la comprensión
lectora y su intervención didáctica
desde el enfoque comunicativo en la
Educación Primaria (2018)**

María Nidia González Araya
María de los Ángeles Méndez Rojas
Ligia Quesada Campos

¡Ayer pasé por tu casa! (2018)

Luis Ruiz Hernández

Bailamos con el mar (2018)

María Pérez Yglesias

**Lo que comemos en Costa Rica.
Un estudio de los productos agrícolas
de la Feria del Agricultor
de San Ramón (2017)**

Rónald Sánchez Brenes
José Rodríguez González
Esteban Arboleda Julio

**Guía de Aves de la Reserva
Biológica Alberto Manuel Brenes
y alrededores (2015)**

Cindy Rodríguez Arias
Ismael Guido Granados



UNIVERSIDAD DE
COSTA RICA

SEDE DE
OCCIDENTE



CI

Coordinación
de Investigación

La mayor parte de personas o familias tienen una idea clara y hasta documentada de su historia familiar, su procedencia local o internacional o por lo menos pueden retroceder en el tiempo y asegurar que los antepasados eran oriundos de aquí o de allá y que sus nombres eran estos o aquellos. Quizá eso no sea importante, tal vez que ni valga la pena enterarse, pero lo que sí es cierto es que cuando existen o existieron seres tan importantes que marcan nuestras vidas, casi todo nos hace recordarlos como: una palabra, una canción, un libro, un instrumento musical, la comida, los hermanos y todas las cosas buenas que nos ocurren. La necesidad de ayuda y consuelo; todo, todo deja de tener sentido cuando buscamos a esos a quienes nada ni nadie puede sustituir en nuestras vidas. Lo que quedó en nuestros recuerdos, todo lo bueno que nos legaron, no debemos echarlo en el olvido ni dejar que nuestros hijos y otros descendientes lo olviden, sería como olvidar nuestra identidad.

ISBN: 978-9930-9657-1-9

